

# Taller de Escritura Creativa

## Vol. 7 - Febrero 2010

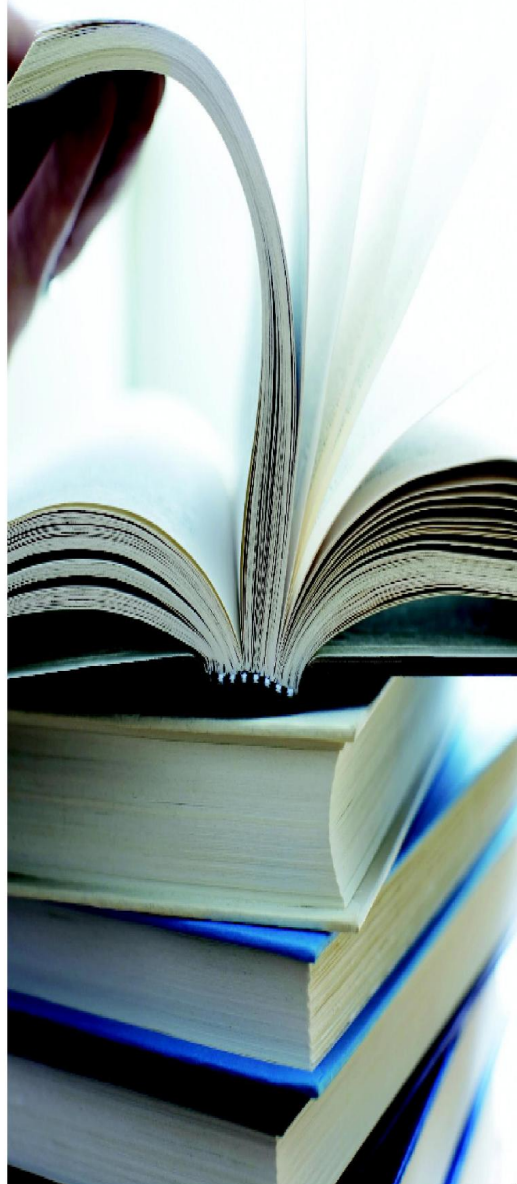
*Yo quiero escribir.com*

- 
- Mikel Arzak: Cartas de libertad  
Clic
- Ana Teresa Béjar: Crónicas tropicales  
Crónicas tropicales II
- Elena Córdova Fernández: Aquello en lo que crees  
Los que nunca me amaron
- Elisabet García: A media noche  
Verdades clandestinas
- John Hope: El secreto  
Un segundo
- Omar Hossain Pérez: Mundo gemelo (I)  
Viaje austral
- Daisy L.V.: 13  
Luna llena
- Moisés Manrique: Juego de manos  
Sin título
- Oscar Márquez Sánchez: El avión  
El fin de los tiempos
- José Antonio Martín Viñas: El lingüista  
La vida de D.P.
- Agustín: Algo más que mi piel  
Encontrar el camino
- Arturo Rodríguez de Miñón: Los que vivimos y amamos  
Víspera de san Valentín
- M<sup>e</sup> Dolores Romero: Ingenuidad  
La venganza de las niñas feas
- 

Tutores: Cristina Banzo, Hilara Olivera, Mario de los Santos

*Yo quiero escribir.com*  
Taller de escritura dirigido por  
Carmen Posadas y Gervasio Posadas

Taller de Escritura Creativa Vol. 7 - Febrero 2010



*Yo quiero escribir.com*









---

## Taller de Escritura Creativa

Vol. 7 — (febrero de 2010)

**Tutores:** Cristina Banzo, Hiara Olivera,  
Mario de los Santos.

---

---

Taller de Escritores «YoQuieroEscribir.com»  
Taller de Escritura Creativa Vol. VII (febrero/2010)

Primera edición: 2010

Diseño de portada y maquetación:  
Taller de escritura YoQuieroEscribir.com

© [www.yoquieroescribir.com](http://www.yoquieroescribir.com)

ISBN-10: 84-7157-320-2

ISBN-13: 978-84-7157-320-9

DL: SS-1354-10

Impresión digital: [www.bubok.com](http://www.bubok.com)

## PRÓLOGO

Como decía Jorge Luis Borges, ese gran fabulador, solo hay que escribir cuando se siente la íntima necesidad de hacerlo. Tú, como autor de este libro, has escuchado esa vocecita que, dentro de ti, te repetía que tenías algo que contar. Y aquí está el resultado, el fruto palpable de tu esfuerzo, aquel que no solo te proporcionará satisfacción personal sino que te permitirá explicar a los demás esta relación ilícita que mantienes casi escondida, quién es esa amante celosa que hace que duermas menos, que les robes preciosos momentos a tu familia y a tus amigos.

En cierta forma, esta recopilación de cuentos también es como un álbum de recuerdos de los compañeros con los que te has embarcado en esta aventura, con los que has compartido semanas de taller, comentarios en los foros, correcciones y nuevas ideas. Pero, sobre todo, estos relatos son el comienzo de lo que esperamos sea una larga pasión por las historias y las mil maneras que hay de contarlas. No sabemos si te harás famoso con ellas; eso solo el tiempo, la suerte y tu talento lo dirán. De lo que sí estamos convencidos es de que te sentirás mucho más rico en tu interior y eso sí que es realmente importante.

Un abrazo y felicidades por tu éxito.

Carmen Posadas y Gervasio Posadas



# Índice

**Taller de Escritores «YoQuieroEscribir.com» Vol. VII**

**Escritura creativa (febrero de 2010)**

**Tutores: Cristina Banzo, Hilaria Olivera, Mario de los Santos.**

Mikel Arzak	
Cartas de libertad .....	11
Clic.....	21
Ana Teresa Béjar	
Crónicas tropicales .....	29
Crónicas tropicales II .....	35
Elena Córdova Fernández	
Aquello en lo que crees .....	43
Los que nunca me amaron .....	49
Elisabet García	
A media noche.....	57
Verdades clandestinas .....	65
John Hope	
El secreto.....	73
Un segundo .....	79
Omar Hossain Pérez	
Mundo gemelo (I) .....	91
Viaje austral.....	97

Daisy L.V.	
13.....	105
Luna llena.....	111
Moisés Manrique	
Juego de manos.....	121
Sin título.....	127
Oscar Márquez Sánchez	
El avión.....	135
El fin de los tiempos.....	141
José Antonio Martín Viñas	
El lingüista.....	149
La vida de D. P.....	155
Arturo Rodríguez de Miñón	
Los que vivimos y amamos.....	177
Víspera de san valentín.....	187
M <sup>a</sup> Dolores Romero	
Ingenuidad.....	193
La venganza de las niñas feas.....	199



CARTAS DE LIBERTAD

Mikel Arzak



1939. La guerra ha terminado. Tomás está en el bando perdedor. Apresado, es inmediatamente condenado a participar en un campo de trabajo en Aguaviva, provincia de Teruel.

No llevaba ni una semana y ya sabía que aquello iba a ser la experiencia más dura de su vida. Más que la propia guerra incluso. En el barracón, junto a sus compañeros, pensaba en el catre en las duras palabras que les había dedicado aquel sargento de poca monta el día de su llegada:

«Sois escoria, lo peor que ha podido dar este gran país que es España. No podíais hacer otra cosa que perder esta guerra. Pero vuestro sufrimiento no acaba más que comenzar. Aquí, en Aguaviva, vais a trabajar duro en la reconstrucción de un puente. Y después vendrán otros trabajos, hasta que cumpláis con vuestras penas. ¡Abajo los rojos, arriba España!».

Menudo mentecato el sargento, pensaba Tomás. Llamarnos “rojos”. Si tuviera un mínimo de cultura, nos llamaría “republicanos”.

Tomás no había nacido para luchar ni para realizar trabajos duros. Tenía cierta educación y una gran inteligencia. Persona sensible, odiaba la lucha, las guerras, los conflictos. Había participado en la Guerra Civil por motivaciones familiares. No le había quedado otro remedio. En el frente nunca estuvo en primera línea. Tenía la suficiente inteligencia como para hacerse cargo de tareas más importantes en la retaguardia. En su brigada era un hombre respetado y querido por sus

compañeros. Su honestidad era de proporciones gigantescas, solían decir sus más íntimos amigos, muchos de ellos en su mismo batallón. Algunos habían fallecido durante la contienda. Y ahora esto.

Su única ventana al optimismo era pensar en su novia, Marta. Tenía claro que era el amor de su vida y que, en cuanto volviera a San Sebastián, la pediría en matrimonio. Pensaba mucho en ella y le escribía todo lo que podía, o más bien, lo que le permitían. Se le daba bien, tenía imaginación y estilo, además de una fuerte emocionalidad que intentaba impregnar en sus cartas.

La rutina diaria desquiciaba a Tomás. Se levantaban bien temprano para ir a trabajar en aquel maldito puente. Paraban para comer aquellos pucheros que nadie sabía lo que contenían. Y vuelta al tajo. De vez en cuando aparecía el sargento para echarles uno de sus discursos llenos de retórica patrioterica y vacíos de contenido. Tomás seguía pensando que aquel sargento era tonto de remate. Así se sucedieron las primeras semanas.

Una mañana, tras el desayuno, Tomás fue llamado a hablar con el sargento Rodríguez, que así se hacía llamar, lo recibió con buenas maneras y lo invitó a sentarse en su austero despacho. Los símbolos franquistas presidían una estancia no demasiado amplia donde existían un par de mesas con sus correspondientes sillas. Aquel lugar había sido construido y decorado como el resto de las instalaciones, con demasiadas prisas y sin ningún gusto. Así lo pensaba un intrigado Tomás, que no paraba de hacerse preguntas por el motivo de aquella invitación. El sargento ordenó a un soldado que estaba sentado ante la segunda mesa a que saliera, cosa que inquietó aún más a nuestro protagonista.

—Su nombre es Tomás Goicoa.

—Así es.

—Iré al grano, Sr. Goicoa. Usted escribe muchas cartas, cosa inusual entre sus compañeros. Como podrá imaginar, todas ellas son revisadas por nuestros soldados o por mí mismo para que no se comuniquen cuestiones calificadas como «prohibidas» por nuestro régimen.

He tenido la oportunidad de leer sus cartas que dirige a una tal Marta Vicondoa. ¿Es su novia?

—Sí, es mi novia —respondió un atónito Tomás.

—Seré claro. Sus cartas me parecen de una sensiblería absoluta, pero son cosas que a las mujeres les gustan. Yo tengo una novia en Zaragoza y me quiero casar con ella en cuanto me devuelvan al cuartel del que soy originario. Pero para ello debo conectar con su corazón, y no sé cómo se hace eso. Soy un tipo duro y no me gustan esas tonte-rías de amores. Pero usted maneja muy bien ese lenguaje, así que tengo una propuesta que hacerle y que estoy seguro que no podrá rechazar.

El sargento protagonizó entonces un largo silencio. Tomás pensaba que aquel hombre era un verdadero «burro con patas», pero puso buena cara porque intuía que su situación podía cambiar a mejor, siempre y cuando supiera jugar bien sus cartas.

—Le propongo lo siguiente. Usted vendrá aquí todos los días y escribirá cartas a mi novia en mi nombre. También podrá escribirle a su novia. A cambio, si todo va bien, no irá a trabajar con sus compañeros e informaré de su buena conducta ante mis superiores para que esté con nosotros el menor tiempo posible. ¿Qué contesta?

—Perdone, señor Rodríguez, pero ¿cómo voy a suplantarle en unas cartas tan personales?

—Usted tiene imaginación. Utilícela.

A Tomás todo aquello le pareció descabellado. Su honra personal le hubiera hecho rechazar aquella propuesta de inmediato. Pero el escenario era el que era, y él no estaba en situación de negar ninguna posibilidad de mejorar su situación personal. A regañadientes, aceptó.

—Bien, quiero que comience ahora mismo. Le contaré algunos detalles de ella, de mí, y le mostraré cartas que me envía. Luego quiero que escriba una carta al día. Y vaya poco a poco, no vaya a sospechar y se estropee todo. ¿Entendido?

—Entendido.

—¡Gutiérrez! —gritó el sargento— acompañe al señor Goicoa y



acomódelo en una mesa de ahí fuera. ¡Ah! Y proporciónale una máquina de escribir.

—A sus órdenes mi sargento.

Un sorprendido soldado raso acompañó a Tomás a un pequeño despacho. Tomás pensó entonces estos fachas son de un simple absoluto. Se sentó en un minúsculo escritorio y esperó a que el soldado Gutiérrez le proporcionara una máquina de escribir y papel. Tomás escribió una primera carta sencilla, en la que no puso casi ninguna emoción, con estilo ramplón. Con tranquilidad, se tomó su tiempo. No fuera a demostrar, además, buena técnica con aquella máquina. Entregó al sargento una primera carta aquella misma tarde, quien quedó maravillado y no paraba de repetir «fenomenal» mientras la firmaba.

—Buen trabajo señor Goicoa. Mañana lo quiero ver aquí de nuevo.

«Este es tonto, maravillosamente tonto de remate», pensaba Tomás.

Esa noche, algunos compañeros preguntaron a Tomás el motivo de su ausencia en las obras del puente. Este les contó lo sucedido y que a partir de entonces se convertiría en el escribiente del sargento. Todos se morían de envidia y le daban la enhorabuena por su nueva situación.

Tomás acudía cada día a la oficina central del campo de trabajo, saludaba educadamente y se ponía a escribir una carta para la novia del sargento y otra para la suya, su querida Marta. En la del sargento ponía poco esfuerzo, aunque afinaba cada vez más su estilo. En las que ponía mayor emoción y todo su corazón era en las suyas, aquellas que escribía de su propio puño y letra. Escribir a máquina le parecía lo más frío del mundo, pero no le quedaba otra y, además, qué importaba. El sargento estaba encantado y Tomás había visto cómo su día a día mejoraba claramente.

Muy cerca de allí, en la oficina de Correos, la hija del director de la oficina leía en secreto aquellas cartas. Su padre lo sabía, pero como la censura la practicaba todo el mundo, tampoco le daba demasiada importancia. Lo que desconocía él era el hecho de que su joven hija

era una ferviente seguidora del nuevo régimen y que se estaba enamorando de aquel sargento que escribía a máquina y firmaba de forma clara y contundente. Devoraba aquellas cartas que llegaban casi todos los días y que cada una era mejor que la anterior. Tenía que conocer a aquel desconocido sargento.

Convenció a su padre para que la dejara ir a recoger el correo del campo de trabajo. De esta manera Sara acudía cada día e iba entablando confianza con algunos soldados que la recibían con los brazos abiertos, gustosos de ver a una joven en aquel lugar tan inhóspito y lleno de hombres. Sara se dejaba querer, pero a quien realmente quería conocer no era otro que al sargento. No paraba de preguntar por él, pero los soldados tenían órdenes explícitas de no ser molestado salvo causa de fuerza mayor. Tomás vio alguna vez a aquella moza, pero no le prestó mucha atención. Escribir un par de cartas era su único objetivo diario.

Un día Sara insistió tanto que Gutiérrez, el soldado ayudante del sargento, hizo pasar a la nerviosa joven al despacho de su superior. Un sorprendido sargento preguntó a Sara por el motivo de su visita. La inocencia de la joven le hizo contar todo. Al sargento no le hizo ninguna gracia aquella situación. Amenazó a la joven con palabras muy gruesas y le ordenó que no apareciera por allí nunca más.

Mientras Tomás la observaba abandonar el lugar desolada, entre lágrimas, se preguntaba qué podía haber ocurrido. Tras un tiempo prudente, entregó la carta de ese día al sargento, quien la recogió sin mediar palabra. Era evidente que algo grave había ocurrido aquella tarde entre la joven desconocida y aquel rudo hombre que dirigía aquel lugar sin ningún tino.

A Sara la invadió una depresión profunda. Se refugió en su casa y ya no volvió a recoger el correo del campo de trabajo. Su padre, preocupado por el estado de su hija, le animaba a que le ayudara en la oficina. Pensaba que así, por lo menos, se distraería un poco. Sara así lo hizo. Ayudaba a su padre en tareas administrativas. Pero además volvió a cometer su vicio inconfesable. Leer cartas ajenas, esta vez

escritas a mano.

El verano de 1940 llegó, y con él un calor sofocante. Tomás mostraba interés por el estado de sus compañeros. Los consultaba cada noche. Las tareas de reconstrucción del puente se hacían cada vez más duras. Hubo casos de insolaciones y mareos. Incluso personas que no soportaron tales condiciones y terminaron falleciendo. Tomás aconsejó a un sargento con el que tenía cierta confianza que tomara algunas medidas para aliviar el sufrimiento de los trabajadores. El sargento solo le respondió «el puente debe estar terminado lo antes posible».

A finales de julio, un día de auténtico bochorno, Tomás vio entrar a una mujer bien parecida vociferando que era la futura mujer del sargento y que quería verlo inmediatamente. Los soldados no pudieron retenerla ni un segundo y entró al despacho de su novio de forma decidida. La tensión era evidente. Gutiérrez entró y salió del despacho de su superior varias veces con cara de pocos amigos. Habría pasado una hora aproximadamente, cuando la misteriosa futura mujer del sargento salió de forma tan decidida como había entrado diciendo únicamente «Buenos días».

Al cabo de unos instantes Tomás fue avisado por Gutiérrez de que el sargento quería verlo inmediatamente.

—Buenas tardes Tomás.

—Buenas tardes señor.

—Tengo buenas noticias, para usted y para mí. Acabo de estar hablando con mi futura mujer y me trasladan a Zaragoza. Nos casaremos en cuanto llegue. Usted queda libre. En unas semanas estará junto a su novia...

—Marta, señor.

—Eso, como se llame. Puede retirarse.

—Gracias señor.

Tomás no lograba comprender cómo podía haber ocurrido aquello. Evidentemente, la futura mujer de aquel tosco hombre había tenido algo que ver, pero ¿cómo? ¿Sara? No podía ser. Aquella noche los compañeros de Tomás celebraron sus noticias. Una celebración sencii-

lla pero emotiva.

A mediados de agosto Tomás se encontraba en un tren camino de San Sebastián. Marta lo estaría esperando. En las dos últimas semanas sus cartas eran un poco diferentes, más positivas, llenas de luz y emociones. Una impaciente Marta esperaba en el andén de la estación la llegada de un tren con retraso. Estaba muy emocionada. No podía entender cómo podían haber liberado a su prometido tan pronto. Pero no importaba, ahora iban a tener todo el tiempo para saber el uno del otro. Por fin pudo ver a un más delgado Tomás bajar del tren. Se dieron un fuerte abrazo.

—Ahora dime la verdad. ¿Por qué te han liberado tan pronto?

—Por nuestras cartas de amor.

En realidad Tomás pensaba que había sido por unas cartas de libertad.



CLIC  
Mikel Arzak



¿Qué ocurre cuando un clic ocurre en la vida de una persona?

Todo cambia.

Reflexión personal (e intransferible).

Dicen que el destino puede depararnos sorpresas. A veces positivas, otras no tanto, siempre impredecibles. Se las puede llamar de muchas maneras: golpes de suerte, giros vitales, inflexiones en la vida, cosas del destino, o un sinfín más. Pero, qué quieren que les diga. Yo las llamo clics.

Esta es la historia de Juan, un común de los mortales que vive en Vitoria y que lleva una vida bastante anodina como vendedor de coches de la marca Audi. Como la industria en la que trabaja, él también está en crisis, que sin saber muy bien por qué ni cómo se instala en uno y no lo suelta a no ser que algo suficientemente maravilloso ocurra.

Alberto, un amigo de toda la vida, llamó a Juan y le anunció que había conocido una mujer cuando visitaba una exposición de un conocido suyo en el museo Artium. Menuda novedad la de Alberto, uno de los seres más peculiares sobre la faz de la tierra. Como Juan, vive en Vitoria, pero a diferencia de este, no ha trabajado en su vida. Es decir, no ha dado un palo al agua. Vive de rentas, gracias a la fortuna heredada por su familia. Locuaz y embaucador, liga con una facilidad pasmosa. Tras asegurar que se trataba de una mujer especial, le pidió un favor:



—Ana celebra una comida con amigos este sábado en una casa que tiene en Anguciana, un pueblo cercano a Haro. Me ha invitado, pero necesito acompañante que conduzca y que tenga un bonito coche. Ese eres tú.

Alberto ni trabaja ni tiene carnet de conducir, claro. Juan, en sus circunstancias, no lo pensó dos veces y aceptó.

Puntuales como un clavo, los dos amigos llegaron a casa de la, para Juan, misteriosa mujer que se había dejado embaucar en un museo por Alberto. Ana se presentó, saludó cariñosamente a su ligue y este hizo las presentaciones oportunas. Dentro de la casa, algunas personas bebían y reían. La anfitriona hizo las presentaciones y se ausentó a la cocina. Alberto la siguió hablando por los codos y con ritmo frenético. Juan estuvo charlando con algunas personas. Se sentía extrañamente cómodo. Al cabo de un rato apareció la parejita sonriendo. Ana se detuvo en el rellano de la escalera y mirando hacia arriba gritó:

—Jon, hijo, baja, vamos a comer.

A Alberto se le cambió la cara. Buscó la de Juan y le hizo una mueca. Juan no se sorprendió y le devolvió un gesto como diciendo ‘¿y qué esperabas?’. Ana se sentó en la cabecera de la mesa e hizo un gesto para que los dos amigos, que habían estado hablando en voz baja instantes antes, se sentaran a su lado. A Juan le pareció un bonito gesto, mientras que a Alberto no. Jon apareció y, tras saludar a todo el mundo, se sentó junto a Alberto. Juan sonreía y miraba a su amigo, que tenía cara de *poker*.

Mientras Ana invitaba a que los comensales se sirvieran la comida que había preparado, Juan disfrutaba con la escena. Lo sentía por Alberto, pero hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Entonces fue cuando se fijó en Ana. Le sorprendió su mirada, limpia y sincera. Sus ojos, grandes y claros, pelo corto y moreno, piel clara y delicada, le daban un aspecto relajado. Su hijo, aunque bastante más moreno, era su viva estampa. El niño preguntó a su madre por aquellas dos personas que no conocía. Ella lo puso al corriente. Fue entonces cuando el niño comenzó a preguntar sin parar. Alberto no respondía.

—¿Qué le ocurre a tu amigo? —preguntó el niño a Juan.

—Nada, tranquilo, es que está concentrado con la comida —respondió un más que sonriente Juan.

No era complicado saber lo que ocurría, y Ana miró a Juan con cara de circunstancias. Este le devolvió una mirada de confianza. Jon, al igual que su madre, dirigieron sus preguntas y conversaciones hacia Juan, quien a costa de no comer a buen ritmo, estaba disfrutando con la escena. Jon hizo mil y una preguntas, mientras su madre lo miraba con cara de desaprobación.

—Tranquila, me gusta que me pregunten. Además, tu hijo es encantador.

Alberto había cambiado su expresión. Ahora miraba a su amigo con cara de odio.

Jon tenía diez años y parecía un niño muy inteligente. Amante de las estrellas, quería ser astronauta de mayor.

—Ah, como Neils Armstrong.

—No, ese es un viejo. Además, no creo que hubiese estado en la luna.

—Ah, ¿no?

—Eso fue un truño como un puño.

—Ten cuidado, que has entrado en su tema favorito —advirtió Ana a su invitado.

Juan no pudo más que reír y reír. No paró hasta los postres.

—Juan, si quieres te enseño mi escondite.

—Jon, no seas pesado —dijo su madre.

—Sí, además nos tenemos que ir, ¿verdad Juan? —habló Alberto, quien hasta ese momento había permanecido callado.

—¡Qué va! Si no tenemos prisa. Es sábado y me encantan los escondites. De pequeño tenía muchos, sobre todo en nuestra casa de vacaciones.

Alberto cruzó una mirada de desprecio con Juan, que no paraba de sonreír.

Tras los cafés, Jon tiró de Juan pidiéndole que lo acompañara. Al-

berto los siguió con desgana y a los pocos metros le dijo a su amigo que él se iba a dar una vuelta y perderse. Un emocionado Jon le enseñó su escondite. Se trataba de un lugar a las afueras del pueblo, tras un campo de trigo que estaba en su plenitud, y junto a un río que pasaba caudaloso. Tranquilo y silencioso, a Juan le pareció un lugar para evadirse y dejar atrás todos sus malos rollos.

—Me gusta mucho tu escondite. Necesitaba estar en un lugar así.

—Pues vengo mucho. Sobre todo de noche, a ver las estrellas.

—Claro, Pedro Duque.

—Ese está mejor —dijo un sonriente Jon.

Juan y el niño estuvieron hablando un buen rato. Se llevaban bien. Juan necesitaba hablar y Jon se mostraba como un buen conversador. No parecía que tuviese diez años.

—Juan, es un poco tarde. Mi madre estará preocupada. Volvamos.

—¿Puedo quedarme un rato en tu escondite?

—Claro.

Juan sacó entonces su iPod y escuchando música, se tumbó y se relajó como hacía mucho no lo hacía. Al cabo de un rato, en pleno trance musical, alguien tocaba el hombro de nuestro hombre. Era Ana. Juan se quitó los auriculares.

—Perdona. Alberto ha vuelto y pregunta por ti. Jon me ha dicho dónde estabas.

—Puede esperar. Este lugar es mágico. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

Juan se incorporó y Ana se sentó a su lado.

—Sí, a mí también me gusta. Vengo todo lo que puedo, aunque no tanto como Jon, claro. ¿Qué escuchas?

—Música *chillout* o *lounge*, nunca las he sabido diferenciar.

—¿Puedo escuchar?

—Claro.

Juan le prestó un auricular y él se puso el otro. Sonaba Tones, un tema de la serie *Café del Mar*.

—¿Qué te parece?

—Me gusta.

Observaban el devenir de las corrientes del río. El ruido del agua parecía confluir con la música que sonaba en aquellos diminutos auriculares.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —rompió el silencio Ana.

—Por supuesto.

—Si te doy mi teléfono, ¿me llamarás?

Clic.



## CRÓNICAS TROPICALES

Ana Teresa Béjar



La primera vez que Salomé vio el mar Caribe fue como una revelación. La estampa idílica de aguas cristalinas y palmeras bailando al compás de unos tambores lejanos, impresiona y casi traumatiza de por vida. Nunca más otras aguas le parecerán cálidas, ni purificadoras, ni la música tan cautivadora.

—¡Esta noche me toca disfrutar del momento mágico de la luna llena!

Intuye que este precioso paisaje tropical, mañana podría resultar ser un grandioso decorado. Pero prefiere alegrarse de la dicha pues nada como una magnífica puesta de sol para sentirse afortunada.

Eso piensa Salomé, mientras descansa en la hamaca, saboreando la bebida local compuesta de ron añejo, limón y azúcar moreno. Elixir delicioso pero con efectos secundarios diabólicos, como ya comprobará.

Salomé y su amiga Elisabeth llegaron a la isla por la tarde, procedentes de Europa. Han emprendido un viaje iniciático para ver mundo y aprender a vivir de otra manera. Empezaron por las islas caribeñas para coincidir con el novio de Elisabeth cuya familia materna es oriunda de San Nicolás... Al observar a los nativos de indolente andar y de lánguido hablar, se percatan de lo poco que sus vidas tienen en común.

—Dicen que «la miseria no es tan penosa cuando brilla el sol», sin embargo, ¿a quién le puede gustar trabajar con tanto calor? —dijo



Elisabeth.

—Según el diccionario: «energía producida por la vibración acelerada de las moléculas» es la definición de calor —responde Salomé. Después de unas cuantas horas vagando por las calles de la capital, Puerto Rey, se da cuenta de que se trabaja poco:

—En esta isla, solo se aceleran las moléculas... o sea, ¡hace mucho calor! —proclama Salomé.

Y precisamente, ese es el encanto del trópico: un ritmo lento para dulcificar el talante.

Mirto, a quien conocieron en Europa, las recoge en el aeropuerto y las lleva a su casa. El contacto con la otra realidad caribeña en la que vive Mirto, se hace en sincronía con la vivencia callejera. Es alta, delgada, de piel oscura con el pelo rasurado. La típica belleza africana con porte elegante y sensualidad felina que provoca alboroto por doquier.

Al día siguiente, están saliendo de la casa, cuando aparece una comitiva de coches oficiales, cargados de hombres armados. Frenan, saltan unos policías con metralletas y escoltan una señora de mirada aguda y recelosa. Se quedan petrificadas mientras Mirto, encantada, lanza :

—Os presento a mi madre.

Resulta ser un alto cargo político, pero ¿verdad que no se puede culpar a nadie de lo que son sus padres? Claro que sabían que el gobierno isleño era dictatorial, pero no que su amiga fuera hija del jefe de la policía secreta. La que machaca a la oposición haciéndola desaparecer sin rastro. Salomé se da cuenta de que al haber aceptado la invitación de Mirto, las dos amigas se están entrometiendo sin querer en algo más que en su vida familiar, es decir en la vida política de la isla.

—Vamos al mercado central, dijo Mirto rompiendo el tenso silencio.

Por las calles atestadas reina un ambiente alegre y animado. Los marchantes disponen las frutas y verduras con un sentido estético na-

tural, cuyo efecto embellece la escasez hasta volverla digna y atractiva. Pasan el día descubriendo una forma de vida tan distinta como fascinante. La gente camina sin prisa, sin rumbo fijo, se paran y saludan o charlan, mientras hacen sus menesteres. No se nota ningún estrés visible, cosa extraña para personas recién llegadas de Europa.

El día pasa volando. Vuelven a casa de Mirto a descansar, encandiladas por el ambiente cálido y asombroso.

Al caer la noche de golpe, como suele ser en el trópico, se visten y se arreglan para ir a una fiesta privada.

—Quiero que venga mi novio —suelta Elisabeth—, él también está de vacaciones en la isla.

Pero Pierre no puede compartir ni mesa ni mantel con la hija de la persona que encarceló a miembros de su familia y se lo dice a su novia sin rodeos. Es verdad que Mirto no le ha invitado.

Salomé lo toma como señal.

—¿Sabes qué? A pesar del paisaje paradisiaco, el calor sofocante, las hermosas palmeras y el brebaje mágico, existe un antagonismo social resistente al clima bondadoso —advierte.

Deciden empezar a buscar un apartamento de alquiler, donde organizar su estancia con la libertad a la que están acostumbradas. Está claro que tendrán que adaptarse. ¿Hasta qué punto? Ya se verá. Para empezar habrá que aprender a no mezclar algunos con otros pero ¿cómo identificar la diferencia entre unos y otros?

—Salta a la vista que Pierre es de un color de piel distinto, pero no puede ser tan sencillo —le dice Elisabeth.

El tiempo demostrará que dichas diferencias son más complejas de lo que a simple vista puedan parecer y que las intrigas forman parte de la vida cotidiana de la isla.



CRÓNICAS TROPICALES II  
Ana Teresa Béjar



A veces, la verdad puede parecer mentira, y la mentira, más auténtica que la verdad.

«¿Cómo contarla sin que parezca un cuento?» —se pregunta Salomé—. «Y ¿cuál es la verdadera historia? ¿Recordamos la realidad tal como la vivimos o nuestra imaginación la transfigura?»

Esta reflexión se le cruza por la mente al recordar el día que tuvieron lugar las primeras elecciones postdictadura. Las decisiones que tomamos casi siempre tienen consecuencias, algunas imprevisibles. Como la que tomó Salomé al emprender un viaje, proyectando dar la vuelta al mundo. Terminó afincándose en la isla caribeña de San Nicolás, y en este momento, esquivando las balas. ¡Aterrorizada!

—¿Qué hacemos? —lanza Salomé, mientras todos los que están a su alrededor se tiran al suelo, gritan, lloran y se pisotean. Ellos dos son los únicos que siguen de pie, cogidos de la mano, mirando hacia la verja de entrada al patio de la iglesia.

—Siempre hay que acechar y ver de dónde viene el peligro —le contesta Félix—. ¡No te muevas!

—Ya, vale, y ¿cuando aparezcan...?

No le da tiempo de terminar la frase, los militares han vuelto y disparan a ciegas. Las balas salpican de forma indiscriminada. La histeria se apodera de la multitud. Le arrancan una sandalia. Le cuesta respirar. Mira hacia atrás y se fija en la cancela trasera. Candado, sin la llave: imposible de abrir. Bajo la escalera, muchos se esconden

como pueden y la miran aterrados.

De repente, siente que ha llegado el final. Todo se congela, nadie se mueve, siguen disparando. Se acuerda de por qué quiso venir a votar y se tranquiliza.

Esta mañana, al despertar le dijo a Félix que se vestiría de blanco ya que iba a ser un gran día.

—Tengo que ir aunque no pueda votar. Si pasa algo prefiero estar contigo —le dijo Salomé—. Ninguna de mis amigas quieren ir porque hay rumores de golpe militar.

—Puede que no quieran elecciones de verdad. Ya lo sabes — contesta Félix.

Él percibe de lo que un gobierno condenado al fracaso es capaz, como lo demuestra el rosario de golpes de estado sufridos a lo largo de la historia de su isla.

Nació en San Nicolás, en el seno de una distinguida familia con tradicional interés por la política, truncado por la llegada al poder del sanguinario Doctor Louis.

Félix, que se considera privilegiado y consciente de serlo, aspira a comprometerse con el futuro de su país.

Su carácter positivo le impulsa a considerar que todo puede hacerse, si todos se lo proponen.

Claro que todos, tiene que incluir la junta militar, que ha tomado el poder inmediatamente después de la huida del dictador, y gestiona la vida cotidiana hasta organizar elecciones democráticas.

También incluye la clase pudiente a la que pertenece, sumida en un modus operandi económico cuyo equilibrio se mantiene a base de pactos ocultos, y a veces inconfesables.

Pero nadie está por la labor. Las viejas costumbres e intrigas de palacio no cesan.

Los mismos que ayer se prosternaban ante los dignitarios del régimen totalitario, se levantaron reclamando libertad, recolocándose en seguida, a la vera de los que hoy mandan.

Félix y Salomé se conocieron en plena época de esperanza y libe-

ración, presagio de una nueva era. Después de treinta años de letargo, reina en el país el sentimiento de que todo es posible, incluso presentarse como candidato a la alcaldía de la ciudad.

Un reto para Félix, que considera imprescindible conquistar la capital.

—¡Qué manera de exponernos en primera línea política! —le dicen sus familiares y amigos—. ¡Mejor seguir siendo invisibles! ¡Ya no estamos en la época de tu abuelo!

—¡Lo que importa es ser competente, no tener la piel más oscura! —responde Félix incansable—. Y no pienso quedarme de brazos cruzados, quejándome de que el gobierno no sea capaz de nada. Ha llegado por fin, la oportunidad que llevamos tantos años esperando.

¿Invisibles?

Curioso debate, ya que todos ellos destacan por el color de piel: del canela al blanco más improbable, pasando por asombrosos tonos tostados.

Una sociedad multicolor en la que el blanco simboliza poder económico y a la vez, obstáculo político, por no representar al resto de la población de etnia africana. O sea, un castigo autoinfligido con resultado devastador, una especie de esquizofrenia colectiva y surrealista de lo más fascinante.

Cada vez que asisten a cenas con embajadores, supuestos candidatos y empresarios, surge la misma polémica.

Salomé se ve arrastrada a discusiones interminables, apasionadas a la vez que inútiles, pues llegan siempre a la misma conclusión: mejor no arriesgarse.

—¿Debe la economía influir sobre la política? —razona Salomé—, ¿o la política sobre la economía? ¿Porqué no influir para conseguir que las cosas se hagan mejor?

—Ya sabemos lo que pretendes: hacernos sentir culpables de la situación en la que está el país. ¡Lo que faltaba! —le contesta Jenny con un gesto de la mano deslumbrante. Siempre brilla más por el resplandor de los pedruscos que adornan sus dedos a cualquier hora del día, y



que ya forman parte de su personaje, que por su retórica.

Jenny Léman, cónsul honorario de un pequeño pero próspero país europeo, llegó a la isla años atrás. Se enamoró locamente de un industrial, se casó y tuvo dos niños inesperadamente rubios. Al lograr en un tiempo récord, un aclarado de cutis que suele tardar generaciones, se convirtió en una figura importante de la élite insular, y en una de las mejores anfitrionas.

—¿Se puede saber lo que te pasa Salomé? Creo que deberías dedicarte a llevar tu casa e ir de compras a Miami de vez en cuando.

—No creo que sea la única preocupada por el futuro inmediato —le contesta Salomé—. Creo que prefiero hablar de política con los hombres. Mañana vamos a votar.

—¡Nadie irá a votar mañana! —suelta Jenny—. ¡Qué locura, ni se te ocurra!

Las cenas de Jenny tienen fama de mezclar la jet local con los altos cargos extranjeros. Para cualquier diplomático recién llegado a San Nicolás, una invitación de los señores de Léman es la llave para codearse con la burguesía de Puerto Rey y cada cena, pretexto para conseguir información privilegiada.

Para los elitistas isleños es algo parecido a pactar con los antiguos colonos. Pero la luz de las velas y el *champagne* francés suavizan las asperezas y unos y otros terminan sacando provecho del encuentro.

Mientras tienen lugar dichas reuniones, cócteles y banquetes, otros elaboran estrategias para conservar el poder y se disponen a actuar.

El general Moise lo tiene todo listo para impedir que salgan adelante los comicios del domingo. La víspera, estuvo reunido con el embajador y el agregado cultural estadounidenses, para organizar el *modus operandi*.

—¿Están seguros de que todo saldrá bien? —pregunta Christopher Jones—. El agregado cultural es un hombre encantador, atractivo, moreno de piel y tan imponente físicamente que quita la respiración. Tiene la complexión atlética de un deportista y muy poco del burócrata.

Irresistible para las mujeres...

—Hemos entregado las armas a un contingente restringido ayer por la noche, explica el General—. Está al mando el capitán Romus. No hay duda de que hará lo que se le ordene. Lo que cuenta es que no llegue al poder el grupo de los 27. No habrá pérdidas humanas solo disparos de intimidación. Se lo garantizo.

—A los franceses no les va a gustar nada que les estropeen su estrategia, señala el embajador americano—. ¿Cuál será nuestra postura oficial?

—La de siempre, Excelencia —contesta Jones—. No se preocupe, Washington ha dado el visto bueno.

Al día siguiente, los soldados empiezan de madrugada patrullando las calles de Puerto Rey con órdenes de velar por la seguridad de todos los votantes.

Entretanto, la cuadrilla del general se dispone a ejecutar el plan establecido. Comienzan por el colegio electoral más importante y siguen por la avenida principal hasta llegar a la zona residencial donde votan los principales candidatos.

Al llegar a la plaza de la iglesia Saint Paul, empiezan a disparar por todas partes. La gente huye enloquecida.

Dan la vuelta a la plaza esperando la orden para entrar por el patio de la iglesia. Las metralletas vomitan balas sin cesar.

La orden no llega. La plaza se ha vaciado en pocos minutos.

Solo quedan los cuerpos tendidos en el suelo de los que pillaron desprevenidos.

Los soldados dan media vuelta y salen de la plaza.

Salomé y Félix siguen de pie en el patio.

Los disparos disminuyen.

—¿Se habrán ido? —se pregunta Salomé—. ¿O van a volver a por nosotros?

El silencio es espeluznante. Se oyen unos lamentos lejanos, y llegan rumores sordos.

Algunos se levantan y poco a poco, todos aturridos se sacuden la ropa, se espabilan y de pronto rompen en aplausos y gritos: «¡Quere-

mos votar! ¡Queremos votar! ¡Queremos votar!».

Todos cantan, el ambiente se hace más eléctrico pero cada uno vuelve al sitio que le corresponde para votar.

En ese instante, Salomé se da cuenta de que todo el mundo va vestido de blanco.

Ese domingo de noviembre, se dice que murieron quinientas personas.

Se suspendió el proceso electoral.

AQUELLO EN LO QUE CREES

Elena Córdova Fernández



Me pregunta, señorita, qué opino de la igualdad entre los sexos. No sabría qué decirle...

Me recuerda esto... mi madre murió cuando yo tenía catorce años ¿sabe? Tenía un hermano de dieciséis y dos hermanas, una de diez y otra de cinco. Desaparecía mi madre y me enfrentaba tempranamente a la experiencia de la muerte. Fue solo cuando vi a mi padre, fundiéndose con el gris de su traje de domingo, que comprendí el verdadero carácter de nuestra pérdida.

El día siguiente amaneció con su rutina habitual. Mi padre, con la pequeña sentada en la cintura, sus piernecillas enrolladas a su alrededor de un modo casi imposible y la cabeza de bucles despeinados hundida en su cuello, nos fue despertando a los demás. Puso la leche a hervir y mientras se calentaba, cortó el pan para nuestros bocadillos. Mi hermano Tomás y yo pusimos la mesa y Aurelia, medio dormida, hizo su cama y la de la niña Claudia. Desayunamos los cinco, sentados en la cocina, Claudia sobre las rodillas de mi padre, Aurelia medio tumbada sobre mi brazo, por más que yo protestara. Tomás preparó nuestras dos carteras y peinó a las niñas. Yo, que nunca le di importancia a ponerme un delantal, dejé fregada la vajilla. Todo igual que cualquier día desde hacía cuatro años, salvo por el rostro de mi padre, del que el color de la vida estaba ausente y resecos sus labios de un desierto que llevaba en ellos. De otro modo hubiera estado canturreando, hubiera puesto más café en la cafetera y reservado una tacita

de café para mi madre, endulzado con un beso, antes de llevarnos a la escuela.

Él era mecánico, un hombre al que le gustaba su profesión, familiar, amistoso, si bien de pocos amigos. Con ellos iba alguna vez a jugar a las cartas, sin más ánimo que el de llenarse los bolsillos de un botín de garbanzos. Por lo demás, su ocio era de cosas sencillas y pragmáticas: arreglaba la silla rota; hacía una estantería para poner más geranios en el patio, como le gustaban tanto a mi madre; engrasaba nuestras bicicletas y cosas así. Bueno, y estaba la música, por la noche, que solía escuchar agarrado de la mano de mi madre, una mano siempre como abandonada al sueño sobre el brazo del sofá, mientras él la sujetaba, conectándola a sí mismo para insuflarle el vigor que le faltaba.

Porque sí, mi madre había sufrido un accidente circulatorio unos años atrás y había quedado con la mitad de su cuerpo paralizado y una extraña expresión de reproche. Para compensarlo, sus ojos adoptaron un lenguaje milenario y no se echaban casi de menos las palabras. La mano sana, por su parte, no descansaba en su servicio para calmar con suavidad nuestros miedos, sanar nuestros arañazos o corregir con letra pulcra nuestros deberes si le sujetábamos el cuaderno. Por lo demás mi madre estaba sitiada en su butaca y apenas nada podía hacer lejos de ella si no era con nuestra ayuda. Los recuerdos, que suelen obedecer a las emociones, la preservaron sin embargo para todos con su paso ágil sobre las baldosas, con sus gestos precisos y estando en cada momento donde se la podía necesitar. Era como si su quietud obedeciera a un paréntesis y en cualquier momento pudiéramos esperar verla correr.

No creo que nos planteáramos esas cosas, si éramos iguales, quiénes tenían más derechos, o menos. Yo puedo recordar a mi padre, con sus manos toscas de mover piezas de motor, escocidas después del protocolo de limpieza al que se sometía antes de entrar en casa, bañando a la niña, poniéndole la muda, el pijama, abrochando aquellos botoncitos diminutos de sus ropas, un reto auténtico que afrontaba sin

perder la paciencia. No se perdía en debates sociológicos, en lo que fueran costumbres arraigadas o no. No pedía para sí una tribuna para dar discursos, ni se atribuía ningún mérito por ello. Mi padre tenía por brújula el sentido común y el espíritu de trabajo. Cada uno en casa respondía según sus posibilidades. Y no había más que pensar. Yo, por ejemplo, era mejor que mis hermanas planchando, siempre fui el que mejor planchaba en casa, no me quedaban arrugas en la parte del hombro de las camisas, ni se me retorcían los puños. Ahora bien, si no funcionaba la plancha se la daba a Aurelia, que podía recomponer cualquier cosa. Y mientras todos nos afanábamos como hormigas, Tomás no tenía más que levantar la vista del libro, echar un vistazo al caos y con su mirada de halcón, dictaba decreto. Claudia, claro, creciendo al abrigo de todos, era como una enciclopedia que reunía todas las destrezas para afrontar el fin del mundo. Así éramos, diferentes. Pero íbamos en una misma dirección, cada uno engrasado en su propio eje.

Si usted, señorita, le hubiera preguntado a mi padre sobre la igualdad, la hubiera mirado como si le hablara de pájaros con sandalias.

Me ha hecho recordar, sí... Él, mientras mi madre vivió, volvía a casa después de dejarnos en el colegio a todos y antes de ir al taller, la aseaba y la vestía, delicado con su cuerpo, minucioso en los detalles. Tomaba su segunda taza de café con ella, en un silencio lleno de calor, con los ojos de un toro enamorado, esos ojos tan grandes y tan negros en esa cara afilada y oscura, talla de madera noble. Se marchaba después al trabajo, pero a la hora del bocadillo volvía, a ver si mi madre necesitaba algo y a darle un cafetito con una tostada de aceite. Para poder estar más rato con ella no hacía nada más, pero tomaba nota mental, «tengo que cambiar ese pomo», «hay que comprar más embutido», «esta tarde los chicos y yo, a ver si cambiamos las camas». Y adivinaba sonrisas y la miraba sin tristeza casi, porque no existía otra mujer más que la que llevaba grabada en su memoria.

«A veces pienso que la gente es tonta, señorita. El mundo está loco. Eso es lo que yo pienso». Eso le hubiera dicho mi padre. A nadie se le ocurrirían esas cosas si pensara desde el respeto.



¿Insólito? No, ya le he dicho, él no buscaba ningún reconocimiento. Él amaba ese cuerpo y lo atendía solícito; solo él podía reconocer en él a la mujer hermosa, entregarle su deseo en la mirada, aunque estuviera oculto en una silueta de olivo. Y sus niñas... cuentos trenzados en el pelo ¡Cómo no iba a ser fuerte para hacernos fuertes, humanos para vibrar con el arco de las emociones! No se avergonzaba tampoco de llorar, decía que limpiaba el alma. Y hay que limpiar el alma, porque la vida sigue. ¿Qué hubiera sido si no de su mujer, si él se hubiera encerrado en su pena de hombre, en su mundo de hombre, en su silencio? ¿Qué hubiera sido de nosotros si él no hubiera sido capaz de seguir cantando en la cocina cuando ella ya no podía hacerlo? Ella solía hacerlo todo con alegría, como si no costara esfuerzo, cantando. Él quería eso para nosotros. Los dos lo querían.

Mire, yo no sé si mi respuesta le vale, señorita. No la veo coger notas. Lo siento, me he distraído recordando... ¿No? Bien, bien... Sí, ya sé que no es una historia común. También recuerdo eso, lo que decía mi padre, que acabas convertido en aquello en lo que crees.

LOS QUE NUNCA ME AMARON  
Elena Córdova Fernández



Todos los amores contaron, todos sumaron pincelada a pincelada a mi lienzo. Pero fueron aquellos hombres, los que no me amaron, los que me hicieron ser mejor.

Creo que soy como una buena parte de las mujeres cuando amo. Mi madre, por ejemplo, fue una excelente pianista en su juventud, pero convirtió el piano en una mesa más de nuestro comedor para transformarse en un foco, como esos que proyectan su luz sobre una obra de arte, mi padre en este caso, y cuyo éxito está en que nadie repare en ellos. Cuando me decía: «hija, qué pena, vas a ser como yo», yo no sabía a qué se refería. Pero acabé por hacerlo cuando me separé de mi segundo marido y tuve que rebuscar en los cajones de mi conciencia a ver dónde me había quedado yo en todos esos años de jardinear por la vida de otro para hacerla más frondosa, mientras mi propia vida parecía salpicada de barro y arañada por las espinas.

Sí, yo amo como una idiota.

Perdí mi ocasión de estudiar en el extranjero, como mis amigas, de hablar correctamente inglés, de ver el mundo, para ser la novia ramplona de José Ignacio, un chico bien y un chico mono, absolutamente corto en todas las manifestaciones de lo intelectual y lo físico. Yo le quería y me soñaba a su lado como una esposa con ligero sobrepeso y expresión de feliz matrona. Pero mi novio, después de cinco años de mansa y ordenada sordidez, me dijo que yo le resultaba francamente aburrida. Y para mi pasmo hizo emerger unos (para mí desconocidos)

atributos personales, que rindió ante Dorita Bueyes, que acababa de venir de París, terminada su beca, envuelta en glamour y respirando ciencia.

Aquello me dejó estupefacta, más dolida que desengañada sentimentalmente. A mamá le dio igual porque pensaba que José Ignacio era una demostración de que un golpe que me di en la cabeza montando en bicicleta de pequeña, realmente me dejó secuelas, pero papá el pobre se sintió ultrajado y me mandó lejos, a olvidarme de todo y a que, a ser posible, los conocidos y amigos se olvidaran también y dejaran en exposición a sus hijos para futuras alianzas.

Ñoña como yo era, muerta de miedo viendo en ello el camino al patíbulo, me subí en un avión y aterricé en Bélgica, a pasar un año sabático con mis tíos.

Como no sabía francés, mi tía Pili me apuntó a una academia. Y allí conocí a Jesús.

En la clase había varias chicas de mi edad, una japonesa, dos españolas, una alemana, además de otros alumnos. Y mientras esperábamos que la clase comenzara, ellas aguardaban con los ojos en la puerta y la expresión de una manada depredadora. Cuando entró Jesús dejaron de oírse cinco corazones, detenidos en su figura de capitán de un ejército de cuento. Uno de ellos era el mío.

Al salir de la academia Jesús nos llevaba por la calle arracimadas, en una lucha silenciosa por llamar su atención, pero era él quien tenía la nuestra secuestrada, con su elocuencia, con su gracia, con ese peculiar deje asturiano que se le escapaba. Era tan seductor como ajeno a su propio magnetismo y eso le confería, si es que era posible, aún más encanto. Nos entretenía con sus bromas, se reía de sí mismo, cuya mala pronunciación y manejo del idioma siempre daba alguna anécdota que contar.

Por acercarme a él mejoré tanto mi francés que mi tía llegó a sugerirme que orientara mi vida hacia las lenguas, para las que se había descubierto en mí tanto y tan súbito talento. Leí los libros que sabía que él había leído, solo por la oportunidad de comentarlos juntos. Aún

hoy, cuarenta años después, puedo sentir cómo el pecho se queda sin aire suficiente con la sola evocación de sus títulos, como si viajara en el tiempo.

Sus manos no llegaron a tomar contacto con mi piel, ni sus ojos se detuvieron en los míos más de lo imprescindible. Cuando superando todas mis limitaciones le dije que lo quería, se limitó a mirarme con simpatía y a decirme que lo sentía mucho. Solo eso: «lo siento, bonita». Quedaba sobreentendido todo lo demás. No me amó, ni mucho, ni poco, aunque me entregó una amistad firme como una añosa encina, que toda mi vida ha sido una sombra donde aguardar que terminen las tormentas. Sigo enamorada, leyendo los libros que me envía, esperando sus cartas, imaginando que nos quedamos atrapados en ese día justo antes de mi declaración y que no sé aún si me quiere y que existe la esperanza.

Pasado el tiempo y viendo que mi correspondencia con Jesús sería lo más cerca que estaría de él, abrí mi corazón para albergar otros romances.

Vinieron otros amores, claro. Amores de los que se llaman ‘correspondidos’. Y yo no digo que no lo fuesen. Pero tras los primeros y felices tiempos, la historia era siempre la misma, la balanza se desequilibraba, me agotaba en una carrera desigual. Alimenté a los soñadores e idealistas, que no se acordaban ni de comer por entregarse a causas poderosas; apoyé a los ambiciosos, que agotados en sus escaladas se rendían en mis brazos y dejaban aparte sus preocupaciones; di seguridad a los que no la sentían, animé a los que no se atrevían y como un entrenador, enjugué el sudor de unos y avivé el espíritu de combate de otros, sin reclamar un espacio para mí.

Cada vez que terminaba una relación era como si hubiera salido de un coma. Tenía que recordarme a mí misma quién era yo, averiguar qué quería y buscar la agenda de teléfonos para pedir a mis escasas amistades que obviaran mi prolongado descuido y me dieran asilo emocional.

No era así con los amores desdeñados, imposibles, esquivos. Co-

mo el amor de Roberto.

Después que mi último marido saliera de mi vida y con él sus habilidades culinarias, recordé que desde mis compañeras de piso a mis parejas, tras una semana conmigo, todo el mundo había aceptado gustoso cualquier solución que me alejara de los fogones. Mi incapacidad era genética, en mi casa siempre hubo ayuda doméstica y mi madre se jactaba de que en eso no cedió jamás, cacerolas, cebollas y salsas no eran un mundo en el que pretendiera entrar. En mi caso, la visión de una berenjena nunca estimuló mi imaginación ni para pintar bodegones. Así que, decidida a aceptar un reto, me apunté a un curso de cocina.

Si primero me sorprendió que las mujeres del grupo acudieran tan arregladas para ir a hacerse vahos de coles y perfumarse con esencia de ajo y cominos, cuando conocí al profesor se despejaron todas las incógnitas. Desde su pelo canoso hasta sus manos hechas para amasar muchas más cosas que la base de un hojaldre, aquel hombre podría haberse escapado de un tórrido sueño de siesta. Soy poco original, así que no tuve otro remedio que parpadear estupefacta y poner mi corazón de rodillas.

«Ya estás algo mayor para ser diana de estos flechazos, guapa, pero felicidades porque si tus ojos tienen patas de gallo, sigues mirando el mundo como una colegiala», me dije. Rehusé no obstante ponerme tres capas de máscara en las pestañas y adornarme como el brujo de una tribu y decidí dedicarme únicamente a la adoración del salmón marinado y las claras montadas, con solo esporádicas miradas a la espalda del profesor, que las merecía.

Mas la propia Démeter debió de picarse con Afrodita o tal vez las dos la tomaron conmigo. ¿Qué teníais contra mí, caprichosas?

Tan pronto era su mano cogiendo la mía, para ayudarme a remover un guiso, sin razón que lo justificara, como su aliento en mi cuello susurrando «se te está quemando el sofrito». No es que sea una frase como para despertar furor, pero los oídos son un órgano erótico, para quien no lo sepa. Cualquier cosa susurrada en un oído parece una invi-

tación a una existencia más gozosa. El resultado era que mis platos parecían salir de una fundición y mi alteración nerviosa era tal que parecía un perro de caza.

Pero aprendí, aprendí a cocinar, a imitar el movimiento de sus muñecas soñando encadenarlas algún día, a desnudar las patatas pensando en desabrochar su camisa, a subir el *soufflé* como metáfora de un abrazo que culminara en un largo suspiro.

Empuñando un cazo de servir le reté a duelo:

—Me estás escaldando viva, Roberto, así que dime si mi suerte va a ser acabar hecha puré o me vas a quitar de una vez las plumas.

Él se rió.

—Eres tan original como tu forma de cocinar.

—Soy original en muchas cosas. ¿Lo tuyo es originalidad solamente o... ?

Levantó la vista. Con los brazos en jarras miró a un horizonte por encima de mi cabeza. Suspiró.

—Tal vez... me gusta jugar. Nada más.

—Nada más.

—Nada más.

—Y yo ¿qué? ¿puedo jugar a algo o me dejo utilizar?

—Tú misma.

Jugué a resistirme, jugué a no pensar, jugué a abandonarme pero sin dejar de mirar la cebolla que se estaba pochando. Jugase a lo que jugase era igual, doloroso, hirviente. Y se había colado en lo más básico y elemental, en la comida, así que tenía ocasión de tenerle permanentemente en mis labios, en mi riego sanguíneo y en mis pensamientos. Ejercí de sacerdotisa de un culto a su persona cocinando plato tras plato, no sé si por sentir su presencia o para olvidarle.

Engordé a toda mi familia. Yo no, porque no comía, no tenía ese tipo de hambre y sí, en cambio, pensaba en mi cintura, que tenía una cita con sus manos cuando venía a atarme el delantal, ritual al que se entregaba todas las tardes. «Déjame que te lo ciña», y lo cruzaba a mi espalda, me rodeaba con sus brazos y con el rostro apoyado en mi



hombro, anudaba los cabos por delante. El infierno debe de ser así.

Aprendí a cocinar, aprendí a imaginar por la línea de puntos, a prolongar el tiempo a mi antojo: cualquiera de sus encuentros era un brevísimo gesto, pero cada sección de un segundo se desplegaba como un abanico en mis sentidos. Estaba ebria sin beber, sedienta aunque bebiera. De un hombre que no me amaba fue de quien más pasión recibí.

Hubo más hombres, enamorados, dispuestos a emprender proyectos de vida. Eran como islas donde reposar del cansancio de los otros amores, los no correspondidos. Ya sabía de antemano que no duraría mucho la bonanza y me entregaba sin miedo, disfrutaba el momento, porque antes o después me vaciaría y necesitaría acabar con ello. Sin pretenderlo, pero como una evolución irrefrenable, aparecería un amor imposible que me estimularía y conseguiría de mí otra metamorfosis.

¿Acabará este movimiento pendular? Temo a la soledad, como cualquiera puede hacerlo. Cada vez oigo más fuerte el ritmo del reloj. No pueden durar eternamente estos ciclos. Y cuando llegue el último, más que a la soledad, temo a una vida sin impaciencia, sin desvelo, sin pasión.

Cuento ya muchos hombres que no me amaron.

Los hombres a los que amé y me quisieron, no es que no dejaran huella, pero una vez desaparecido el amor, solo quedaron vagos recuerdos.

A los que no me amaron les debo en cambio todo lo que he llegado a ser, por evitarme, por confundirme, por hacer que las horas parecieran eternas, por convertir sus ocasionales detalles conmigo en jergolíficos que no podía dejar de descifrar, por abrirme senderos que no hubiera iniciado sin ellos... Presidieron, presiden mi vida, siempre. Están en todo lo que hago y merece la pena, tejidos a mis talentos, a mis ocios y mis ambiciones. Son todo cuanto soy, mis amores más auténticos.

A MEDIA NOCHE  
Elisabet García



Su oscura y esbelta silueta eclipsa la luz de la luna a través del cristal. Como un alma entre las tinieblas de un mundo efímero espera a que despierte y le dé permiso para acercarse. Gatea despacio sobre las sábanas de mi cama, como si fueran nubes de algodón que separan su cuerpo del mío, para luego posar sus cálidas manos sobre mi pecho, en mi cuello, en mis labios. Me besa... y me lleva a otro universo.

Lágrimas recorren mis mejillas al despertar y no entiendo cómo un día soñé con ella y me enamoré de la forma más demente que pueda haber. Todo cuanto me rodeaba se volvió irreal. Y desde entonces, cada segundo, cada minuto, cada día de mi vida espero con ansia la medianoche. Me acaricia, me besa, me abraza... Y me hace sentir débil en la agonía de tenerla.

Su cuerpo es poesía. El poeta que la compuso debió de morir en la locura al saber que no podría transformar sus palabras en su piel, en sus ojos, en sus labios. Seguramente arañó el papel donde la describió intentando alcanzarla, destrozando sus uñas, sus dedos, su desesperación y su vida.

Y entre sueños la tendré siempre, y solo en ellos podré disfrutar de sus caricias, del calor cercano de su mirada, del frío que deja su aliento tras sus húmedos besos, del estremecimiento que eso me provoca. Porque todo es falso, solo una invención difícil de creer que alimenta mi alma y también la destruye.

Me gustaría que dejara de ser ese ángel que me visita en la oscuri-

dad. Me gustaría tocar su piel y hacerla temblar, besar sus labios y morir en ellos... Sentir su calor, tenerla entre mis brazos, estar en su interior y saber que no es solo imaginación. Quiero despertar y que esté ahí. Que me lleve a un lugar diferente. No quiero decidir entre vivir sin ella o morir en este sueño eterno de mentiras.

Cojo su mano y la obligo a quedarse un segundo más, uno más... una vida. Para mí, un segundo en el que intento recordar su cara esta noche... Tengo guardadas todas ellas en mi memoria. Acaricio su pelo, lo cojo fuerte tras su nuca, y no dejo de mirarla incrédulo e impotente. Se me va a escapar de nuevo mi pequeño sueño de cristal.

Mi alma viaja lejos, cruza libre el sol y las estrellas, se convierte en un éxodo del que no quiero regresar, sintiendo frío al despertar.

La misma historia cada noche, las mismas preguntas divagando por cada rincón de la habitación, punzando sobre mi piel, la misma respuesta y el mismo sitio vacío a mi lado. Una pesadilla o el más innombrable de los amores, el que solo existe en la mente, en el deseo oculto, callado y sellado bajo llave.

Besa mis labios intentando calmar mi llanto, que no me deja ver más allá de aquello que crece muy a mi pesar, como el ascenso a una montaña rusa, vertiginosa y de caída más que peligrosa. Me dejaría caer para estar así siempre.

Cuando la verdadera noche llega, me intenta apartar de ella, me agarra y tira de mí. Mi cuerpo bañado en llanto es resbaladizo, y lucho por permanecer. Pero no me deja escuchar, ni sentir, ni respirar, simplemente me lleva. Ella es como arena que se desliza entre mis manos al amanecer.

Y a la luz del día la observo sin atreverme a atravesar el umbral del salón. Sé que no podré resistir su mirada, su voz. Aún me cuesta creer que sea ajena a todo esto. No la puedo tocar, ni susurrar al oído, ni siquiera sujetar su mano mientras beso cada uno de sus dedos. Es tan solo una compañera.

Pasa el día, otro más ocultando mi duro secreto. Miro la palma de mis manos, esas que aun sostienen su calor, su olor. Las aprieto para

que no se escape y las paso por mis mejillas. La locura me desborda, me mata lentamente, se está volviendo mi fiel compañera. La luz se apaga en mi interior, como una llama consumida al faltarle el oxígeno. Muero día tras día, sin poder reavivarla, sin poder tampoco extinguirla. Muero en la prisión de mi propio ser, en el silencio convertido en tortura.

Ya va cayendo la noche, llega de nuevo el momento. Me acerco tras su espalda observando con nostalgia su cuerpo. Veo cómo prepara la cena. Últimamente me cuida más de lo normal. Quizá ahora su cariño me hace daño.

Veo cómo el nerviosismo hace temblar sus brazos y me pregunto el porqué. Hasta que de sus manos resbala un vaso de cristal que no duda en estallar en mil pedazos derramando todo su líquido. Junto a él, un frasco cuyo nombre me hace estremecer.

Todos los días me preguntaba por qué sus labios eran tan cálidos, por qué mis sueños parecían tan reales, por qué podía sentirla bajo mi piel y recordarla como si estuviera tatuada en mis ojos. Por qué podía sentir placer. Ahora lo entiendo todo. Me drogaba.

¿Cómo negarlo? Sus ojos emanaron terror al encontrarse con los míos. Su acción le ha sentenciado. Culpable de quererme con mentiras. No dudo de que aún la quiera, ahora no estoy bajo los efectos de su cobardía. Sin embargo, me ha traicionado.

La atrapo entre mis brazos, la ira me invade y no me deja comprender. No logro entenderlo. Se disculpa, llora, me ruega y suplica, pero yo le arranco la poca dignidad que le queda rasgando sus ropas. Ahora la verdad se descubre, como su cuerpo desnudo, desprovisto de excusas.

La beso con rudeza, la toco, le exijo en cada roce que me devuelva lo que un día fui, las caricias que grabé en su piel, el calor que le regalé. Grito para que me devuelva la cordura que algún día tuve. Y la violo. La agarro y empujo contra la pared, penetro su alma mientras llora lágrimas que chillan «lo siento» cada vez que brotan de sus ojos, mojando el suelo, cargadas de arrepentimiento. Es entonces cuando

todas juntas susurran «perdón».

«Te quiero, te quiero» repiten sus labios. Y creedme si digo que la creo. Tarde, pero la creo. La miro y le pido una explicación. La beso y desespero porque no sabe qué decir. Tan solo se excusa confesando que no sabía qué más hacer, que nunca imaginó que lo recordaría, y que jamás pensó que mis palabras en esa especie de sueño fueran verdad.

¿Nunca creyó que mi amor fuera cierto? Yo nunca aposté por el suyo, y sin embargo decidí vivir con ello. La golpeo de nuevo más fuerte que la última vez, desbordando todo el odio que acumulo por esa horrible situación.

Y lloro en su pecho las últimas lágrimas que me quedan. Sin embargo las tuyas se silencian sin saber por qué. Su cuerpo pesa más que antes y me detengo a observarla. Sigue tan bella como siempre, su suave piel me recuerda sus caricias, y ahora soy yo quien quiere pedir perdón. La echo de menos. Pero su palidez me abrume, su gesto sereno lleno de paz, sus párpados caídos acariciando su muerte. Sin darme cuenta la golpeé en la nuca.

Mi alma se rompe en mil pedazos. Tocamos el frío suelo, testigo de nuestro amor, alfombra de nuestra tristeza. La sigo amando tanto o más que nunca. Si tan solo lo hubiéramos hablado una vez...

Ahora un vidrio hecho añicos lucha por ser mi salvador dañando la piel de mis muñecas. Y le sigo haciendo el amor como si todavía pudiera sentir los latidos de mi corazón. Mi vista se nubla, mi calor se esfuma, pero sus labios me siguen dando fuerza para despedirme de este mundo. Visto su cuerpo de sábanas rojas teñidas por mi propia carne, acarician templadas su cuerpo inerte intentando llenarla de vida de nuevo. Pero ya de nada sirve. Se va dejando un vacío en mí, cogiendo su maleta llena de todo lo que le di. Jamás quise que esto sucediera.

Podría querer no tenerla y que respirara ahora, pero prefiero morir a su lado para siempre. Escucho su risa difuminada en cada átomo de aire, la que un día dejó ir producto de su alegría al sentir el primer

beso que le di.

Dejaré volar su recuerdo ahora. Vamos al país donde no hace falta que los sueños se hagan realidad porque ya lo son.





VERDADES CLANDESTINAS  
Elisabet García



Ni en mi decidida mente podía imaginar que todo fuera tan fácil como romper la fina tela de la realidad que tanto tiempo había mantenido, escudándome en un muro construido a conciencia, una trinchera donde las bombas no me alcanzarían, una barrera que separaba la verdad de la mentira y que pocos habían osado cruzar.

El coche se deslizó por el asfalto templado de atardecer. Ambos salimos de él, ella maniatada, y yo empujando su débil cuerpo hacia la cabaña.

Las hojas caían marchitas sobre la tierra. El suave chasquido entre ellas sonaba amplificado por la fuerza con la que el aire intentaba volverlas a poner en vuelo. Entraba el ecuador del otoño y podía percibir aquel olor a tierra humedecida. Era agradable, si no fuera porque la impaciencia había apabullado mis sentidos.

Una mariposa batía enérgicamente sus alas en la brisa del ocaso, desdibujando el rosa violáceo de las lejanas nubes del horizonte, acariciaba el aire, se vestía de viento, y arañaba la anunciada noche.

El sol despedía a su amante dándole un beso color carmín, escondidos bajo el cielo y las montañas, la blanca novia se ponía ya su pijama azul.

No tardé mucho en obligarla a entrar, desnudarla e inmovilizarla a lo largo de la mesa de metal que yacía en medio del salón.

Al fondo se podía observar un piano color azabache. Deslicé los dedos por encima de la bella chapa. Brillaba y la superficie se hacía

suave al tacto. Miré con admiración aquel armatoste que servía para hacer música, era quizás otra forma de expresión, de hacer resurgir todos los sentimientos que mediante mi profesión no podía. Un precio retorcido e inimaginable, pero igualmente hermoso.

Contemplé sus largas y esbeltas piernas que antes se delineaban sobre unos altos tacones de color negro. Un vestido de fina y elástica tela de la misma tonalidad cubría las delicadas curvas de su cuerpo.

Christine era una chica linda, de facciones suaves y una graciosa risa que le hacía parecer más joven de lo que realmente era. Era extraña, y quizá por eso me llamó la atención. Sus conversaciones pasaban de ser meras divagaciones sobre cursilerías, a adquirir un sabor misterioso e incluso a veces dotadas de una cierta tenebrosidad impropia de su apariencia.

¿Cuántas veces había vivido en una discordia debido a la necesidad del ser humano de poseer en su totalidad a otra persona? Yo quería sentir la libertad, y para nada quería arriesgarla con gente que se creía con el derecho de arrancarme las alas si para su propio capricho hacía falta. Personas que me absorbían, que limitaban mis sueños y que hacían lo posible por destruirlos. No, yo no estaba dispuesto a eso.

Sin demostrarlo claramente, bajo mi seria expresión se escondía una leve sonrisa altanera y una mirada perspicaz, mi actitud segura y quizás incluso amenazante demostraba que estaba a la espera de mi oportunidad para atacar.

Los ojos de aquella chica llevaban escritos el nombre del pecado por el cual me había visto obligado a vender su libertad. O por el momento era esa la idea que me hacía sentir confiado para seguir adelante, aunque fuera falsa.

El poder de persuasión de la tristeza es tal que puede apagar en un solo segundo todo lo que has construido con tanto esmero... tu amor, tus sueños... tu sonrisa... y esta última esa chica ya no la tenía.

La superficie era fría, como el acero de un marcapasos que determina la parte fuerte y la débil de una persona, y sobre ella una fina y blanca sábana cubría la extensión de la mesa, donde ella enjugaría su

llanto esa noche.

El mínimo atisbo de fortaleza desapareció en el instante en el que vio mi mirada adentrarse más allá de lo permitido a través de sus ojos, sintiéndose invadida, explorada y desvestida, para dar paso al terror, como si yo pudiera leer hasta el último recodo de su cerebro.

Movía mis ojos de forma acelerada buscando un lugar en su rostro, una aprobación. Pero no la encontré.

La ira, el enfado y la ofensa se mezclaron para dar paso a la descoordinación de mis actos. Un ying yang que me desbordaba de anhelo y vehemencia. Mis ojos mostraban el deseo, y mi respiración la manera de inhibir mi delirio.

Ahogué su último suspiro presionando mis manos alrededor de su delgado cuello. Supuse que para ella ese escaso tiempo en el que me llevé su vida fue una eternidad en la que entendió lo miserable que podía llegar a ser el mundo y la carga maligna que soporta la humanidad.

—Sé que me esperarás más allá de la llanura que separa nuestros mundos. Sé que algún día nuestro desequilibrio encontrará un punto medio en el que apoyarse. Que la entropía de nuestro espacio-tiempo volverá a su normalidad.

Su cuerpo aún cálido pedía ser devorado bajo el filo cortante del bisturí. Lo hundí en su pecho haciendo presión y descendiendo.

Y en ese instante, un punto ígneo en mi interior comenzó a arder, expandiendo su calor e invadiendo la totalidad de mi cuerpo, arrasando en ello mi mente. Un ligero mareo se produjo, sentí un dolor casi eléctrico en mi estómago, apretándome y dejándome casi sin respiración.

La piel se abría ante mí como si de un pasaje bíblico se tratase, y una cortina roja abandonaba su interior decorando su cada vez más pálida piel.

Su aroma entró en mí, rebanando mis sentidos en pedazos de susurros cargados de recuerdos, fragancias olvidadas y deseos contenidos. Un paso atrás en el tiempo, rememorando una vez más la última vez

que así me sentí. Una réplica perfecta de una sensación olvidada y añorada. Solo pude dejarme llevar por esa marea de sensaciones, arrojando de mi cuerpo la nostalgia, que convertida en un arma de destrucción, amenazaba de vida o muerte mi propia existencia.

Su carne, el crepitar de sus huesos entre las hojas de la tijera, su cráneo abierto, la sangre caliente entre mis dedos mientras cogía cada uno de sus órganos entre mis manos. Un arte o un circo salvaje.

El universo podría derretirse en ese momento, y las luces y sombras confundirse en el solo color del rojo, el placer de sentir el aura ajena y de hacerla tuya. Esa sensación de victoria al alcanzar la cima, siempre desafiante y vertiginosa. Un sentimiento llevado al límite del llanto y la alegría, la sensación de estar lleno y vacío al mismo tiempo, junto a la mágica melodía que resuena en tus oídos, abandonando el silencio a tu alrededor, el sonido de lo que quieres escuchar codificado en otro lenguaje.

Porque así era libre, mi vida parecía desvanecerse dentro de mí, como el viento que parte hacia algún lugar lejano para volver algún día con nuevos olores. Como la arena de un castillo se deshace para pertenecer al mar. Allá donde la marea me llevara, donde navegara sin ligaduras. Yo sería la brisa de un abanico de olas, que aparece y desaparece con la tempestad y la calma.

La oscuridad se llenó los bolsillos de sueños, y los fue repartiendo en la noche dejándolos en cuanto corazón dormido encontraba. El sueño de que un día sería aceptado por el mundo. Un mundo que se permitía el lujo de pensar por mí, que era capaz de destruirme de un soplo, con tan solo unas cuantas palabras. Yo esperaba ese día pacientemente. Sabía qué armas iba a emplear el enemigo, sabía por dónde atacaría. Cuando este se presentase sabría cómo actuar y cómo replicar. O eso mismo pensaba.

—Doctor, se ha quedado usted dormido.

Desperté sobresaltado. Había estado durmiendo en mi taburete, con los brazos cruzados sobre el escritorio, los cuales sostenían mi cabeza. Casi no pude reconocer la voz y la cara de mi auxiliar cuando intentaba

acomodar mis ojos a la luz. La morgue parecía ahora un recuerdo lejano. Sobre la mesa metálica permanecía intacto el cuerpo de la víctima recién llegada, al cual todavía no había realizado la autopsia.

Mi corazón se detuvo al instante, un tiempo en el que el mundo corría deprisa bajo mis pies. Aquel cuerpo poseía el mismo rostro con el que había soñado. Mirando hacia el infinito vi mi propia realidad reflejada en la nada, y en el mismo momento en el que mi corazón volvía a latir de nuevo, creí que mi vida se desplazaba a lugares que no quería conocer.

Lo que uno debe hacer y lo que quiere, a veces dista tanto, que cuando uno hace lo que debe se convierte en un reflejo falso de sí mismo. Algo había cambiado el espejo de mi realidad, y ahora la imagen especular de mí mismo dibujaba con mis dedos al otro lado la palabra «miedo».

La idea de lo que era correcto y lo que no lo era, se atropellaban en mi mente en un camino a la deriva, una senda perdida de mi propio ovillo de ideas, y sin ninguna solución. Esa que solo yo debía dar.

Contuve mis emociones para no desmoronarme y no romper el estado cristalino y frágil que amenazaba con ser ficticio, un sueño o algo parecido que no perteneciera a la realidad.

Pensé rápidamente en abrir la ventana, dejando pasar la brisa, respirando de ese otoño que se levantaba nostálgico, de ese olor que tanto me gustaba y que llenaba mi alma calmando mis sentidos. Había algo removiéndose dentro de mí, en mi pecho, algo que flotaba en lo más profundo y que requería que esa corriente barriese poniéndome en su trayectoria. Deseaba que el viento desintegrara mi cuerpo en millones de partículas, y que viajaran por cada átomo de aire, más allá de la velocidad de la luz, más allá de lo conocido.

Recibí lo que supuestamente se llevaría a esa alma condenada que creía residir en mí, esa maldita lucha que atormentaba mi vida desde hacía tiempo. Quizás combatía con armas equivocadas, o quizás todo era más sencillo de lo que yo pensaba. Razonaba si dejar de pelear por la fuerza y ser más persuasivo conmigo mismo. El autoengaño no



estaba tan mal de vez en cuando. Con los ojos cerrados, y respirando hondo, sostuve las puertas de la ventana, llenando mis pulmones de ese oxígeno que limpiaría eventualmente mi espíritu. Escapar con el viento tampoco sería una locura. Escapar después de todo es de cobardes, y yo llevaba mucho tiempo siéndolo.

—¿Se encuentra bien? ¿Conocía usted a la chica? Parece que ha estado teniendo una pesadilla mientras dormía.

—No la conocía —respondí inmediatamente—. Creo que me siento un poco perdido. Jamás en la vida me había sentido así. Decidí dejar mi pasado atrás, decidí volver a ser yo mismo, o aquel quien creía que era. Decidí cerrar esa puerta y mirar al frente, pero parece ser que he fallado en algo. Es como si hubiera caído en una laguna negra y no encontrara la orilla. La veo, pero no logro llegar a ella nunca por más que nado.

—No entiendo qué quiere decir —confesó risueña para no ofenderme.

Soy el que dictamina la paz de las almas o el que deja en vilo a las familias de aquellos espíritus que nunca se irán en paz. El que es capaz con una simple firma de juzgar la vida de un asesino o en el peor de los casos de un inocente. ¿Pero qué es lo que me diferencia de esos asesinos a los que no puedo ver, los que se encargan de dejar las víctimas sobre mi mesa? Ellos vulneran el cuerpo de sus víctimas, yo también. ¿En qué lugar de mi mente está la diferencia entre ellos y yo? ¿O quizás yo sea el frustrado asesino que canaliza su ansia de matar excusándose en un buen motivo como lo es mi profesión?

—Creo que me tomaré un tiempo de descanso —le anuncié.

Abandoné la morgue atravesando el umbral de la salida. Cada día esperaba conseguir un paso más, una respuesta o quizás una solución. Sabía que tenía que seguir adelante, intentar desviar el curso de la vida, pero aún no sabía cómo. Intentaría con esa puerta que cerraba cambiar el pasado, necesitaba limpiar mi alma de mis pecados, de mis anhelos, de todo aquello que me hacía humano y por lo tanto frágil. Deseaba por un momento no ser nada... no ser nadie.

Pero quizás fuera posible que los sueños se hicieran realidad.

EL SECRETO

John Hope



Dicen que un secreto deja de serlo en cuanto lo sabe más de una sola persona. Ahora creo que es verdad.

Acababa de terminar de castigarme en el gimnasio al que acudía desde hacía un año, para intentar recuperar mi perdida figura de aspirante a modelo. Desde mi segundo embarazo era un sueño que a medida que pasaban los meses se convertía en pesadilla. Mi empeño me había llevado a correr como si me persiguiera un lobo hambriento 12 km antes de unirme a la clase colectiva de Pilates. (Por supuesto yo también hacía Pilates. No me iba a perder algo que estaba tan de moda y además prometían como muy efectivo). Este maratoniano despertar unido al régimen de la piña me dejó tendida en el suelo a los 10 minutos. Tenía la vista nublada y la cabeza girando alrededor de todos los que me miraban.

Lo siguiente que oí fue:

—Será mejor que vayas a darte una ducha y a desayunar.

Mis dientes castañecaban sin control mientras me envolvía en mi toalla y maldecía una vez más, tratando de entender por qué nunca había agua caliente a pesar de las cuotas de lujo que cobraban.

No era hora punta. Estaba sola en el vestuario, lo que me permitía lucir mi desnudez con más confianza. Podía evitar las miradas furtivas habituales que me hacían desear salir corriendo, antes de ser radiografiada, con el pantalón sin abrochar y el zapato a medio poner.

Los calcetines como siempre parecían cobrar vida en mi ausencia

y allí estaba yo, una vez más, agachada intentando encontrar uno de ellos. A su lado, debajo del banco de enfrente se encontraba una cartera negra de lona. Cogí ambos objetos y guardé la cartera con la intención de entregarla en recepción a la salida. Pero la curiosidad y la tentación me autoconvencían de que era mejor mirar la identidad de su propietaria por si no llegaba a su destino con todo su contenido. Abrí la cartera. Nada raro: documentación de todo tipo, fotos, dinero. Me puse a buscar el DNI para reconocer a la propietaria. Era de mi monitora de Pilates. A pesar de todo era mi día de suerte. Me corroían desde hacía tiempo las ganas de saber su edad. Era de los sesenta como yo. Eso satisfacía mis expectativas. No se conservaba tan bien a pesar de ese arrogante culo de africana que lucía despertando a su paso los más bajos instintos del personal (unos queriendo tocarlo y otras queriendo asesinarla)

Guardé la cartera y seguí vistiéndome mientras algo trataba de encajar en mi mente. De repente algo me sacudió. Me encerré de inmediato en el baño con la caja de Pandora entre mis manos. Aún no daba crédito a lo que veía. Las fotos de los documentos eran de ella, no había dudas. Pero no era María el nombre que había escrito, sino Mario. Diseccioné con especial interés todo el contenido de la cartera. Incluso su tarjeta sanitaria lo confirmaba. No era ella. Era él. La sangre se agolpaba en mis mejillas. A mi mente venían cientos de imágenes compartidas. Me debatía entre la risa y la ira. Ahora entendía por qué nunca se duchaba con nosotras ni usaba pantalón corto o tirantes. Cobraban sentido los rumores de clientas que se quejaban de miradas y toques excesivos. Era todo un bombazo. Sopesando las consecuencias del hallazgo decidí dejar la cartera donde la había encontrado y que otra alma en pena cargara con el peso.

Cuando salía del vestuario, aún con la sensación de bajar de una montaña rusa en mi cabeza, alguien me agarró del brazo y me susurró al oído:

—Te invito a desayunar, y me cuentas tu secretito.

María (aún no me hacía a la idea de llamarle Mario) me arrastró a

la cafetería de enfrente. Las piernas me temblaban, y tenía la boca seca. ¿De qué secreto hablaba?

No podía evitar que mis ojos analizaran su piel (buscando restos de pelos mal rasurados y sus manos huesudas y descuidadas. La conversación (que casi parecía un monólogo) circulaba sin rumbo por un sinfín de temas intrascendentes. Por fin Mario afrontó el tema:

—Creo que sabes mi secreto ¿verdad?

Tragué saliva y sin pestañear (mientras me convencía a mí misma de que era imposible que supiera que yo lo sabía) respondí:

—No sé a qué te refieres.

—Bueno, —replicó—, todo el mundo en el gimnasio rumorea. que me atraen las mujeres. Seguro que lo habrás oído y me gustaría saber que opinas del tema.. Me caes bien y quiero conocer con quién puedo contar.

Me quedé mirándole con cara de haba sin saber qué decir, debatiéndome entre escupirle la verdad verdadera y llamarle farsante y embustero o seguirle la corriente y dejar que terminara su función especial, que suponía tendría más que entrenada.

—Ah, me parece estupendo —contesté— no tengo ningún reparo sobre tus gustos sexuales. Además está muy de moda ahora ser gay o lesbiana ¿verdad? De hecho, secreto por secreto —susurré (mientras acercaba mis labios a su oído) —, yo también lo soy. Cuando quieras nos montamos juntas alguna fiestecita.

Rompí a reír irónicamente mientras le miraba fijamente a los ojos.

Por supuesto todo aquello era un secreto y quedaba entre «nosotras».

Al ir a pagar alarmado se percató de que le faltaba la cartera.

—No te preocupes. Te invito yo —le dije guiñándole un ojo—. Busca en el vestuario. Igual se te ha caído al cambiarte.

Nada más llegar a casa llamé a mi amiga y compañera de sudores y lágrimas para contarle con todo lujo de detalles. Tal vez ella se lo contara a alguien más o tal vez la noticia la difundió la persona que se encontrara la cartera. No lo sé. Lo que sí sé es que a partir del día en

que se hizo público el despido del farsante y las razones ya nada volvió a ser lo mismo en el gimnasio. Todos nos mirábamos con suspicacia y desconfianza. Incluso empezaron a circular leyendas urbanas sobre un superhéroe que consiguió el sueño de la mayoría de los hombres desde la adolescencia:

Camuflarse en el vestuario femenino y disfrutar del idílico y sensual paisaje sin ser expulsado a patadas.

Eso sí. Muchos de los que siempre desearon estrujar el provocativo culito africano de María ahora se empeñaban en pregonar a los cuatro vientos que a ellos nunca les sorprendió la noticia porque se notaba a la legua que era muy marimacho.

UN SEGUNDO

John Hope





No sé si debería contaros esta parte de la historia de mi vida, pues me debato entre hacerlo o dejarla para siempre enterrada. Cuando la recuerdo y trato por todos los medios de que no ocurra con demasiada frecuencia, siento un gran dolor en la garganta que me oprime hasta ahogarme y me entra un temblor que no cesa hasta varias horas después. Si leéis esta historia, es porque al final he decidido no arrojarla al pozo del olvido.

Nací en una pequeña aldea del norte de España, en el seno de una familia humilde. Mis padres pasaron por esta vida de una forma discreta, casi inapreciable. Dedicaron sus días al trabajo, a la creación de un hogar y a sacar adelante a sus dos hijos, a Ana y a mí.

Nunca pasamos hambre, ni nos faltó lo imprescindible, pero tampoco hubo nunca lugar a un capricho ni a ningún tipo de abundancia.

A pesar de vivir tan solo a cincuenta kilómetros de la costa, yo no conocí el mar hasta los diecisiete años. Aún recuerdo el espectáculo del océano embravecido empujando con ira las olas y estrellándolas contra las rocas.

A los 18 años me fui a vivir a Madrid a casa de una tía segunda, o no se qué, de mi madre, pues aunque yo no tenía claro qué quería hacer con mi vida, mis padres pensaron que la capital me brindaría todas aquellas oportunidades que a priori, parecían imposibles de ofrecerme mi lugar de origen.

Como a mi padre le hacía ilusión, empecé la carrera de Derecho en

la universidad, y como era de esperar, poco a poco me fui desanimando, pues no tenía ningún interés ni vocación por aquellos estudios. Poco a poco fui acumulando horas en el bar de la facultad, o por las inmediaciones del campus, en detrimento de las clases.

Me empecé a interesar por la música, por el *Rock* en sus diferentes vertientes, esa influencia hizo cambiar mi forma de vestir y también mi forma de comportarme. Cada vez llegaba más tarde a casa. Cada vez tenía menos tiempo y ganas de estudiar y las salidas nocturnas se sucedían con más frecuencia.

Empecé a trabajar haciendo algunas horas de camarero en un *pub*, esto me permitía estar dentro del ambiente en el que me movía y costearme mis gastos que cada vez eran mayores.

En tercero de carrera, decidí dejar los estudios, pues eran un inconveniente para poder realizar los viajes que tenía planeados, salir por las noches, levantarme tarde, etc. Y fue en ese momento, cuando conocí a Paula.

Al principio pasó desapercibida, pues trabajando en el *pub* atendía a tanta gente, que llegó un momento en el que apenas me fijaba en las personas, solo veía bultos, bueno, también podía ser debido a las drogas con las que flirteaba, pero el caso es que en ella no me fijé hasta algún tiempo después. Parecía una buena chica, no digo que las demás no lo fueran, pero Paula estaba fuera de lugar. No tenía nada que ver con el tipo de gente y ambiente que se respiraba en mi entorno. Vestía un poco pija, blusas ajustadas en colores pastel, falditas hasta la rodilla, bolso y zapatos a juego. Nada que ver con las cazadoras de cuero, vaqueros parcheados o pantalones a cuadros tipo *punk*, botas militares, *cowboy* o zapatillas deportivas... pelos de punta engominados, melenas, o la indumentaria negra de los góticos. Paula olía a perfume fresco, cruzaba las piernas como si las fuera a trenzar, y sonreía apartándose coquetamente su flequillo rubio hacia atrás, dejando al descubierto sus verdes ojos ligeramente perfilados.

Realmente teníamos poco en común, y quizás eso fue en primera instancia lo que me atrajo de ella. Su vida parecía estar bien planifica-

da, siempre hacía lo correcto, y prácticamente no había lugar para la improvisación. Llevaba un año viviendo sola en el piso que acababa de comprar, tenía coche, estudiaba inglés en el Instituto Británico y trabajaba como ayudante de una odontóloga prestigiosa en uno de los barrios más ricos de Madrid.

No sé cómo, pero el caso es que terminamos saliendo juntos y ennoviados durante unos tres años. Poco a poco me fui apartando del ambiente y la gente con la que me relacionaba, porque en el fondo a Paula no le gustaba. Nos fuimos a vivir juntos y cambié el trabajo de camarero en el *pub*, por uno de administrativo en una oficina céntrica. Empecé a sentar la cabeza.

Cada vez nos relacionábamos menos con otras personas, cada vez salíamos menos y si lo hacíamos, era con gente de su entorno. A mí no me importaba, me había acoplado a su forma de vida y me dejaba llevar por la novedad que esta significaba para mí.

Una mañana de sábado, salimos a dar un paseo por el Retiro y junto al estanque me encontré a un antiguo compañero de la facultad del que no había vuelto a saber nada. Nos saludamos y estuvimos charlando un rato, fue entonces, cuando me comentó que en su empresa estaban buscando a una persona para un puesto de cierta importancia y que si yo quería, él podría facilitarme las cosas, pues tenía influencia sobre la persona que debía hacer la contratación y podría mediar por mí.

Yo no me lo tomé muy en serio, pues aparte de que este compañero nunca me gustó, yo estaba bien donde estaba y no me había planteado ni por un momento cambiar de trabajo. Al llegar a casa Paula, ante mi negativa, me insistió en que lo aceptara, pues significaría un aumento considerable de salario, lo que nos permitiría afrontar gastos y mejorar nuestro ritmo de vida.

Tan solo veinte días más tarde, me estaban presentando a los nuevos compañeros de trabajo y pasé a ocupar un discreto, pero alegre despacho en uno de los edificios de oficinas más emblemáticos de Madrid. Guillermo, el compañero de la carrera que yo nunca acabé, y a quién le debía estar allí, se pasó toda la mañana contándome los

entresijos de la empresa, presentándome a la gente y enseñándome hasta los rincones más inhóspitos de la oficina. Guillermo se convirtió prácticamente en mi sombra. Aparecía y desaparecía como de la nada en cualquier momento. Sonriente, siempre con esa sonrisa mezcla de maldad y estupidez que le caracterizaba.

Tuve suerte, y en muy poco tiempo conseguí hacer para la empresa un cliente importantísimo que, hasta entonces, se les había resistido. Aquella mañana se convirtió en una fiesta rompiendo la monotonía habitual, todos quisieron estrechar mi mano y algunos hasta me palmearon el hombro. La fiesta se alargó durante todo el día y gran parte de la noche, pues Guillermo y mi jefe insistieron en ir a tomar unas copas después del trabajo.

La suerte parecía sonreírme de cara, pues en los siguientes meses los nuevos clientes parecían agolparse a la puerta de la oficina. Más fiestas, más contratos para mi empresa, más dinero para mí, para nosotros.

Paula parecía estar feliz, contaba a todo el mundo lo bien que nos iba. Organizaba viajes, salidas con amigos. Compramos coches nuevos y yo, a pesar de mi racha y de sentirme como el hombre del año en lo laboral, en lo personal me sentía por alguna desconocida razón cada vez más vacío y distante de Paula.

Una mañana, mientras desayunábamos, Paula se me quedó mirando a los ojos de una forma extraña, como nunca antes me había mirado. Su forma de mirar me dio miedo y me produjo un gran malestar.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Estás bien?

—Creo que estoy embarazada —respondió sin pestañear—. Tenemos que casarnos.

—¿Casarnos? ¿Por qué? Estamos bien así ¿no? —dije desconcertado, ya que ella siempre había dicho estar en contra del matrimonio...

—Estarás bien tú, yo quiero casarme —sentenció malhumorada.

Yo me quedé perplejo, no entendía qué pasaba ni a qué obedecía su repentino cambio de opinión. Por otra parte, el embarazo aún no estaba confirmado, pero aunque lo hubiera estado tampoco había ne-

cesidad de dar un paso más allá.

El embarazo se confirmó a las pocas horas y en cuanto supe la noticia sentí un sudor frío recorriéndome el cuerpo. Por una parte me sentía alegre, la idea de tener un hijo me gustaba, pero por otra me producía cierto temor.

Desde ese momento, mi relación con Paula cambió sustancialmente. Ella empezó a mostrarme indiferencia y yo me fui alejando de ella poco a poco. No era fácil vivir así, resultaba tenso y estresante, por lo que la única válvula de escape que me quedaba era el trabajo, al cual dedicaba cada vez más horas.

Pensé, que quizás esta situación volvería a restablecerse si nos casábamos, que todo volvería a ser como al principio, y que además tener un hijo nos uniría, si cabe aún, con mayor fuerza.

La boda se celebró a los cuatro meses de embarazo, de forma íntima y sencilla. Solo asistieron los familiares directos y no hubo más gala que la ceremonia en sí y la comida en un bonito restaurante. A la mañana siguiente nos fuimos de viaje de luna de miel al Caribe y por más que me esfuero, no consigo recordar prácticamente ningún detalle de aquel viaje.

Una tarde en la que me disponía a volver a casa después de un duro día de trabajo, Miguel, mi jefe y director de la empresa me asaltó junto al ascensor, en compañía del siempre omnipresente Guillermo, rogándome que les acompañara a una presentación importante que se iba a celebrar en el salón de un Hotel próximo a la oficina.

El acto fue algo realmente soporífero, después hubo un cóctel amenizado con música clásica. Miguel y Guillermo parecían estar en su salsa, hablaban con uno, con otro y reían como dos hienas babeantes por cualquier comentario pueril. A punto de clausurarse el acto, Miguel me cogió del brazo y me llevó a la recepción del Hotel, donde sentado en un sofá aguardaba el sonriente Guillermo en compañía de tres bellas mujeres, que parecían estar pasándolo muy bien con sus ocurrentes chistes.

—Este es Íñigo, el hombre del que os he hablado —dijo Miguel

dirigiéndose a las mujeres.

—Hola —dije saludando con la palma de la mano.

Una de ellas se levantó y sin apenas tener tiempo para reaccionar me besó la mejilla de forma suave y concisa, lo cual me produjo un cosquilleo agradable en el estómago.

—Yo soy Rosa —dijo mirándome a los ojos de forma intimidatoria.

Los dos nos quedamos mirándonos como si no hubiera habido nadie más alrededor. Fue una sensación curiosa, pero que duró menos de lo deseado, ya que Guillermo se encargó de desbaratar aquellos segundos de deleite, con una de sus chorradas:

—Y yo marrón ¡no te jode! —dijo dirigiéndose a las otras mujeres, soltando una gran carcajada totalmente desproporcionada.

Miguel insistió en ir a tomar una copa. Llamé a Paula y esta no puso ninguna objeción, lejos de eso, dio la sensación de alegrarse de que no fuera aún a casa.

Así fue cómo conocí a Rosa, una sutil, competente y atractiva mujer, directora de recursos humanos en una de las mayores entidades bancarias nacionales. Rosa no era guapa, al menos a mí no me lo pareció a primera vista, pero era de esas mujeres que tienen un atractivo innato y una elegancia natural difícil de describir. Sintonizamos a la primera y a partir de ese día, mejor dicho de esa noche, empezó entre nosotros una complicidad poco habitual entre un hombre y una mujer.

Solíamos hablar por teléfono casi a diario e intentábamos quedar por lo menos un día a la semana para comer juntos. Realmente disfrutaba de su compañía como no lo había hecho con otra persona desde hacía mucho tiempo.

Mientras tanto, todo lo demás permanecía casi igual a mí alrededor. Paula se pasaba la tarde haciendo compras para la niña o niño que estaba de camino, ya que insistió al ginecólogo en no querer saber el sexo de la criatura, es más, por alguna de las muchas extrañas reacciones de Paula, a las quince semanas del embarazo decidió no volver a pisar la consulta del médico.

En el trabajo todo iba viento en popa, mejor era imposible. De vez

en cuando, me dejaba caer por casa de la tía Lucía, la tía de mi madre, con la que viví los primeros años en Madrid. Siempre me recibía con una enorme sonrisa y me despedía con un: «vuelve pronto» que parecía salirle del corazón.

Una tarde, Rosa me llamó por teléfono a la oficina, tenía la voz apagada, triste y me imploró que nos viéramos urgentemente. Eran solo las tres de la tarde, y aunque tenía varias cosas por hacer, no tardé en recoger mi escritorio y salir a toda prisa para llegar al lugar en el que nos habíamos citado. Al llegar, me encontré con una mujer literalmente abatida, sentada en un rincón del bar, mirando entristecida por la ventana que tenía a su lado sin dejar de secarse las lágrimas de los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté asustado—. ¿Estás bien?

Rosa se volvió para mirarme, se levantó y sin decir una sola palabra se abrazó fuertemente a mí.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar. Pero de nuevo no obtuve respuesta.

Permanecimos abrazados durante varios minutos. Por mi parte no volvió a haber preguntas y ella permaneció en silencio durante todo ese rato.

De pronto me soltó y separándose para fijar su mirada en la mía me dijo:

—¿Tienes tiempo?

—Claro —respondí sin dudar.

—Llévame lejos de aquí, llévame a la sierra —dijo con voz tenue.

Llegamos frente a un hotel en medio de un claro del bosque, rodeado por altos pinos que se alzaban rozando las nubes con sus puntas, mientras parecían bailar al ritmo de los bisbiseos y cánticos de los pájaros. Todo ocurrió tan rápido y tan lento a la vez, nuestros cuerpos desnudos se acariciaron y rozaron entre las sábanas de la cama. Nuestras bocas se retorcieron en mil y un besos, y el humo de la pasión acabó por envolverlo absolutamente todo.

Llevé a Rosa hasta su casa y allí nos despedimos mirándonos de



nuevo a los ojos, sin besos, sin caricias, simplemente nos miramos, se dio la vuelta y se fue alejando poco a poco.

Unos minutos más tarde llegué a casa. No sabía como iba a ser capaz de mirar a Paula después de lo que había ocurrido esa tarde. El corazón me latía de forma acelerada.

—¡Hola Paula! —grité, pero no respondió, lo que me hizo sentir cierto alivio, pues seguramente ya estaría acostada—. ¡Paula! —repetí, pero tampoco recibí contestación.

Me acerqué sigiloso hasta el dormitorio, y allí sobre la cama, descubrí la siguiente nota:

«No sé dónde localizarte, te he llamado a todas partes y nadie sabe dónde estás. Creo que ha llegado el momento, esta tarde seremos papás».

Rápidamente corrí a coger el teléfono móvil, ¡Dios! tenía más de una docena de llamadas perdidas de Paula y un par de ellas de la oficina, no me había vuelto a acordar de dejar el teléfono operativo.

Cuando llegué al hospital, Paula ya había dado a luz. Me había convertido en padre de dos pequeñas criaturas. ¡Dos! Dos pequeñas gemelas que habían sido llevadas a la incubadora.

—¿Y Paula? —pregunté—. ¿Cómo está Paula?, ¿dónde está mi mujer? —repetí con insistencia.

Unos minutos después, alguien con semblante serio me informó de que Paula había fallecido.

Un agrio sabor a hiel me recorrió el cuerpo, caí de rodillas y lloré amargamente como no lo había hecho antes en toda mi vida. Nunca he dejado de sentirme culpable.

Cuatro años después todo cambió de pronto. Las pequeñas crecían y ocupaban la mayor parte de mi tiempo, por lo que no tardaron en echarme del trabajo alegando falta de rendimiento. La gente de mi alrededor, poco a poco fue desapareciendo. Entonces tomé la decisión de venderlo todo y volver a mi tierra, al norte. Para mi madre fue como un regalo, poder disfrutar de sus nietas. Mi padre el hombre, no tuvo esa suerte pues falleció años atrás.

Una mañana que fuimos a hacer compras a la ciudad, mis hijas vieron un tobogán en un parque y casi se vuelven locas de alegría por montar.

—¡Para! —dijo mi madre que también nos acompañaba.

Detuve el coche junto a un paso de cebra y cuando las tres se disponían agarraditas de la mano a cruzar, un coche apareció a gran velocidad segando sus vidas de cuajo. No podía creer lo que estaba viendo, sus cuerpos destrozados tendidos en el suelo entre un mar de sangre. Alcé la vista y aún tuve tiempo de contemplar cómo, el coche que trataba de huir se estrellaba contra un camión aparcado. Me acerque a él corriendo a gran velocidad, abrí la puerta y saqué al individuo mal herido, que me acababa de robar todo lo que quería en este mundo.

El abogado que se encargó de mi defensa, utilizó el término enajenación mental transitoria para tratar de reducir la condena que ahora cumplo.



MUNDO GEMELO (I)

Omar Hossain Pérez



Ante la inminente llegada de mi posible asesinato voy a escribir acerca de algunas de las cosas que he descubierto sobre este mundo. Hace algo más de veinte años me di cuenta de que mi cerebro me transmitía sensaciones vividas en otros mundos. En principio pensé que se trataba de los famosos *déjà vu*, y luego que me estaba dejando influir en demasía por los viajes astrales que realizaba de la mano de los libros de Carlos Castaneda. Uno de mis mejores amigos, mucho más inquieto y avanzado en temas espirituales, me acercó al budismo para que examinara si lo que me estaba pasando eran regresiones a tiempos vividos en vidas anteriores. Pero yo sabía que no era nada de eso, aunque nunca fui capaz de explicar qué me ocurría exactamente.

Tras multitud de experiencias, viajes y sueños reales he descubierto la intrigante verdad sobre el mundo en que vivimos. Y sé que no soy el único, así que tras la publicación de este libro espero poder contactar con otros como yo, a menos que ya no esté aquí. El caso es que he averiguado que nuestra vida se desarrolla a la vez en diferentes mundos, en universos paralelos, y que cada decisión importante que tomamos y que afecta significativamente a nuestras vidas abre una nueva ventana en un nuevo mundo que nos lleva a vivir la vida habiendo tomado una dirección y otra ventana en otro mundo en el que hemos tomado otra dirección. Y existe un mundo entre todos ellos, solo uno, en el que todas las decisiones tomadas han sido las más acertadas. Ese mundo es el Mundo Gemelo, y es la meta que todo

ser humano debe conseguir. El problema mayor es cómo llegar a despertar en ese mundo supuestamente perfecto, ya que las conexiones entre diferentes mundos se dan en contadas ocasiones. Además, tenemos enemigos rodeándonos desde el momento en que nacemos, aunque ni ellos ni nosotros sabemos exactamente quiénes son.

El mundo está dividido en dos tipos de personas, los Calistos y los Melibeos. Los primeros son los encargados de que los segundos no cumplamos nuestro objetivo —despertar conciencias, hacer de este mundo un lugar mejor— y su tarea es más simple, pues somos pocos los que despertamos a la vez en un mismo tiempo y además somos más fácilmente identificables. Existen tres categorías de Calistos: los de rango tres son mayoría, personas nacidas con el fin de fastidiarnos pero cuya ignorancia limita su poder de actuación. Los de rango dos son conscientes de su poder, pero no saben muy bien contra quién ni para qué utilizarlo; normalmente su egoísmo les ciega hasta para hacer el mal a los demás y solo se preocupan de obtener pequeños beneficios en vida. Los de rango uno son los verdaderamente peligrosos, aunque afortunadamente escasean. Son plenamente conscientes de su poder y lo utilizan siempre que pueden, de forma indiscriminada, ya sea contra nosotros o contra ellos mismos. No les interesa hacer el bien si ello conlleva un beneficio futuro, necesitan satisfacer sus deseos de forma inmediata aunque para ello tengan que destruir la vida de quien se les ponga por medio. Es más, disfrutan con ello.

Los Melibeos también nos dividimos en tres grupos, y al igual que los Calistos los del rango tres son mayoría. Sus vidas son sencillas y apocadas, generalmente gente muy religiosa, que no quiere complicarse la vida y que entrega su suerte a un ser superior. Lamentablemente estas personas están estancadas en su evolución y no se han percatado de la necesidad de luchar para lograr un cambio. Luego están los de rango dos, cuyas inquietudes les llevan a hacer el bien siempre que pueden y a luchar por una vida mejor para ellos y para los suyos, aunque tampoco están seguros de adónde les conducirá esa actitud. Y finalmente los del grupo uno entendemos que hay que hacer ver a los

de los grupos dos y tres que existe un final feliz para cada historia, pero que está en sus manos lograrlo.

Lamentablemente con el paso de los siglos y el aumento de población, el número de Calistos se ha multiplicado en progresión geométrica, mientras que el de los Melibeos lo ha hecho de forma aritmética, así que los Melibeos del grupo uno nos vemos ahora forzados a expresar lo que está ocurriendo antes de que sea demasiado tarde y algunos mundos acaben autodestruyéndose. Este mundo, tal y como lo conozco yo aquí y ahora, ya ha empezado a hacerlo.





VIAJE AUSTRAL  
Omar Hossain Pérez



El verano pasado una amiga nos propuso a mi hermana y a mí trabajar en una barra, sirviendo cerveza en los puestos que habían instalado en la Plaza de Vázquez de Mella con motivo de las fiestas de celebración del día del orgullo gay. Jenny —mi hermana— y yo terminábamos los estudios de turismo esa misma semana y el dinero nos vendría muy bien para pasar el verano sin apuros económicos. Marta, nuestra compañera de piso, salía con una chica mayor propietaria de varios locales de ambiente, y ya en alguna ocasión nos había propuesto trabajar para ella porque decía que el rollo hermanas gemelas llamaba mucho la atención. Además teníamos pinta de «guiris» debido a que nuestra madre era una de esas suecas que solían veranear en la Costa del Sol y que finalmente decidió afincarse en España tras enamorarse del que a la postre sería nuestro padre.

Eran las ocho de la tarde y la plaza ya estaba a reventar, empezaban a dolernos los brazos de tanto tirar el grifo adelante y atrás y veíamos las estrellas cada vez que teníamos que cambiar el barril. En eso mismo estaba cuando oí una voz masculina que pedía algo así como un gran oso —yo ya estaba acostumbrada a la terminología de las diferentes tribus que poblaban la zona de Chueca— cuando mi hermana, viendo mi expresión interrogante me soltó disimuladamente un codazo susurrándome que el chico estaba pidiendo una gran cerveza (a ella siempre se le dieron mucho mejor los idiomas que a mí) y no sé si fue por el cansancio o por lo absurdo de la situación, pero empezamos

a reírnos a carcajada suelta. Al chico debió de gustarle nuestra risa porque se unió a nuestro jolgorio y aprovechó para presentarse. Se llamaba Nick, era el típico australiano —eso nos dijo— pelirrojo y de ojos marrones, y estaba aquí de visita con su amigo Oscar, que vivía también en Sydney con sus padres pero cuya hermana había residido siempre en Madrid. Le serví el mini de cerveza mientras nos presentaba a su amigo y yo hice lo propio con mi hermana. Un brillo especial emanó de nuestros ojos. Nick y Oscar pasaron varias veces a lo largo de la noche hasta que por fin terminó nuestro turno. Luego, nos invitaron a tomar unas copas antes de ir a dormir. Yo no podía evitar esbozar una tonta sonrisa cada vez que miraba a Nick y este, cuando apenas habíamos tomado un par de tragos del cubata, le susurró algo al oído a Oscar. Acto seguido me pidió que le acompañara a su habitación. Sin nosotras saberlo, estábamos bebiendo en el bar del mismo hotel en el que los chicos se alojaban. No me lo pensé dos veces, pasé una noche de fábula con Nick, quien se durmió nada más acabar el revolcón, momento que aproveché para llamar a Jenny y preguntarle qué tal con Oscar. No cogió el teléfono así que supuse que todo iba bien. Como no podía dormirme empecé a contar las pecas de la espalda de Nick, resultando este un método aún más efectivo que el de contar ovejitas.

A la mañana siguiente volví al piso y allí me encontré desayunando a Jenny y a Oscar, nos miramos todos con sonrisas picaronas y cara de haber dormido más bien poco. Pasamos toda la semana con los chicos; mientras nosotras trabajábamos ellos aprovechaban para ver la ciudad. El último día de su estancia nos invitaron a visitarles en Sydney antes de Navidades, pues disfrutarían de una semana de vacaciones por esas fechas y coincidía con el comienzo del verano austral. Nosotras habíamos pensado hacernos algún viaje tras ese verano, aunque nunca pensamos en ir tan lejos, pero después de esa semana acordamos trabajar para la novia de Marta unos meses más y ahorrar para poder irnos a Australia, que era un país que nos llamaba mucho la atención tanto por el tamaño y colorido de su vegetación como por su

fauna única en el mundo.

El viaje se hizo bastante pesado, treinta horas en total si contamos los parones entre las dos escalas de París y Singapur. Las aerolíneas escogidas, Singapur Airlines, no nos inspiraban mucha confianza y sin embargo las azafatas hicieron el trayecto más liviano con su permanente sonrisa y sus constantes atenciones. Al llegar a Sydney ellos vinieron a buscarnos al aeropuerto, y con maletas y todo emprendimos viaje rumbo al noreste del país ya que los chicos querían aprovechar la semana de vacaciones para hacer submarinismo en la Barrera de Coral de Cairns, famosa por la transparencia de sus aguas y sus bellos corales y, según nos dijeron, la única estructura de la naturaleza que podía verse desde el espacio. Nosotras protestamos alegando el cansancio del viaje y las ganas de ver la ciudad de Sydney, pero ellos respondieron que tendríamos ocasión de visitar la ciudad a la semana siguiente cuando ellos volvieran al trabajo. Al final accedimos, ¡qué remedio! poniendo cómo única condición pasar por Australia Central, ya que habíamos leído varias historias sobre el Ulurú, la gran roca sagrada situada en medio del desierto australiano y queríamos visitarla a toda costa. Los chicos se miraron con expresión de «nos vamos a tirar toda la semana en el coche» ya que allí las distancias son enormes, pero pusieron rumbo a Ayers Rock (nombre anglosajón para el Ulurú). Llegamos tarde pero nos alojamos sin problema en uno de los *resorts* cercanos a la roca, pues aún no había comenzado la temporada alta de turismo.

Al día siguiente decidimos descansar y disfrutar de las comodidades del *resort*, ya que nos dijeron que el momento ideal para visitar el Ulurú es el amanecer, y allí no había nada más para ver. Conocimos a algunos aborígenes que tenían contratados para realizar demostraciones de pintura, y quedamos realmente impresionadas con el colorido, la singularidad y la belleza de su arte. Cenamos como si no hubiésemos satisfecho el apetito en varios días y nos encantó comprobar las similitudes entre los vinos australianos y los españoles. Por la mañana le pedí a Nick que me dejara conducir su coche hasta el Ulurú, ya que

apenas había tráfico y sentía curiosidad por conducir con el volante al otro lado y las carreteras en sentido contrario al que estábamos habituadas. Y menos mal que no había tráfico, porque me hacía un lío monumental en los ceda el paso y si no fuera porque el coche era automático creo que habríamos acabado todos en la cuneta. Ver amanecer junto al Ulurú resultó una experiencia fascinante, las paredes de la enorme roca de nueve kilómetros de contorno parecían cambiar de color según el Sol iba alzándose y los numerosos turistas que allí se encontraban junto a nosotros para deleitarse ante tal espectáculo rompieron a aplaudir con cierto sigilo. Yo decidí adentrarme en la roca y pasear entre sus laderas. Jenny y los chicos prefirieron quedarse tomando algo en el bar cercano. La verdad es que perdí la noción del tiempo y acabé dando la vuelta completa a la roca, pese a las advertencias sobre serpientes venenosas que habitaban la zona. En un momento determinado hasta me descalcé para sentirme aún más unida a la naturaleza, pero la planta de mis pies se abrasó rápidamente con aquella arena rojiza y tuve que ponerme los pinkies y las deportivas rápidamente. Cuando llegué al bar, dos horas y media más tarde, me miraron con cara agria entre aburrimiento y preocupación y apenas me hablaron en el camino de vuelta. Yo de todos modos me sentía feliz por haber rodeado la roca y maldije a aquellos turistas que habían optado por escalar a la cumbre a visitar un pequeño lago que allí se hallaba, ya que los aborígenes nos habían explicado que ése era un lugar sagrado y no debía profanarse, pero las leyes les impedían prohibir el paso a los turistas.

Tardamos casi un día entero en llegar a Cairns, y tanto mi hermana como yo no podíamos cerrar la boca asombradas ante la magnitud de las plantas y árboles que vimos camino al apartamento que habíamos alquilado. Los chicos nos daban explicaciones sobre alguna de las especies autóctonas que se atisbaban junto a los laterales de las avenidas. Esa misma tarde tomamos una especie de Ferry que nos acercó a la majestuosa barrera de coral. Ellos iban preparados con sus trajes de buzo mientras nosotras tendríamos que conformarnos con practicar

*snorkel*. Recordé con rabia aquel curso de submarinismo que hice en Denia y al que prometí daría continuidad nada más llegar a Madrid y del que por supuesto nunca más volví a saber. Nick y Oscar nos preguntaron si alguna vez habíamos nadado junto a tiburones, y les miramos con cara de «sí, claro, como que aquí hay tiburones» a lo que nos contestaron que no era broma, que se trataba de tiburones pacíficos de metro y medio de longitud y que nunca atacaban a los humanos. Creo que a Jenny y a mí nos entró una especie de risa floja y entonces ella empezó a relatarme historias que había leído sobre los peligros de Australia entre los que se encontraban tiburones, serpientes, cocodrilos y hasta medusas asesinas. De hecho fuimos las últimas en bajarnos de la plataforma y no fue hasta que vimos al resto del grupo disfrutar de los corales que decidimos sumergirnos en las aguas del Pacífico. Ahora, la sensación de miedo de verte rodeada de tiburones, por muy pequeños que estos sean, no la olvidaré en la vida, y Jenny y yo teníamos que apoyarnos continuamente la una en la otra ante la sensación de parálisis cada vez que uno de esos escualos nos rozaba la pierna. Los dos días restantes en Cairns nosotras hicimos turismo por la ciudad y tan solo una tarde volvimos a una playa tranquila —y paradisíaca por cierto— con los chicos.

Ya en Sydney cada día comíamos en el restaurante en el que trabajaban Nick y Oscar, propiedad de los padres de este, disfrutábamos de las vistas de la bahía y las playas de la ciudad, que competían en belleza y extensión. Un día fuimos al zoo de la ciudad y nos hizo mucha ilusión ver los koalas, los canguros y wallabís de cerca y ver a los pavos reales pasearse libremente ante el asombro y admiración de los visitantes. Tomamos un tren en las afueras de la ciudad para visitar los bosques de eucalipto y el corto trayecto nos pareció más temible por sus inclinaciones y la escasa seguridad de los vagoncitos que todos los demás peligros del país juntos, pero lo pasamos genial.

La última noche los chicos nos llevaron a una playa cuyo acceso estaba prohibido, pero a la que ellos solían acudir cuando querían algo de intimidad al aire libre. Yo aún tenía ampollas en la planta de los



pies de mi paseo por el Ulurú, y entre el calor de la hoguera y el de los chicos cada vez más pegados a nosotras le sugerí a mi hermana que nos diéramos un pequeño baño. Nos metimos en el agua más que nada para comentar cómo nos sentíamos y qué esperábamos de nuestras respectivas relaciones, y si era posible que aquello tuviera continuidad debido a la enorme distancia que nos separaba. Oí a Nick pidiéndonos que saliéramos del agua, que no era un lugar seguro. Me volví para decirle que ya salíamos, que nos diera un par de minutos, cuando me pareció escuchar un breve sonido agudo detrás de mí. Me volví de nuevo y vi que Jenny no estaba. Tardaba unos segundos en salir y empecé a impacientarme y a decirle que ya estaba bien, que aquello ya no tenía gracia. De repente, a algo más de diez metros frente a mí, surgieron del agua las fauces de un enorme cocodrilo que masticaba el cuerpo ya partido y ensangrentado de mi hermana. Lo último que recuerdo de aquel viaje es el chapoteo del agua y los gritos de los chicos corriendo acercándose hacia mí para sacarme del agua.

13  
Daisy L.V.



La plaza del pueblo está llena, todos sus habitantes presentes, la quema de la hoguera, la fiesta popular más querida y antigua del pueblo, traída para espantar a las brujas, lista para ser incendiada.

El alcalde que sujeta con mano firme la antorcha, comienza su breve discurso, aunque no es muy dado a ellos, por eso es siempre breve, aunque conciso, o debería decir directo al grano.

—¡He aquí el fuego bendito! ¡Advertidas quedáis brujas! ¡En este pueblo no sois bien recibidas! ¡O arderéis en la hoguera!

Hasta aquí todo iba como 13 de cada mes, solo hubo una pequeña distracción que hizo girarse al pueblo en la otra dirección.

Una mujer de ropas muy elegantes, estaba mirando al alcalde con cara sonriente y unos brillantes ojos negros. Lucía un largo vestido negro y rojo que caía suavemente desde su pequeña cintura hasta el suelo y el espléndido encaje de arriba completamente ceñido a ella, no era muy común entre los estilos de ese pueblo, ni en los más aburguesados.

Un silencio sepulcral cubría la pequeña plaza.

La extraña mujer puso fin a ello con una voz dulce y embriagadora.

—Buenas noches, disculpad si he interrumpido algo importante, no era mi intención. Mi nombre es Claire, llegué esta tarde, me hospedo en la antigua casa de los Mantle.

—Alcalde: ¡Oh! Por favor, únase a nosotros, le enseñaremos nuestras costumbres, hoy es día de fiesta.

Claire se encaminó hasta el altar situándose al lado del alcalde quien le ofreció la antorcha, ante el asombro de todos, para que ella prendiese la hoguera, era la primera vez en siglos... qué digo, jamás ningún alcalde había cedido esos honores, a nadie por muy rico o bella que fuese, era de mal augurio, o eso decían nuestros antepasados, aunque en el siglo XXI ya no se creía en ello, solo lo seguían haciendo por juntarse todos y tener una excusa para hacer fiesta en el pueblo.

Aunque, después de todo, no sé yo, pero algo pasó ese día, pues ya nadie ni nada volvió a ser lo mismo.

El pueblo se hundía en rumores, que el Padre August veía visiones, en las que siempre estaba presente el demonio, que el alcalde se había vuelto un libertino, que la señora Penny estaba obsesionada con los gatos negros, recogía a todos esos gatos y se lo llevaba a casa, que mi vecino Chris se había vuelto violento con su mujer e hijos.

¡Dios mío, qué estaba pasando!

¡El señor Chris jamás le alzaría la mano ni a una mosca!

Era muy difícil creer todo eso.

El primer 13 del mes siguiente a la llegada de Claire no hubo fiesta alguna en la plaza, ni quema de hoguera, pues la señora Penny había aparecido muerta en su casa, aún era joven, solo tenía cuarenta y nueve primaveras, el médico no pudo esclarecer las causas de la muerte, la recopilación de gatos que tenía habían hecho un festín con su cuerpo, muy desagradable a la vista este acontecimiento, o eso comentaban.

Aunque no fue lo único, al mes siguiente tampoco celebramos la fiesta en la plaza, tampoco hubo hoguera, el alcalde declaró tres días de luto por la muerte de la mujer e hijos de mi vecino Chris, nadie sabe lo que pasó, pero esa mañana, 13 de abril, empuñó una escopeta que nadie sabía que poseía y disparó contra su familia a sangre fría, a él le encerraron en la cárcel, en espera de saber qué le había ocurrido, no recordaba nada de lo sucedido.

Todo el pueblo estaba conmocionado por lo sucedido, hasta hacía dos meses y medio el pueblo gozaba de tranquilidad, no había ningún

tipo de sobresalto y menos nada de lo que estaba sucediendo, ni indicios de ello.

Yo, al igual que todos los demás, desconfiaba de cualquiera, siempre que iba caminando, bajaba la cabeza y apresuraba el paso.

Lo peor llegó quince días después, el 13 de mayo, el tercer mes después de la llegada de Claire.

Como cada domingo, todos acudimos a la iglesia, el Padre August se retrasó más de lo habitual, pero apareció.

Entró por la gran puerta de la entrada cerrándola detrás de él, avanzó por el pasillo con paso ligero y mirando a ambos lados, su cara tenía una expresión aterrorizada, al pasar junto a Claire estalló como una bomba de relojería.

—¡Malditos, estáis todos malditos! ¡Iréis todos al infierno! ¡Satanás vendrá a buscaros a todos!

Alzó una de las velas encendidas del altar y la tiró delante de él.

—¡Y yo le ayudaré a llevaros al infierno! —gritó con una voz ronca y distorsionada, como si estuviese poseído.

El fuego cubrió por completo el suelo de la iglesia, nos abalanzamos sobre la gran puerta en un intento de abrirla, a la que Claire, con toda calma, se acercó y con una llave entre las manos, la abrió.

Todos salimos corriendo de la iglesia, que fue consumida por las llamas, al igual que el Padre August, nada se pudo hacer por salvarle la vida.

Los rumores empezaron a brotar por doquier, los más ancianos decían que se había colado entre nosotros una bruja, que solo una de ellas podría estar haciéndole esto al pueblo, el miedo podía más que la razón y no dudaron en señalar a la recién llegada.

Los hombres del pueblo se marcharon a preparar la hoguera para esa noche, iba a ser una noche que perduraría en la mente de todos, hasta el día de su muerte.

A la noche, que era tradicional de todos los 13 antes de la llegada de Claire, se reunió todo el pueblo en la plaza y el alcalde, como siempre, al lado de la pila de leña, preparado con la antorcha para

encender la hoguera, todo estaba listo, solo había una pequeña diferencia, en medio de la pila de leña estaba Claire, maniatada y amordazada.

—¡He aquí el fuego bendito! ¡En este pueblo no queremos brujas! ¡Morirás al igual que tú has matado a nuestros vecinos! ¡Arde por ello!

El fuego se expandió rápidamente sobre la leña, alcanzando en pocos segundos a Claire. Su cuerpo quedó abrasado, dejándola sin vida.

—¡Una bruja menos! ¡Somos libres! ¡Todo ha terminado!

Todos reían y brindaban, todo el pueblo se había llenado de alegría al decir esas palabras el alcalde.

Me quedé mirando a toda la gente del pueblo, acababan de arrebatarme la vida a una muchacha y sin ápice alguno de culpabilidad, lo estaban celebrando, me encaminé hasta el altar donde estaba el alcalde, sorprendidos por mi osadía, me miraron fijamente, yo con una sonrisa en los labios y los ojos rojos como el fuego les dije:

—Ahora os toca arder a vosotros...

LUNA LENA  
Daisy L.V.





Abrí los ojos y me quedé mirando al cielo. La luna estaba llena e iluminaba la parte alta de los árboles que se alzaban a mí alrededor. Yacía tumbada en el suelo, paralizada, sin poder hacer nada más que intentar controlar mi respiración que parecía agitarse de desesperación. Sentía la tierra entremezclada con el musgo y el agua que acariciaban mis manos, no me atrevía a mirar a los lados. Presa del pánico empecé a hacerme preguntas, las más lógicas que se me ocurrían en esos momentos.

¿Dónde me encontraba? ¿Cómo había llegado allí? Y la más importante ¿quién era, cómo me llamaba?

Sabía que tenía que tener un nombre, la cultura no se había desvanecido de mi cabeza, pero sí los recuerdos, no tenía ninguno, salvo el de abrir los ojos y contemplar la luna llena.

Quise sacar valor para levantarme, pero el pánico podía conmigo. Comencé a sollozar, no sabía nada, no sabía ni qué hacer, no me atrevía a mirar a ningún otro lado que no fuese al cielo y a la luna llena que se situaba justo encima de mí, quería gritar, pero de mi boca no salía nada, ni un simple susurro.

Pasaron varios minutos hasta que logré contener los impulsos de gritar, tenía que mirar a mi alrededor, lo necesitaba, quería saber si estaba sola, deseaba estar sola, no quería una compañía que me fuese a hacer daño, si no me lo habían hecho ya.

Respiré tan hondo como pude, hasta que un dolor punzante me

hizo gemir, alcé la mano muy despacio y con delicadeza hasta lograr llevarla a mi pecho derecho. Con mucho tacto fui apalmando desde el estómago hasta mi cuello, para saber si tenía alguna herida de ese lado. No sentía humedad alguna, de hecho hasta la ropa que llevaba estaba seca, cuando llegué con la mano a mi cuello la desplazé un poco más hacia el hombro. Noté la tira ancha de la camiseta que llevaba puesta, no tenía chaqueta, tampoco tenía frío.

¿Estaría en una noche de verano? ¿Estaría en una noche de acampada con algunos amigos?

No era capaz de controlar mi mente, mi imaginación huía hacia lo más normal y tranquilo, buscando una lógica que no le hiciese sufrir.

Cuando volví a deslizar la mano por mi lado derecho, apretando un poco las costillas, una punzada fuerte de dolor me hizo detenerme. Sin duda provenía de la cuarta costilla derecha, qué estaría magullada o rota, si respiraba con cautela y no la tocaba, no había dolor.

Después de eso, quise saber si podía tener algún miembro roto antes de volver a recaudar el valor suficiente, para mirar lo que había a ambos lados de donde yo yacía.

Moví los dedos con precaución de mi mano izquierda, ya que sabía que el brazo derecho estaba bien. Doblé el codo poniendo muy despacio la mano sobre mi estómago, cerré los ojos un segundo sintiéndome aliviada, por lo menos era capaz de mover los brazos, estaban bien. Ahora me tocaba decidirme a mover las piernas, que eran más importantes que los brazos, pues las necesitaba para salir de allí o para correr en caso de tener que huir de alguien, que esperaba con fuerte deseo que no fuese así. Hice igual que con el brazo izquierdo pero en ambas piernas al mismo tiempo, moví con gesto suave los tobillos y las rodillas, llegando a doblarlas de manera que mis pies estaban en horizontal a par del suelo, no sentía ni la tierra ni la humedad en los pies, supuse que por lo menos no estaba descalza, otro punto a favor en caso de huida, por lo menos no me clavaría todo lo que me encontrase en el suelo.

Era la hora, necesitaba reunir el valor necesario para mirar a mi al-

rededor, pero el pánico se volvió a apoderar de mí, los ojos se me inundaron en lágrimas, no podía ver la luna clara por culpa de ellas, lo más bello que recordaba y no podía verlo por mi sollozo incontrolado, quería verla, necesitaba verla, cuantos más esfuerzos hacía por parar de llorar, más lágrimas aparecían en mis ojos.

De repente sentí unos pasos no muy lejanos, que hicieron que se detuvieran las lágrimas, pero también provocaron que se paralizara mi respiración, cerré los ojos con fuerza. Ya no quería ver nada, me espantaba la idea de que fuera algo malo lo que se acercaba. Me quedé inmóvil sin poder recobrar la respiración, hasta que el sonido de los pasos se detuvieron junto a mí, sentí como lo que se detuvo a mi lado me olisqueaba de forma entrecortada, era un animal. En cuanto abrí los ojos salió corriendo como asustado, casi no me dio tiempo ni a distinguir qué era, y fue la curiosidad la que me hizo girar la cabeza de modo involuntario para ver la trayectoria que seguía, era un lobo, su pelo gris y negro se veía bien bajo la luz de la luna.

Ya tenía girada la cabeza algo que llevaba rato intentando, no había nada ni nadie de ese lado ¿Y del otro? Giré lentamente la cabeza hacia la derecha, tenía tanto pavor que volví a cerrar los ojos, pero esta vez sin dejar de mover la cabeza, los abrí lentamente hasta que me di cuenta de que tampoco había nada ni nadie, solo había árboles y maleza, aunque escasa, a mi alrededor.

Recobré la respiración normal y algo de la valentía perdida que aún no había hecho aparición esa noche, volví a echarle un vistazo a la luna llena, inspiré fuertemente y me eché las manos al pecho. Me había olvidado de que no podía hacer eso, me dolía demasiado. Cuando paró el dolor me senté doblando las piernas como si fuera un indio, volví a mirar todo a mi alrededor, no había nada, ni un foco de luz a lo lejos de una casa o una hoguera.

Solo me quedaba una opción, levantarme y caminar, pero ¿adónde? Todo era exactamente igual bajo la luz de la luna, no se divisaba nada que me hiciese tomar una decisión.

Me levanté torpemente, casi me caigo a gatas al resbalar con el

musgo, pero logré guardar un mínimo de estabilidad.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. La noche no era tan cálida como me había parecido. El frío empezó hacer acto de presencia. Busqué a mi alrededor una chaqueta, por si se me había caído, pero tampoco había.

Hice un esfuerzo por recordar algo anterior a la luna, pero seguía sin conseguir nada.

Miré en todas direcciones, esperando que hubiese cambiado en algo el paraje, pero nada, seguía sin saber qué hacer. De pronto recordé que la luna se desplaza de este a oeste, ¡cómo podía recordar eso y no recordar mí nombre!

Daba igual, por lo menos podría seguir una dirección. Desde que había abierto los ojos por primera vez la luna ya se había desplazado lo que para mí parecían centímetros hacia el oeste. No sabía ni en qué país estaba, pero seguro que siguiendo una dirección fija tendría que llegar al algún pueblo o carretera.

Me puse en marcha sin más dilación siguiendo rumbo al oeste, no sé por qué elegí el oeste, pero era la opción que más me gustaba, así que me dejé llevar por mi intuición, que esperaba que fuera más eficaz que mi memoria.

No sé cuánto tiempo estuve caminando, pero me pareció una eternidad, no sé si era debido al agotamiento, pero mi estómago rugía incontrolado, ¿cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que metí algo de comida en él?

Me desesperaba no recordar ni lo más mínimo.

Sobresalía una gran raíz del suelo, no parecía muy cómoda pero por lo menos estaba seca al tacto. Me tomé un breve descanso para recobrar alguna fuerza, mientras volvía a echar un vistazo al paraje que me rodeaba, apenas había diferencia alguna del lugar desde el que había partido, en esa revisión visual, divisé un lobo no muy lejos, parecía el mismo lobo que había visto antes, de pelaje gris con manchas negras. Me miraba fijamente, hasta llegar a hacerme sentir incómoda, ¿me habría seguido? ¿por qué? Los lobos no suelen atacar a los huma-

nos. Al estar tan débil le parecería una presa fácil, ¿sería eso? No pensaba dejar que fuera su menú esa noche.

Me levanté sin quitarle el ojo de encima y seguí caminado, con un paso algo más apresurado, mirando de vez en cuando hacia los lados y atrás, para ver si me seguía.

Alcé la vista al cielo, estaba empezando a nublarse, se avecinaba una tormenta. A lo lejos ya se podían oír los truenos. La luz de la luna se desvanecía a medida que las nubes aumentaban y se hacían más densas, quise apretar un poco más el paso, cuando vi un gran claro entre los árboles, no estaba muy lejos y me pareció una buena idea ir a él.

Cuanto más me acercaba al claro, más oscura se hacía la noche. Ya no se veía la luna ni su claridad, eso me dificultaba ver por dónde caminaba. Tropecé varias veces y hasta llegué a caerme otras tantas, por resbalar en el musgo o por tropezar con las raíces de los árboles, no tenía muy claro si había llegado ya al claro o no, no se veía nada ni a dos pasos de mí, la lluvia empezó a caer ligera y fue aumentando a medida que los rayos se acercaban más a donde yo estaba.

La niebla densa bajaba rápida, hasta que en un abrir y cerrar de ojos me envolvía por completo.

Ya no sabía ni por dónde había entrado en aquel claro del bosque. Me encontraba desorientada. Di varios pasos sin rumbo alguno hasta que escuché un gruñido, me di la vuelta, los ojos se me abrieron como platos al contemplar el lobo, otra vez, me había seguido y yo era su menú. Asustada y con las piernas temblándome del horror di dos pasos hacia atrás, estaba alzando el pie para dar un tercero cuando el lobo de un salto se abalanzó hacia mí, mordiéndome el bajo del pantalón, tirando de mí mientras gruñía.

El pánico resurgió dentro de mí, pero esta vez la voz no se me desvaneció, no podía parar de gritar, mientras el lobo seguía tirando de mí, luché por desprenderme de sus dientes, di un fuerte tirón que hizo rasgar mis pantalones librándome de él, me di la vuelta y me eché a correr.

No había dado ni seis pasos cuando desapareció la tierra de debajo

de mis pies, me encontraba cayendo, el frío viento cortaba mi piel como si fuera una cuchilla, no era capaz de pensar, solo escuchaba al lobo aullar, me daba la sensación de que lloraba y justo antes de perder la conciencia oí, o eso me pareció, gritar a un hombre «¡NOOOO!».

Todo se quedó en negro.

Abrí los ojos, me encontraba sofocada y exhausta, estaba empapada, miré a ambos lados y vi que estaba en mi habitación. La claridad de la luna llena entraba por la ventana que estaba junto a mi cama, dejé salir el aire de mis pulmones, aliviada de estar allí. Todo había sido una pesadilla, no había perdido la memoria, me acordaba de todo, de mi nombre, Alison, hasta del sueño, aún sentía el frío y el horror de esa pesadilla, me rondaba una extraña sensación, no quería volver a cerrar los ojos no quería volver a encontrarme en esa pesadilla.

Me levanté de la cama lentamente y me dirigí a la ventana, quería ver lo único que me calmaba en la pesadilla, quería que me calmara.

Me quedé mirándola durante unos minutos, estaba preciosa, las nubes pasaban cerca de ella pero sin llegar a taparla nunca, más calmada bajé la mirada hacia el campo que hay bajo la ventana, en la parte trasera de la casa.

Entre los árboles que allí hay se encontraba un lobo, pero no era cualquier lobo, era el lobo gris de manchas negras de mi pesadilla, no podía creerlo, ¡cómo era posible! Cerré los ojos apretándolos con fuerza, parecía estar quedándome sin respiración. Volví abrir los ojos pensando que había sido una mala pasada de mi imaginación, cuando miré hacia donde estaba el lobo. No era el lobo el que estaba allí mirando para mí, era un hombre, alto y musculoso. Llevaba el pelo mojado caído al lado de los ojos, no le conocía, ni siquiera me sonaba su cara, pero mirando para él me hacía sentir tan bien como cuando miraba a la luna llena.

Volví a cerrar los ojos, esta vez con menos fuerza, no sabía por qué había allí un hombre, pero tampoco quería dejar de verle, cuando volví a abrir los ojos ya no estaba, no había nadie, ni el lobo, ni el

hombre.

En parte decepcionada suspiré con énfasis, y mi mano se alzó hasta mi pecho, un dolor punzante me entrecortaba la respiración, recordé que en mi sueño me pasaba lo mismo, tenía una costilla rota.

¿Qué había pasado? ¿Realidad o sueño?

El lobo. ¿Cómo había pasado del sueño a la realidad?

¿Quién era el hombre?

Ahora tenía otras preguntas sin respuesta, pero estaba en casa, a salvo.





## JUEGO DE MANOS

Moisés Manrique



Toda su vida la había dedicado a la magia, primero había sido una afición, luego una obsesión y, finalmente, una profesión.

En esta ocasión, de su habilidad dependía no una cantidad de dinero ni unos aplausos que engordasen su ego, sino lo más importante de su vida, la supervivencia de su hija, un pequeño bebé de dos meses.

Horas atrás, seis personas habían asaltado su casa, atando, amordazando y golpeando a su mujer mientras a él lo sujetaban dos corpulentos encapuchados y un tercero acariciaba su frente con el frío metal de una pistola automática procurando inmovilizarle sin hacerle ningún rasguño; era evidente que lo necesitaban en perfecto estado y sin golpes.

Las instrucciones que le dieron fueron claras, «Sal de tu casa pasados cinco minutos desde que nosotros nos hayamos ido, en el buzón que hay en el portal correspondiente a tu casa encontrarás un sobre y una pequeña bolsa, en el sobre encontrarás las instrucciones precisas de lo que tienes que hacer para que tu pequeña no acabe en un cubo de basura».

Los gritos, ruegos y sollozos de los padres de la casi recién nacida Marie no sirvieron de nada, los secuestradores golpearon nuevamente a la esposa hasta que los dos se callaron, luego salieron tranquilamente por la puerta.

Pasados los cinco minutos, Jean salió corriendo de su casa bajando

las escaleras de tres en tres hasta llegar al buzón.

Allí encontró un sobre amarillo de tamaño folio y una bolsa negra de terciopelo del tamaño de un pequeño monedero.

Jean abrió el sobre sin ningún cuidado, rompiendo el doblez, sacó el folio que había dentro y lo leyó.

Las lágrimas mojaban el papel mientras sus ojos recorrían las frases escritas en él. Las frases eran cortas y claras, parecía un telegrama.

«Si acudes a la policía tu hija morirá, si no haces lo que te decimos tu hija morirá, si no tienes éxito en el trabajo que te encargamos tu hija morirá. Has sido escogido por tu afición a las joyas, tu extraordinaria posición económica y tu no menos extraordinaria habilidad con las manos. Todo eso nos ha llevado hasta ti, una persona perfecta para nuestro proyecto que no va a llamar la atención en ninguna de las joyerías enumeradas en la parte de atrás de este papel...».

Jean subió esta vez más lentamente las escaleras, entró en su casa y abrazó a su maltrecha mujer que se secaba la sangre de su boca.

—¿Quiénes eran? ¿Qué quieren de nosotros? —preguntó entre sollozos Madeleine.

Jean se sentó junto a ella, y le explicó qué era lo que pretendían de él, querían que fuese a las ocho mejores joyerías de París la próxima mañana, una vez allí, al ser un conocido le enseñarían sin problemas las piezas en las que los secuestradores estaban interesados. Él tenía ocho falsificaciones perfectas de piezas muy valiosas que alcanzaban en su conjunto un valor de dos millones de euros. Jean tendría que realizar hábilmente el cambio de una pieza por otra en cada una de las joyerías y todo en una mañana para que, si al cerrar las tiendas, las joyas fuesen revisadas, el botín ya estuviera en manos del grupo mafioso.

profesión en la que el detalle es muy importante, y a la hora de hacer magia cualquier elemento de color u olor que distraiga la atención del espectador es un factor de ayuda.

Besó a su mujer, que le miraba sin ningún tipo de expresión en la cara, era la cara de la derrota, algo que él no estaba acostumbrado a

ver.

En la puerta le esperaba un taxi, no quería tener que perder más tiempo del necesario intentando aparcar su coche.

La primera joyería era Less. Abría a las diez de la mañana. Jean esperaba junto a la puerta a que pasara el eterno cuarto de hora que le separaba de esa hora. A las diez en punto, desde dentro, un guardia de seguridad totalmente uniformado abrió la puerta de la tienda. Con su mejor sonrisa entró saludando cortésmente al empleado de seguridad. Rápidamente, un hombre de unos cuarenta años se acercó presto con la mano extendida a recibir al ilusionista, su olor a perfume era más fuerte que el de Jean.

—Monsieur Targue, buenos días, cuánto tiempo sin verle, ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó suavemente el empleado.

—Hoy vengo a por algo muy especial, un capricho de mi mujer —contestó Jean exhibiendo su sonrisa y describiendo el objeto.

Realizó las siete primeras tiendas en cuatro horas, en la última, mientras iba a realizar rápidamente el juego de manos para el cambio, una clienta le reconoció y se le acercó papel en mano para que le firmara un autógrafo. Las dos manos de Jean estaban ocupadas, el dependiente mirándole sonriente y la señora parlotando con el papel y el boli en la mano.

—¿A quién se lo dedico? —preguntó el cansado mago.

—A Charlotte, es mi hija y está como loca por usted.

Rápidamente y en un movimiento, Jean cogió el papel y dejó caer el bolígrafo al suelo. Presto, el empleado de la joyería salió agachándose a la vez que la mujer para recoger del suelo el objeto. Con velocidad, Jean realizó el cambio respirando profundamente y disculpándose por la torpeza.

Las siete de la tarde a los pies de la torre Eiffel, Jean deseaba que no se diesen cuenta muy rápidamente los joyeros de su truco con las caras piezas mostradas. Tendrían que haber llegado ya los secuestradores, el estómago le dolía, las piernas le temblaban, una sirena se oía a lo lejos asustándole. Un toque en la espalda le sacó de su trance, era

una mujer con grandes gafas de sol y una evidente peluca, alrededor de la boca llevaba un echarpe que casi tapaba la totalidad de su rostro.

—Déme la bolsa —le ordenó.

—Y mi hija —dijo con ira Jean.

Si todo está bien, la dejaremos en el quiosco de prensa situado frente a las cintas de equipaje de Air France del aeropuerto Charles De Gaulle, si nos la has jugado, no la volverás a ver.

Dos días después, Jean y Madeleine intentaban olvidar lo sucedido con la pequeña Marie sana y salva en sus brazos. Aún no había ido nadie de la policía a buscarlo, ninguna joyería se había dado aún cuenta, era el momento de acudir a una comisaría.

SIN TÍTULO  
Moisés Manrique





Hoy es dos de agosto del año del señor de mil cuatrocientos noventa y dos. El fresco aire de la noche de Castilla entra por los cuatro frentes de la rectangular abadía en la que se cobijan mi celda y mi persona. Hoy es el día en el que todos los judíos que viven bajo el imperio de nuestros reyes Doña Isabel de Castilla y Don Fernando de Aragón a quienes Dios guarde, deben haberse convertido a nuestra fe, la única y verdadera, o serán expulsados del imperio del sol bajo reino en el que vivimos.

Hoy ha pasado lo que temíamos algunos, tal vez esto, solo tal vez, sea utilizado por gentes de almas impuras y putrefactas para tomar represalias, o llevar cabo desquites o ajustes con las gentes que convivan con ellos. Hoy, sí, hoy, en este día del señor ha sucedido.

La mañana era más cálida de lo que esperábamos y mucho más cálida de lo que deseábamos. En la abadía éramos doce frailes y esa mañana al amanecer, un joven novicio y yo, recolectábamos los frescos productos que nuestro pequeño huerto y granja nos proporcionaban para preparar el desayuno a los doce habitantes de la empedrada abadía.

De repente, el hermano Cristóbal salió corriendo en mi busca, sus alaridos iban a despertar a todos. Salí a su encuentro y corregí su actitud.

—No grite hermano, no grite.

El sudor frío recorría su frente que se había tornado pálida, su voz era entrecortada, y tartamudeando dijo:

—Hermano Nicolás, el diablo, el diablo ha estado aquí esta noche, venga, venga al huerto —balbuceó.

Tirando de la manga de mi hábito de trabajo me llevó casi arrastrándome y sin dejarme decir nada hasta el huerto.

Ahí estaba el cuerpo de una joven de no más de veinte años, su cuerpo yacía sin vida sobre los surcos no sembrados del terroso huerto. Tenía la ropa arrancada, apenas cubriéndole el torso de su cuerpo, la boca permanecía eliminar rigurosamente abierta, y los ojos... los ojos... ¡No estaban!. Los habían arrancado dejando las ensangrentadas cuencas como único testigo del terrible asesinato.

Rápidamente y alertados por los alaridos del joven novicio, fueron bajando de sus celdas todos los hermanos atándose por el camino las ásperas cuerdas en la cintura del no más suave hábito marrón. Rodearon la escena mostrando asombro, desagrado y pesar en sus rostros. Finalmente, apareció el padre Tirso, nuestro abad. Era joven, no alcanzaba los cuarenta años, cosa inusual en un abad de nuestra castellana congregación. Venía rápido, pero totalmente vestido, la cabeza altiva, apartando a los hermanos solo con su mirada hasta que se topó con el inmóvil cuerpo de la joven. Su arrogante mirada se tornó en la asustada visión del suceso, me miró a mí, el mayor de los hermanos que habitamos este santo lugar. Colérico profirió

—¡Mañana viene Tomás de Torquemada a descansar para poder seguir su viaje!, ¿qué le puedo decir?

Sus palabras destrozaron mi corazón. Yo debo obediencia a mi superior, yo debo lealtad a mi abadía, pero cómo uno de nuestros hermanos, el mayor de nuestros hermanos, podía preocuparse de la opinión de nuestro máximo inquisidor antes de preocuparse por lo que había sucedido, quién era esta joven, qué iba a ser de su alma.

Mi mirada castigó la suya haciéndole comprender el error de sus palabras.

En dos horas, habíamos enviado a llamar al alcalde y al capitán del

asentamiento de soldados que residía formalmente en el pueblo que era coronado por nuestra solemne abadía.

La soldadesca allí aposentada nunca fue bien vista por ninguno de los hermanos de la abadía, ya que éramos conocedores de los vicios, juergas, jaleos y alborotos que el tener ciento cincuenta hombres ajustados a la profesión del sable y la lanza traía consigo.

El Capitán Don Álvaro de Cueta estuvo a la defensiva durante toda la reunión que el alcalde, el abad, Don Álvaro y yo tuvimos esa mañana, sabedor él de que las culpas caerían, con o sin razón, sobre sus alborotadores hombres.

El alcalde, muy por el contrario, igualó su actitud a la de nuestro abad, preocupándose principalmente por la ilustre visita del día de mañana, y por que la muerte pudiera tener como consecuencia una acción disciplinaria de la Santa Inquisición en el pueblo, ya que quien más y quien menos tenía algo que temer de este tribunal.

La tarde se acercaba, una mujer se acercó corriendo hasta nuestra puerta, mientras acompañábamos a las dos ilustres visitas a la salida de nuestra abadía. Se lanzó sobre nuestro abad agarrando con sus ennegrecidas manos sus ropajes. Rápidamente, Don Álvaro reaccionó quitándosela de encima y lanzándola contra el embarrado suelo bajo el arco de piedra que ofrecía salida de nuestra religiosa residencia.

Entre sollozos apenas inteligibles intentaba decirnos algo. Sentada en el barro, ennegreciéndose la cara con este preguntó:

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué le habéis hecho a mi hija?

Su mirada era desesperada, era joven para tener una hija de la edad de la asesinada, pero era su madre, una mujer que había sido madre con apenas quince años.

—Mujer, te daremos a tu hija para que la llores —dijo Tirso mirando con frialdad a la deshecha mujer mientras sacudía con sus manos los agarres de su ropa.

Don Álvaro mandó a dos soldados que venían con él a levantar a la mujer y llevársela la zona.

—Esto ha de quedar zanjado antes de mañana —dijo Tirso con su

altivez recuperada mirando al capitán y a Don Pedro, el grueso y preocupado alcalde.

Llegó la tarde, la abadía descansaba con más silencio del habitual, cuando las puertas de la entrada sonaron golpeadas por dos soldados anunciando que su capitán quería entrar.

Otro joven novicio era el encargado de la puerta, pero Tirso, dando órdenes de que no fuera nadie, se acercó a la cuarteada puerta de madera y arrastrando el cerrojo la abrió.

Don Álvaro traía atado a un pobre diablo. Su cara estaba amoratada y ensangrentada, sus manos estaban colgando en la espalda atadas por una gorda cuerda que apenas dejaba circular la sangre.

Enseguida reconocí al hombre que nos traían. Era un vagabundo que había pasado un día antes por la abadía para poder comer.

—Este es el autor de todo, le hemos cogido a las afueras —dijo Don Álvaro.

—Perfecto, mañana será ejecutado a la llegada de Torquemada.

El dolorido hombre cayó sobre sus rodillas negando con la cabeza y balbuceando cosas ininteligibles. Los soldados le volvieron a golpear la espalda haciéndole levantarse y se lo llevaron. Sin más palabras, el capitán y Tirso se miraron y se dieron la vuelta yéndose cada uno a sus posesiones.

Estoy aquí, en mi celda, no puedo dejar de pensar en lo acontecido, no puedo dejar de odiar a mi superior, no me está permitido el cuestionar a un superior, pero no puedo evitar preguntarme el porqué de todo lo sucedido.

Yo era esta noche el hermano que guardaba vigilia junto con el joven novicio, todos los hermanos saben que yo, al guardar la vigilia, estoy orando toda la noche en nuestra sala de oración. El hombre que más poder tiene, después de Don Fernando de Aragón, viene a hacer descanso de su viaje en nuestra abadía. Un pueblo lleno de ambición, con un alcalde ensimismado con su poder, y un capitán y un abad con una ambición desmedida, con la posibilidad de sobresalir ante Torquemada.

No puedo dormir, el dolor por lo acontecido me angustia. Solo sé que el hombre que será ejecutado mañana no merece ese castigo, que una madre ha perdido a su hija, que una hija ha perdido la vida, y que yo, después de cincuenta años, empiezo a dudar de todo.



EL AVIÓN  
Oscar Márquez Sánchez





Esa noche había dormido muy poco y al llegar ni siquiera me percaté de que la sala de embarque estaba prácticamente vacía. Aquella señorita, debidamente uniformada y concentrada tras el mostrador, y yo mismo, sentado en una butaca entre somnoliento y ausente, constituíamos la única población de aquella apartada zona del aeropuerto.

—La compañía Air Frontiers anuncia la salida de su vuelo AF0700 a VorpeI. El embarque lo realizarán en primer lugar los pasajeros con asiento entre las filas 14 y 29. Rogamos tengan a mano su tarjeta de embarque y un documento de identidad...

No pude evitar el sonreír mientras atendía interesado a su bien aprendido y procedimental mensaje. ¡Qué disparate, pero si no había nadie más que yo en aquella sala! Todavía me resultó más divertido y a la vez extraño, cuando una rutilante sonrisa se desplegó en su cara para pedirme amablemente que esperara a un lado, ya que mi asiento correspondía a la fila número 9.

La entrada en la aeronave fue todavía más sorprendente. Otra sonrisa femenina, tan inapelable como la anterior y sumamente desacorde con unas horas tan tempranas, me abrió paso hacia el interior de una cabina completamente desierta. Ocupé mi asiento y fui el único en hacerlo porque nadie más entró por aquella puerta. Albergué la inocente esperanza de que un grupo de ruidosos turistas apareciera en el último instante y en tromba por aquel pasillo, pero no sucedió así y mi

cara se tornó, una vez más, en una mueca de manifiesta y risueña perplejidad.

—A continuación les haremos una demostración de seguridad en vuelo. Rogamos presten atención a las indicaciones que realizará nuestro personal de cabina...

Resultó curioso ver cómo la azafata que me recibió en la entrada impartía las habituales instrucciones a los pasajeros de las filas 1 a 14, o sea, a mí en exclusiva, mientras que la que antes se encontraba en el mostrador de tierra y que había aparecido tras de mí como por arte de magia, lo hacía frente a la imaginaria audiencia de las filas 14 a 29. Ciertamente, no podía dar crédito a lo que estaba viendo y oyendo, ¡Qué profesionalidad tan férrea y absurda!

Ni siquiera esto pudo alterar mi habitual y defensiva costumbre de dejarme acunar por la aterradora maniobra de despegue, de manera que caí profundamente dormido en tan solo unos minutos. Entre sueños pude reconocer los típicos avisos sonoros y luminosos que indicaban que ya estábamos en pleno vuelo, y también, de una manera algo más confusa, supe que los carritos de *catering* recorrían arriba y abajo aquel pasillo para concluir con su habitual servicio. Estando yo en el país de los sueños, asumo que no fue un gran negocio.

Fue un poco más tarde cuando desperté y me enfrenté con la absoluta soledad en la que llevo viviendo durante no sé bien cuánto tiempo. Y es que en ese avión, aparte de mí ya no había absolutamente nadie. Desaparecidas de manera inexplicable mis dos amables y misteriosas compañeras, me encontraba a solas con un aparato completamente equipado y en plácido vuelo a no sé qué destino.

Mi comportamiento a partir de aquel instante pasó por diferentes fases que, analizadas ahora en el tiempo, y asumo que también en la distancia, considero lógicas y razonables. Primero una inicial de curiosidad e investigación, en la que parecía querer evitar ser víctima de una broma pesada, experimentando para ello con todos los artilugios electrónicos y mecánicos que encontraba en aquella nave. Esperaba así que al final alguien me llamara la atención por tocar donde no de-

bía. Algo que nunca sucedió. Más tarde vino una fase de transición en la que iba continuamente de la desesperación al pánico y viceversa, mirando debajo de los asientos, en el interior de los lavabos, en los armarios y en los falsos techos, que imaginaba me conducirían a secretas dependencias donde encontraría la razón de todo aquel sinsentido. Pero nunca encontraba nada, y era justamente después de esos fracasos cuando lloraba, gritaba, corría y golpeaba cuanto encontraba a mi paso hasta quedar completamente extenuado. Pensé también muchas veces en abandonar del todo y destrozarse alguna ventanilla que finiquitara una situación tan angustiosa. La verdad es que nunca tuve valor para hacerlo, siempre con la esperanza de que todo tendría una explicación y una solución final aunque no fuese lógica. Finalmente, todo se recondujo hacia un estado en el que coexistían grandes momentos de profunda meditación, en los que imaginaba fantásticas resoluciones del enigma, con grandes depresiones que me mantenían durmiendo durante largos espacios de tiempo. Periodos que, honestamente, nunca pude o supe cuantificar adecuadamente.

Y esa es la situación en la que ahora me encuentro. Un día tuve la feliz ocurrencia de escribir mis meditaciones. Como no encontré ni papel ni bolígrafos, algo que no me sorprendió lo más mínimo dada mi tremenda desgracia, la alternativa fue realizar largas charlas y disertaciones a través de los interfonos que la tripulación debió de usar en otro tiempo, si es que en realidad lo hubo. Como esta misma que ahora hago y que espero alguien esté escuchando o llegue a escuchar algún día. Se trata de una actividad que me reconforta y ayuda mucho, aunque a la vez temo que me lleve a la más completa de las locuras.

Debo de llevar aquí varios años encerrado y aparentemente en continuo vuelo, pero no parezco envejecer en absoluto. Es curioso porque además nunca tengo hambre, ni sed, ni necesidades físicas que condicionen mi vida en este aparato. Nunca he conseguido acceder a la cabina de pilotos, pero por la mirilla puedo ver que allí tampoco hay nadie. Durante largas horas observo que los mandos se mueven solos con una suavidad tal que parece que unas manos imaginarias los ma-

nejaran con gran pericia, haciendo que el vuelo sea siempre tranquilo y sin sobresaltos. El cielo siempre tiene el mismo color gris oscuro, moteado a veces de pequeñísimos destellos blanquecinos, y nunca se adivina nada a lo lejos. Cuando estoy cansado o triste siempre vuelvo a mi sitio en la fila 9 y allí duermo y me tranquilizo como un niño en su cuna. Cuando despierto siempre lo hago con la ingenua esperanza de que todo esto va a acabar y llegaré a Vorpel, mi ansiado destino. Allí volveré a ver a mi familia, a mis amigos y a mis compañeros.

Pero eso, en esta interminable pesadilla, nunca sucede.

EL FIN DE LOS TIEMPOS

Oscar Márquez Sánchez



Primero desaparecieron las hormigas. Una noche de verano, como tantas otras, en la que disfrutábamos de algo de frescor sentados afuera en la calle, nos dimos cuenta de que ya no estaban. Un poder de observación desconocido hasta entonces nos alertó de que ya no contábamos con su diminuta y laboriosa presencia, con sus continuos y metódicos movimientos, con sus interminables filas de dedicación y trabajo. No recuerdo haberles prestado nunca una atención especial, ni que fueran el objeto de alguna de nuestras conversaciones, pero lo cierto es que de repente nos sorprendió echarlas de menos.

Pero no fuimos los únicos. Sí recuerdo en cambio que muchos científicos comenzaron a estudiar el fenómeno en diversas partes del mundo. Ninguno encontró una explicación plausible, ninguno descubrió por qué habían dejado sus hormigueros, por qué no habían dejado rastro alguno de su existencia. Tampoco hubo demasiado espacio ni tiempo para la desazón, ya que pronto su investigación se vio alterada por la desaparición paulatina del resto de las especies, de menor a mayor, sin atropellos, sin sobresaltos, siguiendo un inapelable y riguroso orden que pareciera haber sido diseñado por una inteligencia superior. «Divina», dijeron algunos.

A las hormigas les siguieron inexorablemente el resto de insectos y pequeños seres del submundo invertebrado; moscas, mosquitos, arañas, gusanos, chinches, cucarachas... Después otros animales igualmente molestos y de denostada reputación para y entre los huma-



nos; ratones, ratas, sapos, ranas, serpientes, lagartijas, y lo mismo sucedía en otros países con las especies allí más habituales. Todos ellos dejaban un pequeño vacío en el mundo y todos, unos más que otros, provocaban momentáneos alivios entre una población que incluso se alegraba de perderlos de vista.

Y aunque la suma de todas estas desapariciones alimentaba un creciente misterio y desasosiego, la alarma general no se desencadenó hasta que nos abandonaron las especies más grandes y de trato más cercano. Un día los perros dejaron de ladrar, los gallos se esfumaron con sus cantos matutinos y los pájaros limpiaron nuestros cielos, creando a cambio un silencio extraño e insoportable en parques, campos y bosques. Los zoológicos, mientras tanto, fueron perdiendo poco a poco su población hasta quedar completamente mudos y vacíos.

Lo más curioso es que nadie contaba haber presenciado una de aquellas desapariciones. Tras cada nuevo descubrimiento, radios, televisiones y periódicos se afanaban en dar cumplida información sobre tan sorprendentes acontecimientos, pero, en realidad, nunca se mencionó a un testigo de los hechos. Además, pasado un tiempo de aparente pánico colectivo, a nadie parecía importarle demasiado, era como si nuestros entendimientos hubieran sido nublados por un invisible pero a la vez denso velo que nos impedía pensar más allá de lo escrito el día anterior en los diarios o en las imágenes de nuestros televisores. Las cosas pasaban sin más y todos, asumida la novedad, mirábamos hacia otro lado. Hasta que a la mañana siguiente una nueva noticia similar salía publicada en los medios.

Si bien parecía ser que todo el mundo asumía los hechos como consumados, no faltaban los ruidosos agoreros que anunciaban el fin del mundo y que argumentaban cómo esta u otra señal confirmaba los presagios y profecías previamente anunciados en libros que databan de épocas remotísimas. Mientras tanto, los científicos, muy activos al principio, permanecían callados y estupefactos por el devenir de los tiempos y solo algunos más avisados empleaban su gran notoriedad y conocimientos para participar en programas divulgativos de dudosa

intención y jugosas ganancias. Gurús del esoterismo y escritores de ciencia ficción asumieron su papel y gran parte del protagonismo en los medios, creando todos ellos un amplio debate mundial que nos mantenía absortos en sus batallas dialécticas, a la vez que distraídos de lo que en realidad estaba sucediendo.

Algunos argumentaban que este mundo era un simple tablero de juego donde nuestras vidas estaban a merced de las voluntades y caprichos de seres superiores. Al parecer, un repentino cambio en el ánimo de éstos había desatado una serie de jugadas y estrategias inesperadas, que acabaron provocando una catarata de acciones y reacciones que amenazaban con un fin prematuro de la partida. Nada podíamos hacer contra eso, solo esperar a que la fortuna y el tiempo devolvieran la tranquilidad al juego.

En esa línea los había que decían que la Tierra era un gigantesco laboratorio donde infinidad de mecanismos eran dispuestos en diferentes configuraciones con el objetivo de investigar sobre la evolución y desenlace de cada una de las posibles combinaciones. Nosotros, impertérritos, ignorantes de nuestro mero papel de cosas, estábamos siendo testigos y parte activa de uno de esos experimentos, en el que las variables de contorno estaban cambiando ahora bruscamente para dar origen a uno nuevo.

Otros, en cambio, se remontaban al argumento de películas de ciencia ficción hartamente conocidas, rescatando su trama y adaptándola a cada una de las situaciones, con lo que acababan encontrando explicaciones suficientemente creíbles para cada nuevo suceso. Entre ellas se contaba una que hablaba de una especie de fecha de caducidad inscrita en el ADN de cada ser, al parecer responsable último de su volatilización espontánea. Un código que si conseguíamos descifrar y manipular nos permitiría gestionar a voluntad el destino de cada uno de los seres vivos. El secreto de la inmortalidad, decían con altiva solemnidad los defensores de la sorprendente teoría.

Por supuesto que la religión tuvo un espacio en esta historia. Las doctrinas tradicionales no supieron encontrar una explicación a los

hechos que fuera del todo afín a sus preceptos y orígenes, dejando en la fe ciega y el estoicismo la solución final a todo el problema. Sin embargo, surgieron muchos otros movimientos que, bien mezclando diversas ideologías, bien creándolas completamente de nuevo, hablaban de la ira de los dioses, del cambio de los tiempos y del orden de las cosas, del cumplimiento de las leyes universales y de la llegada inminente de los últimos días, en los que tendría lugar la destrucción total del mundo. Pero finalmente, las religiones tampoco acertaron a dar cobijo a los asustados, seguramente porque ya no había nadie que creyera realmente en ellas, porque para creer hacía falta una fe que ya todos habían perdido.

Las cosas cambiaron realmente cuando ya solo quedamos nosotros, los humanos. Muchos alimentos básicos empezaron a escasear y fueron sustituidos por sucedáneos artificiales de origen químico que hacían que las comidas perdieran los sabores a los que estábamos acostumbrados. Con los olores pasó lo mismo, todos nuestros registros anteriores se confundieron en un gris aroma que impregnaba todos los sitios y todas las cosas. Y no solo fue la comida, otras muchas cosas también mutaron en forma y esencia. Desaparecieron las granjas y los animales domésticos, millones de personas perdieron sus trabajos y otros tantos su única compañía. En algunos lugares del mundo poblaciones enteras perecieron al carecer de su más importante sustento y medio de vida. La gente devoraba libros, películas y documentales de animales, llorando su ausencia, o llorando más bien por no saber cuándo les tocaría a ellos ni qué era eso que les tocaría. La vida cambió para todos, y muchos la cambiaron por la muerte.

Para ese momento las grandes instituciones y gobiernos del planeta habían ya acordado realizar importantes proyectos de investigación para evaluar el impacto futuro y tomar acciones preventivas cuanto antes. A nadie le importaba ya el origen de los sucesos, simplemente proteger la existencia de la especie humana. Todos aquellos proyectos y comités resultaron ser a la larga mucho menos efectivos que las grandes corporaciones industriales, que pronto lograron encontrar las

soluciones que cubrirían las necesidades de todos los habitantes del mundo y, sobre todo, las suyas propias; un enriquecimiento desmedido y despiadado. Todas nuestras costumbres se modificaron y, como estaba planeado, todos estuvimos de acuerdo y pusimos nuestra satisfacción, ilusión y dinero al servicio de la causa. Nuevas formas de vida para unos, nuevas formas de malvivir para otros, cada vez más cambiantes y exigentes, incrementando la velocidad del rulo en el que todos, como si fuéramos esos añorados ratones que habían desaparecido, dábamos vueltas y vueltas, cada vez más rápido, sin apenas movernos del sitio. También aparecieron nuevas enfermedades y muchos debieron abandonar por ellas, y dejaron de correr para siempre, reventados por la intensa y descabezada carrera. Nuestros cuerpos y nuestras mentes creían tener a su alcance todo lo necesario para sobrevivir y permanecer en la rueda de un mundo donde no había nada que mereciera la pena ser vivido o sentido.

Y digo esto porque los sentimientos desaparecieron mucho antes que las hormigas. Desaparecieron cuando dejamos de amar a nuestras parejas y amigos, cuando sin apenas reparos enajenamos a nuestros hijos en manos de otros educadores, convenciéndonos de que lo harían mucho mejor que nosotros, cuando perdimos todo atisbo de compasión y agradecimiento por quien no hizo eso con nosotros, por quienes, con todos sus defectos, nos amaron y se amaron entre ellos. Y lo peor es que ninguna celebridad científica, mediática, política o religiosa se cuestionó sobre este tema ni alertó sobre lo que estaba sucediendo. A ellos también les pasó. Simplemente dejamos de amarnos y respetarnos, y ni siquiera nos dimos cuenta.

La señal inequívoca del fin de los tiempos llegó cuando a todos nos encerraron en centros especializados para nuestro tratamiento. Un tratamiento que nadie sabía por qué se aplicaba, cuánto duraba ni qué efectos tendría. No fue una opción, nos vinieron a buscar y nos llevaron sin explicaciones. Con el tiempo incluso los médicos, enfermeros y otros asistentes acabaron enfermando y decían estar a su vez reclusos con nosotros, obligados a atendernos y a su vez a tratarse ellos

mismos con medicamentos similares a los que nos proporcionaban. Después, no tardaron en actuar con una evidente desgana, víctimas, digo yo, de su implacable y absurdo autoenvenenamiento. Dejaron entonces de existir los periódicos, las revistas y los programas de televisión, conduciéndonos a gran velocidad a una oscuridad informativa que nos precipitaba aun más allá de nuestra supuesta enfermedad. Alimentados de aquellas odiosas pastillas y consumiéndonos cada vez más en nuestras angustias y depresiones, solo esperábamos desaparecer como antes lo habían hecho el resto de seres vivos; sin previo aviso y lo antes posible.

Cada vez son más las horas que paso en mi cama semiinconsciente, atado de pies y manos para evitar que yo mismo acabe con este sufrimiento. Mi mente está contaminada por multitud de drogas bebi-das o inyectadas. He perdido la noción de lo que pasa y la memoria de lo que pasó algún día. No sé quién soy pero sí que no quiero estar aquí. El problema es que ya nadie me hace caso ni escucha mis palabras. Tengo la sensación de que todos nosotros avanzamos en una procesión silenciosa, colectiva y solidaria, donde contradictoria e incompresiblemente, ya nadie acompaña a nadie.

EL LINGÜISTA  
José Antonio Martín Viñas



Sonó el timbre del instituto.

—Bueno, por hoy es suficiente. Mañana comenzaremos con el tema de fonética y fonología.

Mientras paseaba y recorría el camino que hay entre el instituto y su casa, Luis recordaba su pasión.

Luis es profesor de Educación Secundaria. Lleva tres años casado y en unos meses celebrará su cuarto aniversario. Ama a su mujer aunque a veces ella no comprende bien sus manías y excentricidades. Él es un apasionado de la lingüística, sobre todo de la fonética y de la fonología. Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca. Su amor por la lingüística le llevó a hacer el doctorado. Su tesis fue tachada de lujuriosa y escandalosa: *La importancia de las vocales y de las consonantes en las relaciones sexuales*.

Según él, en las relaciones más íntimas la lengua se viste de gala. Para Luis la descripción de los fonemas y sonidos que aparecen en las gramáticas es fruto de la explosión erótica que estos producen. Este hecho jamás fue aprobado por las autoridades universitarias. A causa de esto, abandonó la Universidad y tras opositar para profesor de Secundaria, sacó una plaza en un instituto de provincia. Sus convicciones lingüísticas y sus propias teorías, avaladas por las relaciones que había tenido con varias mujeres a lo largo de su preparación de la tesis, jamás se afirmarían tanto como aquella noche del 22 de abril de 2005. No recuerda qué día de la semana era (posiblemente



viernes o sábado), pero sí recuerda que mañana hará cuatro años de aquello y sí recuerda su experiencia con la que pocos meses después sería su mujer.

La noche se presentaba como una ‘O’ redonda y perfecta, iba cavilando mientras se dirigía a su casa con un hermoso ramo de claveles —sus formas sugerían en Luis las de la ‘uve doble’— que había adquirido en una floristería próxima al instituto.

La casa que había elegido, de alquiler, era como una ‘A’ mayúscula, cuyo trazo horizontal reproducía de un modo imaginario el balcón que se unía a una acogedora habitación. Desde fuera aquel habitáculo se vislumbraba como una especie de buhardilla. Luis, mientras andaba con paso firme, se regocijaba con estos pensamientos y recuerdos.

Aquella noche perfecta y, según él, muy ‘fonemática’ y ‘electrificante’ comenzó cuando entró en aquella buhardilla. El hermoso mobiliario que allí se exhibía (por eso era una casa de alquiler muy cara) le sirvió al profesor para excitar su fiebre ‘letral’. En la cabecera de la cama aparecían, como por encanto, eses y tes; las formas de las sillas se antojaban erres o haches hermosas, toda la habitación se alimentaba de letras. Jamás había visto tantas juntas.

En el relieve del gotelé Luis descubría escenas de combates y luchas entre letras y números, una batalla sin fin por la posesión de aquel paraíso lingüístico. Presa de la alucinación, no se detuvo en el ambiente fonético y gráfico de la habitación, sino que cuando su novia salió semidesnuda del cuarto de baño, arrebatado por una pasión inusual, Luis le ordenó cariñosamente que se detuviese junto al marco de la puerta, mientras él la contemplaba sentado en el lecho. Al instante, por su mente comenzaron a surcar letras y fonemas asociados que se confundían en el cuerpo de su mujer.

Las ‘eles’ se pegaban a sus piernas y la ‘uve’ se revestía con los encajes de su prenda más íntima.

Sus pechos aparecieron ante la mirada de Luis como una ‘B’ mayúscula tumbada; los dedos de las manos eran ‘emes’, los ojos ‘oes’ y su nariz una ‘ele’. Pero su pasión se disparó cuando observó los cabe-

llos de Rosa (así se llamaba su novia), las ‘zetas’ y las ‘eses’ se mezclaban en un baile de *twist* y *rock and roll*.

Él, enfervorizado por aquella lujuria fonemática se unió a su amante con su propio sistema. Así, sus ‘emes’ se juntaron, las ‘eles’, al aproximarse, se transformaron en ‘elles’ y la ‘uve’ de ella se dejó engatusar por la ‘i’ latina de él.

Mientras aquel lingüista estudiaba y analizaba cada fonema de su amada, a su mente acudían para excitarlo las descripciones de las gramáticas. Su lengua recorría con entusiasmo el labio superior e inferior de Rosa y sin querer, evocaba las explosiones de la ‘pe’ y de la ‘be’. La ‘te’ y la ‘de’ fluían con fuerza en su pensamiento cuando la lengua de él se apoyaba en los dientes superiores de ella. Recordaba el roce de la ‘zeta’ mientras su lengua, semejante a la de un niño desvergonzado, salía y entraba ligeramente entre los dientes de su novia. Su punto de excitación era tal, que aquel órgano móvil se deslizó desafiante hasta la zona velar y palatal. Los órganos articulatorios de él y de ella ora se abrían, ora se cerraban y en esa explosión erótica los sonidos de los amantes se entremezclaban: los líquidos, los oclusivos, los fricativos, los orales, los nasales, los laterales y los vibrantes, aunque pujaban y se oponían unos a otros, todos encontraban una salida a su furor.

La pasión de Luis y Rosa estaba creando sonidos nuevos y nuevos experimentos fonéticos se abrían a campos hasta entonces no explorados.

Y qué decir de los sonidos vocálicos, su intervalo y emisión duraban más de lo que era habitual en la pronunciación de una palabra. Entre la lucha vocálica descollaban las ‘aes’, las ‘oes’ y las ‘úes’. Sus emisiones jamás salieron con tanto aire y emoción del interior de los pulmones: uuuuu... oooooo... aaaaaaaaa. Todo vibraba en aquella confusión de sonidos, letras, fonemas. Luis ya no era Luis, sino ‘ele’, ‘u’, ‘i’, ‘ese’ y Rosa ya no era Rosa, sino ‘erre’, ‘o’, ‘ese’, ‘a’.

Tras aquella vivencia particular, Luis ha continuado investigando con la que ahora es su mujer y los resultados siguen siendo extraordi-

narios, sin embargo, como aquella primera vez ninguna. En recuerdo de aquella noche ‘fonemática’, ‘letral’ y ‘sonora’ Luis, más o menos por la misma fecha, 22 de abril, explica la fonética y la fonología y pone tanta pasión en su exposición, que los alumnos enseguida captan la esencia de aquellas dos ciencias lingüísticas.

Entre pensamientos y recuerdos llega por fin a su casa donde lo espera ‘erre’, ‘o’, ‘ese’, ‘a’.

LA VIDA DE D. P.  
José Antonio Martín Viñas



El día de su revelación, Diego Paniagua había salido a ojear los libros que se exhibían en los soportales de la Plaza Mayor de la ciudad donde vivía. Quería olvidar muchas de las circunstancias de su vida: un matrimonio que se había desvanecido como se desvanece el alba con la llegada de un nuevo día y un trabajo que a sus cuarenta y ocho años no le había proporcionado aquello que los expertos llaman dignificación. Recoger y clasificar documentos en la administración de Hacienda no había sido nunca la concepción de un oficio para un hombre acostumbrado a la minuciosidad, al detalle de la vida. Al llegar a su casa, solo una manía lo tranquilizaba y lo reconciliaba con el mundo: recoger los hilillos de pelusa que se escondían bajo las puertas de su vivienda. Tirar de un hilo de pelusa era para él como para un arqueólogo descubrir un hueso de fémur. La sensación de sacar de debajo de las puertas aquellos gusanitos de seda proporcionaba a Diego Paniagua un placer inconfesable. En cambio, de su oficio solo podía extraer datos fríos, estadísticas y en muchos casos siglas, siglas en documentos, siglas en actas, siglas en órdenes. Las siglas, otro deleite para entretener su vida. Consideraba que el lenguaje de las siglas era como el de los enigmas de los jeroglíficos, quienes las habían inventado buscaban, en una especie de juego secreto, la confidencialidad del receptor y a la vez escondían la curiosidad perturbadora del ser humano.

En ese momento, mientras paseaba por los soportales, Diego Paniagua pensaba que así era, que el lenguaje de las siglas era el lengua-

je de los misterios que albergaba el ser humano y lo asociaba a su niñez y a los mensajes religiosos (INRI, D.E.P., a.C.). Pero las siglas continuaban salpicando la vida, sobre todo en las páginas de los periódicos. Cuántas veces había leído: «un accidente de tráfico se cobra la vida de A. R. S., de treinta y dos años» o, «muere asesinado por arma blanca un varón de cuarenta años, de raza blanca, cuyo nombre responde a las siglas L. M. C»... Accidentes, asesinatos, guerras son turbulencias humanas esperables cada día en los periódicos, pero, ¿y las siglas?, qué ocultos nombres esconden, qué porcentaje tengo de conocer esas iniciales si el periódico es local, acaso será alguien al que ayer mismo tramité sus papeles. Las siglas fascinan porque son como las ropas interiores, que sugieren, pero nada muestran.

Mientras iba elucubrando estas y otras teorías, Diego se entretenía en cada puesto de la plaza. Ahí estaban, apilados, los libros, como recién sacados del horno de las editoriales, expuestos a las miradas, listos para ser examinados. Paniagua, parsimonioso, oteaba los títulos sugerentes, los autores, la encuadernación, la tipografía textual, los comienzos y, a veces, agazapado entre la muchedumbre, se regocijaba con el olor de las hojas.

Diego era un entusiasta lector. Era capaz de atrapar un libro y no dejarlo hasta su conclusión y su pasión por la lectura era tal que, cuando llegaba al final, caía en un pequeño vacío existencial, ya que había dejado en el camino demasiadas amistades de ficción, que para él eran más reales que las que hasta ese momento se habían cruzado en su camino, y se iban así de las páginas, sin avisar, simplemente porque al autor se le había acabado la vida de sus personajes.

Pero volvamos al asunto que nos ocupaba en un momento de este relato, las siglas. Ellas son el final de la comunicación y el principio de la incertidumbre. Ya dijimos que Diego Paniagua era amante de estos signos. Para él, reducir el mundo a siglas era el ideal de la simplicidad, el ideal de captar la esencia de las cosas como el perfumista capta la esencia de las flores en una síntesis aromática o como el físico reduce toda el agua del mundo a una expresión tan simple y sencilla

como H<sub>2</sub>O. La sigla es como deshinchar el globo terráqueo y guardarlo en una caja para, al día siguiente, volver a inflarlo y que todo vuelva a funcionar como el día anterior. Sin embargo, todos sabemos, y Diego Paniagua también, que las cosas no son tan simples y fáciles como reducir todo a unas iniciales. Esto lo pudo comprobar el día en que abrió el diccionario y buscó el vocablo 'sigla': «Palabra formada por el conjunto de letras iniciales de una expresión compleja». Cómo es posible que la lógica del mundo sea tanto caos. Por qué no sería más sencillo ir de lo fácil a lo difícil y no viceversa, por qué no primero la sigla y luego la expresión compleja. Tal vez porque el juego del lenguaje es mucho más rico así. Qué sentido tendría una letra, si no ocultara otra información. Sin embargo, cuántos equívocos, cuántos juegos aportan las abreviaturas. Aquí viene muy a propósito la carta que en su día le envió Diego Paniagua a su ex mujer en la que prácticamente toda iba con signos extraños que ella no identificaba. Solo era un juego de conquista, un enigma de amor que se resolvería con otras cartas, así hasta el matrimonio, que fue el principio de la expresión compleja de que habla el diccionario.

Diego Paniagua continuaba observando el vaivén de la gente y el manoseo a que eran sometidos los libros como reses en el mercado de ganado. No buscaba un libro concreto. Últimamente se dedicaba a releer algunos de los que colmaban su biblioteca y que tenía ya olvidados tanto en su contenido, como el que dispusiera de ellos en sus estanterías; sin embargo, el destino quiso colocar delante de sus ojos un título, un título con juego y enigma incluidos: «La vida de D. P. por M. S»... «Vaya, vaya, vaya», —pensó—, «he aquí un libro que llama a la puerta de la curiosidad, que llama a la síntesis del saber. Qué juego tan interesante entre el título, con sus siglas y el autor también con sus siglas correspondientes». El azar quiso poner al alcance de Diego Paniagua un libro que en general pasaba desapercibido. El librero, sin duda, también lo colocó al azar como en tantas otras ocasiones en otras ferias. Diego Paniagua había recorrido ya varios puestos y en ninguno de ellos se había percatado de que tal título se mostrase tan



patente como en aquel lugar, lo que le llevó a concluir que era un libro para minorías, un libro de tantos que alguien consigue publicar y del cual se venden únicamente algunos ejemplares y el resto, lo que sobra, se expone en algún rincón de algún puesto, por si a algún excéntrico le da por comprarlo. Y ahí estaba Diego Paniagua, ese excéntrico ávido de siglas enigmáticas. Quién sería aquel D. P., sin duda protagonista del relato, y su autor, por qué firmaba con siglas. Sería comprensible que si fuese un autor de sobra conocido se permitiese la licencia de desafiar a sus lectores con su abreviatura, pero para Diego Paniagua aquellas siglas no se vinculaban a ningún autor conocido por él; no obstante, el poder fascinador de las iniciales atraía la curiosidad de Diego y no pudo por menos que adquirirlo. Y qué decir de la editorial, que también aparecía rubricada con unas siglas desconocidas. Sin embargo, el olor de sus páginas parecía cercano, envolvente, nostálgico e inquietante. Ni una sola aclaración sobre el autor, ni una sola introducción, ni una sola declaración, cita o dedicatoria. Solo la vida de D. P. Qué casualidad, las siglas de Diego Paniagua.

Después de su paseo, fructífero sin duda, Diego Paniagua regresó a su casa, un piso de alquiler apenas sin amueblar, salvo las estanterías de libros que recorrían las paredes del salón y las puertas que ocultaban misteriosos hilos de algodón. Aquel lugar casi desnudo de objetos y de personas era el lugar de residencia de Diego desde que se había separado de su mujer. María, su ex, había soportado demasiado las excentricidades de su marido y harta de reproches y de soledad, una tarde, después de un café y unas pastas, consideró que era el momento oportuno de hablar seriamente con su marido. Diego Paniagua escuchó absorto las razones de la separación y, sin apenas pestañear, aceptó la decisión. Diego había conocido a María en un paso de peatones. Ella iba preocupada por los problemas de su trabajo. Era profesora de inglés en un colegio de primaria y esa mañana en que coincidió con él iba elucubrando sobre unas actividades de pronunciación para sus alumnos. En un despiste, María estuvo a punto de ser atropellada por no darse cuenta de que en el semáforo se iluminaba el hombrecito

rojo, en lugar del verde. Pero Diego estaba allí, presto a alargar su mano salvadora. «Me ha salvado la vida», le había dicho María. «Usted en mi lugar hubiera hecho lo mismo», había respondido, con aire benefactor, Diego. María era unos años, pocos, mayor que él; sin embargo, su aspecto era muy juvenil, capaz de aparentar muchos menos que el propio Diego. A partir de aquel traspies, María y Diego fueron intimando, ella porque quizá se sentía deudora de aquel enorme favor y él porque creía que aquella mujer le aportaría lo que le faltaba a su vida, amor y confianza para desvelarle su vida. Al principio de la relación todo iba bien, sobre todo por el juego de siglas en las cartas que Diego le enviaba a María. Todo esto prometía una larga vida de pareja y no dudaron en casarse. Pero con el tiempo la creatividad amorosa se agotó y se transformó en agobio. Los niños tampoco llegaron jamás, ni siquiera se lo propusieron. «Gracias por haberme salvado pero, ya que tengo de nuevo vida, quiero seguir disfrutando de ella». Así clausuró María su matrimonio con Diego.

Una vez en su pisito modesto, Diego Paniagua dejó su adquisición de la feria sobre una mesita que constituía casi todo el mobiliario del salón y se preparó un café. Antes observó un hilillo por debajo de la puerta de la cocina y con paciencia fue tirando de él. Era bastante largo, lo que le recordó que tenía que adecentar un poco aquella vivienda; sin embargo las tareas domésticas siempre se podían posponer y pensó que ya se ocuparía cuando tuviese necesidad de hacer ejercicio físico; ahora era su mente la que reclamaba su atención. Como buen cafetero, sabía que los placeres, como en este caso sería la lectura de aquel libro misterioso, necesitaban un acompañamiento, un cicerone capaz de dirigirlo por todos los rincones desconocidos del universo ficticio o real, y qué mejor que el licor negro.

Y por fin, ahí estaba Diego moviendo, cual prestidigitador, el dedo pulgar e índice de la mano derecha mientras la izquierda sujetaba con seguridad el lomo de ese pequeño volumen. Nada más iniciar la lectura, se quedó sorprendido, aunque no estupefacto —por el momento—, pues el relato seguía un orden cronológico, nada extraño, por otra

parte, por narrar la vida de una persona; sin embargo, el hecho de que el tal D. P. hubiera nacido en la misma provincia del norte del país, donde casualmente había visto la luz él mismo, era, cuanto menos, llamativo. Ahora bien, si tenemos en cuenta que una provincia del norte en su conjunto, incluida la capital y todos los municipios, puede albergar a trescientas mil personas más o menos, no resulta extraño que un hombre o una mujer de ficción o real coincidiera con el origen de algún lector; así lo razonaba Diego. Los sobresaltos llegaron en páginas sucesivas y su corazón, a la par que todo su ser, se estremeció de horror cuando comprobó que datos exclusivos de su vida se paseaban por aquellas páginas que estaba ojeando. Cómo era posible que D. P. hubiera estudiado en el mismo colegio, en el mismo instituto y en la misma universidad que Diego Paniagua. Cómo era posible que hubiera tenido, y en las mismas circunstancias, los mismos amores, los mismos temores y, lo que fue su sorpresa suma, el mismo trabajo en la misma ciudad en que Diego ahora residía. Qué broma era aquella. Qué expresión compleja, qué juego perspicaz escondían aquellas siglas. Diego Paniagua quedó convertido en estatua de mármol o de piedra en el centro de aquel museo en que se había convertido su vivienda.

La verosimilitud es sin duda una propiedad de la literatura, es decir, narrar ambientes y mover los hilos de una acción humana compleja deben ser creíbles para el receptor de una ficción y por eso no resulta inverosímil que el lector se identifique con la actitud o el pensamiento de un personaje concreto de la historia e incluso podría considerarse la hipótesis de que compartiesen muchas circunstancias de la vida, ya que un personaje de ficción es, al fin y al cabo, una mimesis de la realidad. Sin embargo, lo que le pareció increíble a Diego Paniagua era que tal coincidencia exacta se pudiera dar entre un personaje de ficción y él mismo. «Tal vez» —pensaba Diego Paniagua—, «he leído demasiado y, cual Quijote, se me ha secado el cerebro y ahora soy presa de una especie de transposición a través de la cual leo lo que realmente he vivido o estoy viviendo». Quizá el café lo había excitado hasta límites desconocidos para él o quizá su estado exaltado se debía

a los últimos acontecimientos de su vida. Tras estas reflexiones, continuó con su lectura y con su estupefacción, pues, según avanzaba, los hechos de su vida eran mucho más cercanos y los detalles más nítidos: las muertes de sus padres en un accidente hacía cuatro años y, lo que era más increíble, la separación de su mujer hacía apenas unos meses. No cabía duda ya, D.P. era Diego Paniagua o Diego Paniagua era D. P.; en cualquier caso, el orden de los factores no alteraba los efectos que todo ello producía en el personaje.

Diego apartó con temor aquel libro que para él se había transformado en un objeto diabólico y, tras engullir de un solo trago dos vasos de agua, comenzó a cavilar y sobre todo a investigar. Lo que acababa de leer y lo que estaba a punto de leer no tenían sentido, no entraban en lo que se ha llamado sentido común o leyes físicas de la naturaleza. Había que buscar las causas de los hechos, pues las cuentas, salvo fraude, siempre dan los resultados esperables. Paniagua consideraba que había que intentar descifrar las siglas del autor, pues, no cabía ya duda, alguien muy cercano a él le estaba gastado una broma y, sin saber cómo, había accedido a ciertos detalles de su vida que él creía libres de cualquier sospecha exterior y, de la misma forma, ese bromista había conseguido publicar algunos ejemplares de un libro basado en su vida, simplemente para divertirse. Así comenzó a buscar el posible autor que se escondía en aquellas misteriosas siglas, M. S.

«¡Oh Dios —exclamó de repente—, María Sánchez, mi ex mujer». Sin razonar su absurda conclusión, telefoneó a María para que le explicase aquella broma de mal gusto.

—Hola, soy Diego.

—¿Qué quieres ahora? ¿Acaso no habíamos quedado en que era mejor mantenernos alejados? —María respondió de forma seca, sin mediar un saludo, a pesar de que ya hacía un mes que no sabía nada de Diego.

—No quiero molestarte, simplemente quiero saber si nuestra vida fue tan dichosa como para escribirla.

—¿Te crees tan importante como para que yo que jamás, y tú lo

sabes bien, me dediqué a esto de la literatura, ahora de forma súbita haya perdido el tiempo, nada menos que para escribir nuestra propia vida? —añadió, casi sin respirar.

—Entonces, ¿qué?, ¿no has escrito nada sobre mí?

—No, siento defraudarte.

Tras esta conversación que, como se ha podido comprobar, era simplemente informativa, sobre todo para Diego, los auriculares regresaron a sus lugares.

Diego Paniagua, ausente de sí mismo, alargó por inercia la mano izquierda y retomó la lectura. Las piernas le temblaban, el corazón se le salía del pecho y el sudor, con olor a café, fluía de sus sienes. La vida, la propia vida de Diego Paniagua, estaba saliendo a borbotones de aquellas páginas. Y a punto estuvo de sucumbir cuando en una de sus páginas leyó: «El día de su revelación, Diego Paniagua había salido a ojear los libros que se exhibían en los soportales de la Plaza Mayor de la ciudad donde vivía». No daba crédito a lo que estaba leyendo. Todo había ocurrido esa misma mañana en que el libro ya estaba en los puestos de la feria, redactado, escrito, publicado y listo para ser leído. Cómo era posible que un libro se escribiese según lo iba leyendo el lector. La locura se apoderó de sus meninges cuando unas páginas más adelante pudo comprobar que se recogían las palabras vertidas apenas unos minutos antes entre él y su ex mujer, la presunta autora de aquel delirio.

—Qué está ocurriendo, —gritaba Diego Paniagua—. Mi vida está escrita, está profetizada. Quién está escribiendo mi vida, ah de la vida, que alguien me responda.

P.D.: Pobre Diego Paniagua (D.P.), siendo un personaje de ficción se ha creído que era real. Qué fácil es manipular la vida ajena, aquella vida que un autornarrador, como yo, M. S., ha creado y ha presentado y seleccionado para ti, lector. Ten cuidado, te advierto, no vaya a ser que cuando leas otro relato u otra novela tu propia vida aparezca reflejada.

ALGO MÁS QUE MI PIEL

Agustín



Seguramente te resulte muy complicado pensar que la belleza pueda llegar a resultar algo malo, parece que siempre añoramos aquello de lo que carecemos, puede ser que seamos unos eternos inconformistas, qué sé yo, lo importante es darte cuenta a tiempo y eso a veces es lo que no logramos.

Mi niñez la recuerdo como la etapa más bonita de mi vida, lástima que se me hiciera tan corta, aunque bien mirado, quizás fuera porque disfruté como nunca lo he hecho en mi vida. Todo el mundo se deshacía en elogios, mi familia me aportaba todo el cariño y ternura que necesitaba y mis amigos hacían que los ratos que pasaba con ellos fueran de lo más divertido.

Yo vivía en un pequeño pueblo, era una niña que pasaba el tiempo libre en la calle, jugando en la plaza del pueblo y en verano caminando los dos kilómetros escasos que nos separaban del río, lugar del que guardo los mejores recuerdos, no solamente por lo que disfrutábamos nadando, sino por los paseos, la merienda, en fin, porque nos pasábamos prácticamente todo el día allí.

Fue a partir de los catorce años de edad cuando empecé a ser consciente de la admiración que despertaba en los demás, hasta entonces todos los halagos que recibía me parecían de lo más natural, pues a todos los niños les decían lo guapos que eran o eso me parecía a mí, quizás porque para mí no resultaba algo excesivamente importante y yo me veía igual que el resto.



El momento clave en mi vida vino a los dieciséis años, cuando mis padres deciden irse del pueblo, para iniciar una nueva vida en una gran ciudad. Recuerdo que viví la situación con gran angustia, me veía lejos de mis amigos, lejos de la gente que me aportaba seguridad, ¿Qué pensarían mis nuevos amigos de mí? «Seguramente me verán como una pueblerina» me decía a mí misma.

Los primeros días en el Instituto me sirvieron para darme cuenta de que no tendría problemas para adaptarme a esa nueva vida. Era increíble ver cómo todo el mundo me miraba con admiración, todo el mundo me decía lo guapísima que era, mis amigas, los chicos, los profesores, empecé a ver mi belleza como una tabla de salvación, me aportaba la seguridad que ahora no tenía sin mis amigos del pueblo.

Mis amigas me animaron a presentarme a un concurso de belleza. Aunque a regañadientes me convencieron, porque aunque yo me veía muy bien, no soportaba la comparación con otras a las que yo veía preciosas e inalcanzables. La mala fortuna quiso que ganara el concurso, digo mala fortuna porque creo que mi vida hubiera cambiado si no hubiera ganado ese concurso. A partir de entonces me empezaron a llover los contratos y comencé una carrera dedicada al mundo de la belleza, de pasarela en pasarela y sin tiempo apenas para compartir con mi familia y amigos.

Comencé a cuidar mi aspecto exterior, no podía pasar un momento sin arreglarme, antes de salir de casa me pasaba horas maquillándome para intentar salir lo más guapa posible. Al principio solo era al salir de casa, pero luego, hasta dentro de casa no podía permitirme estar despeinada o vestida más que acorde a mi belleza.

Me obligaba a estar perfecta, cuidaba mi alimentación, el ejercicio, todo estaba enfocado a mi aspecto físico. Sin embargo, muy dentro de mí, mantenía una lucha interna, me sentía vacía, sin rumbo, sentía como si esa persona a la que admiraban no fuera yo, pero además sentía pánico a que esa persona no fuera digna de admiración, me hacían sentir tan importante los demás y sin embargo yo no era capaz de quererme a mí misma. Pasaron los años intentando ocultar esa lu-

cha, di prioridad a mi exterior y me puse una coraza que a la larga se destruyó, el paso del tiempo es inexorable.

Alrededor de la treintena fue cuando llegué al límite, todos los que me admiraban, comenzaban a mirarme con otros ojos y a decirme lo delgada que me veían, aun sin decírmelo, lo notaba en sus ojos. Lejos de preocuparme yo seguía en lo mío y pensaba que me tenían envidia y que lo hacían para hacerme daño, mi familia nunca me había comprendido y siempre habían estado en contra de mi dedicación al mundo de la moda, por lo cual sus comentarios no los tomaba en cuenta.

Seguramente tendría que haberles hecho caso, pensaba de camino al hospital. De todos modos, lejos de tener miedo, sentía que nada malo me pasaría pues hacía ya varios años que había perdido la ilusión por vivir, pronto un pitido agudo y continuo certificaba mis pensamientos.

Difícilmente podría describirte la sensación que estoy sintiendo en este momento, noto que apenas peso nada, no puedo verme y sin embargo, creo que nunca había estado tan cerca de mí misma, avanzo suavemente, sin prisas, no tengo que llegar a ningún sitio, siento una calma interior maravillosa, no me apena verte allí, inerte, fría. Debería sentir pena, hemos estado juntos toda una vida y gracias a ti he disfrutado de todas las sensaciones posibles, buenas y malas. Siempre he creído que no podría vivir sin ti, y ya ves, aquí estoy caminando sin rumbo fijo y sin importar a dónde voy.

Seguramente te preguntarás cómo puedo disfrutar de este momento, tú, tan racional, constantemente analizando todo, pensando que eras imprescindible, que la gente me valoraba tanto gracias a ti, tan elegante, tan bella, lo que son las cosas, me había identificado tanto contigo, que creía a ciencia cierta que éramos una, que cuando llegara este momento habría acabado todo.

Cómo he podido estar tan equivocada, cuánto tiempo desperdiciado, estoy segura de que mi vida hubiera cambiado por completo de haberlo sabido, aun así, yo voy camino de descubrir algo realmente maravilloso y tú, sin embargo, con todo lo importante que te sentías, resulta que ya no eres nadie.



ENCONTRAR EL CAMINO

Agustín



Era difícil para mí entrevistarle, ahí estaba yo sentado con David Stinger, uno de los maestros espirituales más importantes del mundo y el gurú de mi esposa, pero había algo que él desconocía que me hacía insoportable su presencia.

Aún queriendo ocultarlo, apenas podía reprimir las lágrimas. Él se apercibió de ello y me puso la mano en la cabeza en un gesto lleno de ternura y comprensión, pero yo no estaba preparado para ello y le retiré la mano. Contrariado, me dijo que no haríamos la entrevista hasta que le contara qué era lo que me pasaba, intuyendo seguramente que había algo personal en mi reacción.

En realidad, yo estaba deseando que me lo pidiera, así que empecé con mi historia.

Hace ya más de dos meses que sufrí un accidente de tráfico en el que murieron mi esposa y mi hijo pequeño, habíamos salido a cenar con unos amigos y sus hijos y yo como de costumbre había bebido más de la cuenta, solo recuerdo que en una curva tomada a gran velocidad, nos caímos por un terraplén.

Al día siguiente, al levantarme y mirarme al espejo, sentí que la vida no merecía la pena, que esa persona que yo veía en el espejo era un miserable, incapaz de escuchar a los demás cuando me decían que dejara la bebida. Mi orgullo me impedía ver algo malo en mí, sin embargo ahora me veía como un ser vacío, sin valor ninguno, ni siquiera creía que pudiera tener el valor de acabar con mi vida. De todos mo-

dos, me decía a mí mismo, que cuando reuniera el valor suficiente, lo haría.

Los días siguientes fueron de ceremonias que lo único que consiguieron fue ahondar más en la herida, no podía soportar las caras de indignación, reproche e incluso de odio en algunos familiares de Ana.

Varias semanas después de la tragedia, comencé a plantearme la manera de acabar con mi vida. Había terminado con todas las reservas de alcohol que había en la casa y necesitaba estar ebrio durante todo el día para no pensar en el accidente y en mi familia, pues la angustia era tan grande que me provocaba ahogo... quizás hasta podría morir de angustia, pensaba para mis adentros.

Estaba seguro de que todo el mundo se alegraría de mi muerte, pensaba que era lo que me merecía por lo que había hecho a mi familia. Decidí escribir una carta para mi familia, explicarles cómo me sentía, que me perdonaran por lo que les había hecho. Mientras escribía sollozaba como un niño, apenas era capaz de escribir varias palabras, cuando tenía que dejarlo, tenía tanta rabia acumulada...

Me levanté de forma súbita y al girarme tiré un libro de la estantería. Me encerré en el baño y empecé a chillar, gritaba, gritaba y gritaba, intentando sacar toda la rabia acumulada, me odiaba, afloraban todo tipo de sentimientos negativos, me decía que me merecía todo lo que me pasaba, pegaba puñetazos a todo lo que encontraba, rompí el espejo, la mampara del baño y me tiré al suelo desesperado. Cuando abrí los ojos, tenía al lado de mi mano un trozo de cristal del espejo, pensé en cortarme las venas o clavarmelo en el pecho, pero cuando estaba a punto de hacerlo, recordé que no había acabado de escribir la carta, tenía que aprovechar ese momento, debía hacerlo rápido, corrí desesperado para terminar de escribir la carta y al entrar al estudio me tropecé con el libro que había en el suelo, no podía dar crédito a lo que estaba viendo, era el libro favorito de Ana. Le había prometido cientos de veces que algún día lo leería, para ella era un manual de vida, me decía siempre lo mucho que le había aportado a su vida, que desde que lo había leído se había vuelto mejor persona, más humana, y creía a

ciencia cierta que a mí también me ayudaría. Sin embargo yo le daba largas porque era incapaz de leer cualquier libro que estuviera relacionado con ese autor, era algo que siempre le había ocultado.

¿Y si todo esto fuera una señal? Era incapaz de seguir escribiendo, pues me venía a la cabeza continuamente que tenía que honrar la memoria de Ana, se lo debía, pero era tanta la rabia que tenía, que se me hacía muy difícil, pero quizás tendría una muerte más digna si fuera capaz de hacer ese sacrificio por ella.

Se me hizo la noche leyendo, pero tenía que terminar, me había costado mucho empezar, no podía dejar de pensar en la persona que lo había escrito, tenía tanto resentimiento... Sin darme cuenta, llegué a convencerme de que era mi Ana la que me lo leía y me emocionaba continuamente, pero esta vez las lágrimas no eran de rabia, y por primera vez, desde el accidente, dejé de sentir esa presión en el pecho y podía respirar sin mucha dificultad.

Sea por lo que fuere, el libro —que era una fábula sobre el sentido de la vida— obró el milagro, me aportó algo muy importante y que fue hacerme ver que todavía había esperanza.

Durante los siguientes meses, conseguí dejar de beber y recobré mi faceta de periodista, pensé en escribir un libro sobre lo que me había sucedido y me di cuenta de que la escritura me liberaba y me hacía disfrutar de nuevo.

Llevaba media hora más o menos contando mi historia a David, cuando me di cuenta de que todavía no había sido capaz de mirarle a los ojos, por lo que armándome de valor, le dije que gracias a su libro había podido seguir viviendo y que quería agradecerle lo feliz que había hecho a mi mujer, Ana, durante muchos años de su vida.

—Es lo más bonito que me han dicho jamás, me hace enormemente feliz poder ayudar a los demás, haciendo lo que más me apasiona, que es escribir —me dijo visiblemente emocionado David. —De todos modos, sé que hay algo más que me tienes que contar y debe de ser algo personal, me gustaría que me lo contaras —me dijo en un tono amistoso.



—Tienes razón —le dije—. Yo he venido en calidad de periodista, pero solamente quiero hacerte una pregunta y quiero que me respondas con sinceridad. ¿Por qué me abandonaste cuando solamente era un niño? —le pregunté sin poder contener las lágrimas.

Pasaron unos segundos que se hicieron eternos, hasta que después de meditarlo me contestó que él nunca fue consciente de mi existencia hasta que cumplí los once años, que se enteró por un familiar de mi madre y que no quiso alterar mi vida pues no sabía como iba a reaccionar yo, después de tantos años sin saber de él.

A continuación, nos fundimos en un abrazo emocionado, era visible que los dos queríamos darnos una segunda oportunidad y yo encontraba al padre que nunca había tenido y además Ana se sentiría muy feliz de que una de las personas más importantes de su vida, fuera la persona que me dio la vida por dos veces.

LOS QUE VIVIMOS Y AMAMOS

Arturo Rodríguez de Miñón



Toda la grandeza que implica participar, con conciencia de ello, en el juego de la vida, justifica la existencia del ser humano. No sabemos con certeza para qué estamos aquí ni para qué se nos ha dado semejante poder evolutivo y una inteligencia de gran potencial creativo y destructivo. Somos pequeños dioses, parte o reflejo de un solo dios o de posibles dioses infinitos y eternos.

El ser humano tiene facultades especiales que lo han convertido en dueño de su destino. La humanidad y el resto de las especies vivas son como un conjunto interrelacionado de células que luchan por la supervivencia propia y por la del cuerpo común al que pertenecen y defienden por instinto. Somos las obreras de un infinito y complejo hormiguero cósmico.

Desde que existe testimonio de la existencia humana, sabemos que el hombre ha concedido gran importancia a lo sobrenatural, sin tener jamás pruebas contundentes de la existencia de seres sobrenaturales a los que deba su existencia, respeto o adoración. Ha elaborado sofisticadas religiones para tratar de relacionarse con los dioses y, en consecuencia, con su prójimo. En ocasiones creó imágenes de dioses que con frecuencia fueron espantosas, pues así trataba de conjurar sus temores a lo inexplicable cuando se sentía amenazado por los fenómenos naturales que alborotaban su pensamiento.

Con el avance de las civilizaciones, los recreó a su imagen y seme-

janza, los humanizó, los fue controlando. Se ha reconocido criatura de ellos y en dependencia de ellos y de su benevolencia. Ha escuchado y seguido o inmolado a innumerables profetas. Se ha dado leyes de convivencia para satisfacer la supuesta voluntad divina y protegerse de su ira y castigo. Ha hablado a otros hombres en nombre de los dioses. Ha vivido bajo su marca, ha matado, esclavizado, sufrido y gozado por ellos. Ha renunciado a ellos o los ha ignorado. En definitiva, el hombre es un animal religioso, altamente peligroso, con necesidad permanente de trascender su realidad para evitar la tortura del supuesto absurdo de la existencia, nacer para crear, procrear y morir, tratando de ser feliz. Por ello, su necesidad de buscar inmortalidad y felicidad más allá de la vida, pero el ser humano no es feliz, aunque la mayor o menor capacidad de adaptación al medio y una óptima segregación de diferentes hormonas sean capaces de crearle ciertos espejismos pasajeros. Entre ese tipo de ser humano se encuentra nuestro hombre. Un sin sentido ejemplar humano que no tardó demasiado tiempo en ser consciente de que toda religión, como otras muchas leyes humanas, puede ser un freno de proporciones siderales a la libertad y por tanto a la felicidad y al amor libre, pero jamás negó con contundencia la posible existencia de lo sobrenatural, aunque diseñó y vivió su vida alejado de tan sublimes ruidos, sin dejar de considerar que, tal vez mañana, tendría tiempo para volver a ellos.

Por todo ello, Tomás, nuestro hombre, se dedicó al amor. A amar sobre todas las cosas a la MUJER. Las amó con toda la ternura, cariño y pasión de las que fue capaz. Construyó alrededor de cada una de ellas un universo de fantasía romántica. Las consideró la única manifestación universal de que los dioses pueden existir si se les piensa a través del amor a una mujer. Y adoró a EROS, el primer dios creador del universo, según la *Teogonía* de Hesíodo. Se puso bajo el manto celeste Afrodita Urania, la que surgió de la espuma del mar, la diosa del amor bueno que Platón describe en *El Banquete* y Homero ensalza en *La Ilíada*. A pesar de su agnóstica existencia, él siempre los consideró sus dioses protectores y los situó, graciosamente, en un trono de su pen-

samiento. Tomás adoraba la mitología grecorromana y el pensamiento de los antiguos griegos, padres del pensamiento moderno. Tanto fue así que él mismo se identificaba teatralmente con uno de los héroes de la Guerra de Troya, Diomedes, el que con su lanza y la ayuda de Ateña hirió al sangriento dios Marte, haciéndole abandonar la batalla.

Sus dos primeros grandes amores tuvieron un final, aunque su delicioso recuerdo alimentaba el pensamiento de su corazón con la esperanza de volver a encontrar EL AMOR antes de empezar a morir. Y así fue. Los dioses le brindaron una nueva oportunidad de amar y lo hizo poniendo toda la imaginación que el hombre emplea en el arte amoroso para convertir la necesaria y vital reacción biológica en algo rebosante de belleza y misticismo.

Como todo milagro, sobrevino por una casualidad seguida de posteriores casualidades. La conoció durante la boda de un familiar común y quedó embrujado, fascinado. Así lo describe Tomás en uno de sus diarios:

Anoche asistí a una boda. Inesperadamente, después de la cena, capturó mi atención una mujer que solo conocía por interesantes referencias sobre su vitalidad. Toda su persona emanaba empatía, energía y poder de hembra madura y activa. Una belleza de unos treinta y cinco años con una presencia firme, fuerte, y a la vez con cierta fragilidad magnética, cautivadora, embrujadora. Alta, delgada y bien formada. Cutis perfecto, suave, rostro de bien definidos rasgos y ángulos, ojos pequeños, acusadores, llenos de fuego, piel algo bronceada y tersa, pelo negro tirante recogido sin trampas en una cola de caballo. Apenas sujeto por dos finísimos tirantes, llevaba un bonito y ligero vestido verde escotado que liberaba sus hombros y espalda y permitía sentir viva toda la piel de su ágil figura, sus suaves caderas, las nalgas pequeñas, prietas.

Es el tipo de mujer que deja mudo. Es una belleza que sobrecoge mientras penetra en tu cuerpo como un rayo que abre una dulce herida, algo cálido que llega hasta las entrañas y despierta, instantáneamente, el deseo de mimarla, de tenerla desnuda y bien abrazada, piel contra piel.

La contemplé al pasar cerca una y otra vez, recorría con felina agilidad el

salón de un lado a otro, charlaba con unos y con otros sin entretenerse demasiado con nadie. Yo la miraba con cierto disimulo y encendido deseo, hasta que, tomándola suavemente de un brazo, la atraje hacia mí. Fue como apresar algo lleno de vida y agitado pensamiento. Ella se detuvo, dispuesta a explicarme quien era. No hicieron falta muchas preguntas para que me empezara a contar su vida. Cuando nos separamos, pensé que el destino nos ofrecería algún día un nuevo encuentro. Pasaron quince meses durante los que nada supe de ella, aunque la pensaba con frecuencia.

Poco después de darme de alta en una conocida red social, nos encontramos en el universo virtual. Intercambiamos numerosos mensajes y comentarios en nuestros perfiles, chateamos, nos enviábamos correos y la ternura, la curiosidad y el cariño mutuo fueron creciendo de forma asombrosa. Éramos protegidos de los dioses que mimaban sin pausa nuestro encuentro, alentando nuestro deseo de vernos. En uno de los primeros escritos que me envió, copia del que había enviado a su familia, había un párrafo que describía una triste infancia, presidida por los malos tratos:

*... A nadie le deseo la niñez y juventud que yo pasé. Si hubo cosas buenas... no lo sé, no las recuerdo.*

*Me cuesta muchísimo ser como los demás me veis, a veces me cuesta hasta sonreír. Tengo una paciencia que nunca hubiese imaginado, educo a mis hijas dentro de una disciplina normal, con todo el amor y cariño del mundo y sin violencia (una vez di tres azotes a una de mis hijas y pasé la tarde llorando).*

*Creo que estoy llena de rabia y rencor sin querer sacarlo, también estoy llena de amor por dar. Todo eso me esta matando, necesitar tanto amor y a la vez querer estar sola y tranquila sin escuchar a nadie.*

Aquellas palabras que me confiaba, me hicieron comenzar a amarla. Despertó en mí un intenso deseo de ofrecerle la ternura que había faltado en su vida y que yo supuse no llenaba su matrimonio. Pues tanto ella como yo estábamos casados.

Transcurría así aquel mes de enero y nunca habíamos usado el teléfono. Un día por un mal entendido en uno de nuestros frecuentes chats, sentí un

horrible ataque de celos. Me contaba que iba a comer con un amigo de la infancia y me proponía aprovechar para vernos por primera vez antes de la comida.

«Cómo puede haber alguien tan caradura —me decía a mí mismo— que me proponga ser el aperitivo de su encuentro con otro hombre».

Podía deducir que en ella había un vacío de cariño enorme, debido a su difícil infancia y juventud, y que tenía enormes ansias de colmarlo. Pensaba que tal vez con su marido había entrado en esa fase de acomodo y amistad que a veces es la tumba del ardor, del amor y de una sana relación en los matrimonios jóvenes. Podría aceptar la posibilidad de que hubiera tenido aventuras con otros hombres y que se hubiera entregado a ellas con la misma ternura y calor que me demostraba a mí y lo aceptaba como cosa natural. Pero al pensar en su propuesta, me dije: «si ella es tan libre e insensata como para no darse cuenta de que puede herirme, diré lo que me dicta el corazón aunque pueda causarle daño y desconcierto la forma de decirlo». Emergió de pronto mi orgullo de viejo macho, la vanidad, y sin pensarlo dos veces le envié un mensaje que expresaba la rabia contenida en mis entrañas:

*No me sale de dentro verte antes ni después de tu cita con un amigo de la infancia o con quien fuera. Si algún día podemos o queremos vernos será sin que ninguno de los dos tengamos otro compromiso previo. Esto es duro decirlo así, pero no quiero traicionarme a mí mismo, ni a ti, con citas forzadas o a medias, yo no estaría a gusto y tú lo notarías. Si algún día pudiéramos vernos debe ser para disfrutar, sin sombras ni prisas, ni amigos de la infancia esperándote después de estar conmigo. Sé que me lo has propuesto con todo tu cariño, naturalidad y sinceridad, pero yo tengo mis viejos códigos, llenos de polvo, pero los tengo y es difícil cambiarlos.*

*Me cuesta mucho y me duele enviarte esto, pero lo voy hacer ahora mismo, sin releerlo. No es una caricia y lo siento.*

Estas palabras la confundieron enormemente y yo caí en un debate interno que encomendé a mi álter ego Diomedes:

*Diomedes pide consejo en el Olimpo y los dioses le hablan:*

*«¡Eres un capuuuullo... ! Crees que has encontrado un sueño que no*



*existe, cuando es lo más real y bello por dentro y por fuera que has conocido. Tú estás embrujado, con tus locuras románticas y literarias. Loco por respirar solo el aire que esa mujer parece querer y quiere inyectarte a raudales, como tú haces con ella a través del éter. Ya no sabes si es tu amiga o tu amante... estás embobado. Acaso no te das cuenta que todo esto no es un juego. Ni que podría ser tu último juego, si abandonas ahora.*

*»¡Nos estamos empezando a avergonzar de ti! ¿Cómo es posible que no la hayas hecho tuya todavía? ¿Cómo es posible que no hayas demostrado también tu amor, pegado a su piel y dentro de su cuerpo? Te impresionó desde el primer día, sentiste el ardor del amor, el deseo inmediato por sentirla tuya, de mirarla, de darle más amor del que nunca haya tenido, de arriesgar tu honor en la batalla por ella, y así lo narraste. Ahora que te la hemos ofrecido, que la hicimos volver a tu vida porque sabíamos que seguía ocupando ese rincón de oro de tu pensamiento que siempre acumula belleza y vida, un lugar de ese corazón que por latir como lo hace no envejece jamás. Ahora que te la ofrecemos, por tus eternos servicios a los dioses y los humanos y por la insistencia de Afrodita que alienta amor y deseo todos los días en su pensamiento, y por el empeño de Atenea, tu protectora en las batallas, que todavía agradece tu valor frente al sangriento Marte. Dudas porque piensas que se entrega a otros. Pero es que los ojos, el discernimiento, el valor y ardor que te otorgamos al nacer vas a dejarlos a un lado ¡¡¡estás loco!!!.*

*»Ahora todo ese ardor se está tornando fuego fatuo y la vas a perder antes de haberla tenido en tu lecho. ¡NO te perdonaremos jamás! ¡NO! ¡Serás arrojado del Olimpo! y errarás para siempre por no haber sabido triunfar en esta lid. ¡Tú! que siempre triunfaste en las batallas y a las llamadas de Eros, el dios Amor. Nunca perdonaremos que no le hayas hecho conocer toda la ternura que siempre has derramado con bondad y generosidad sobre las mujeres por ti amadas y que siempre recuerdas con deleite y exaltación de sus dones físicos y virtudes del alma. ¡Ay de ti si pierdes esta ocasión de amar plenamente por culpa de tus polvorientos y rancios códigos! Aprende de ella y búscala siempre donde esté».*

*Diomedes descendió confuso del Olimpo... y volvió a su esencia terrenal.*

Yo me decía: «Todas las dulzuras, ternura, confianzas y consejos que nos habíamos cruzado me parecieron como un alto castillo de naipes o de finas copas de champán dispuestas a venirse abajo y hacerse añicos manchando nuestro naciente idilio».

Poco después le envié un mensaje: «Diomedes ha regresado del Olimpo y está en los infiernos».

Sabía que esa broma a medias le daría cierto consuelo. Yo seguía sin poder pensar en otra cosa que en hacerla esperar, mientras sentía cómo todas nuestras confianzas, ternura y caricias virtuales crecían en el recuerdo y se iban imponiendo a mi súbita rabietta. A los pocos minutos, ella comentó mi mensaje: «Algo habrás hecho mal».

Le contesté: «Eso dicen los diablitos. Pues, a pesar de la hoguera que han montado, aquí hace mucho frío. También veo algunas brujillas en sus escobas volando por aquí, una se parece a ti». Añadí: «¡Sí! ha sido un poco fuerte (me refería a mi mensaje asesino). Seguiré en el infierno. Encontrar por aquí una caricia, está difícil».

Quería expresar que sabía que ella podía estar totalmente desconcertada. Como supe después, lo pasó realmente mal ese día por mi inesperada respuesta a su invitación para vernos por primera vez, cuando era notorio que ambos lo deseábamos y lo habíamos comenzado plantear, aunque con bastante fingido desinterés por mi parte.

Su contestación no se hizo esperar «Te saco, te saco de ese infierno».

Pocos días después tuvo lugar nuestro primer encuentro y así comenzó el apasionado segundo acto de una unión que, con sus luces y sombras, es una completa, brillante y verdadera historia de amor que aplauden y protegen mis dioses.

Y hasta aquí lo que figura en uno de los diarios de Tomás, unos cuadernos que, con muchos otros documentos sobre ese «tercer amor de su vida», llegaron a mis manos acompañados de una nota que decía:

No quiero revivir nada de todo aquello, terriblemente hermoso y trágico, nada queda ya en mi pensamiento Todo ha pasado a ser parte de mis sensibilidades, ocultas al mundo y a mí mismo. Todo o casi todo lo tiene en los

cuadernos escritos con tinta roja como mi sangre y en los archivos electrónicos que le adjunto. Todo fue redactado durante los primeros nueve meses del año pasado, mientras pude hacerlo con pasión. Quisiera que escribiera un libro. Dele la forma que quiera, pero haga todo lo posible por mantener el mismo amor con el que fueron escritos. Mi nombre es Tomás, cambie u oculte también los nombres de los personajes, no quiero herir sensibilidades, ni provocar escándalos más allá de lo necesario. Gracias, y buena suerte.

Así que esta historia no termina aquí.

VÍSPERA DE SAN VALENTÍN

Arturo Rodríguez de Miñón



(Dedicado a todos los enamorados del universo... y a ti, si no lo estás.)

*Mi corazón, donde soy lo que soy.*

San Agustín - Confesiones

*El corazón no es tanto el lugar de los sentimientos personales  
como el lugar de la verdadera imaginación.*

*Apelamos al corazón porque en él es donde lo imaginal  
presenta a la imaginación la esencia de lo real.*

James Hillman – El pensamiento del corazón.

Víspera de San Valentín, un 13 de febrero

Desde entonces él amó el número trece. Aquel fue un día soleado de especial brillo para el amor y la amistad que Tomás disfrutó y recuerda con intensidad. Amor y amistad que crecen, se colman y se derraman por ese cauce a veces lleno y otras vacío de la esperanza, de ansia de ternura en el otro. Agradecer a los dioses el haber conocido el amor y la amistad es hacer justicia al pensamiento del corazón humano. Según la naturaleza que nos acoge se degrada y la humanidad se deja, poco a poco, atrapar en mundos hostiles, el corazón debe saber cómo mantenernos al margen de ese movimiento continuo hacia un

final incierto.

En todo lo creado existe esplendor de vida. Saber cuidar con el aroma del amor, LA TERNURA, ese universo de pequeñas cosas es donde reside el majestuoso secreto de vivir con grandeza el ser humano. Grandeza ilimitada como la del cosmos que habitamos y con frecuencia desatendemos empeñados en la conquista de inalcanzables bienes materiales.

Alguien dijo algo así: «El ser humano intenta constantemente no estar solo, cuando lo que realmente necesita superar no es su distancia de los demás, sino su frecuente incapacidad de inmersión amorosa en ellos». Por ello, nada es más ingrato que el abandono u olvido de los infinitos instantes de gloria que algún día pudimos alcanzar al gozar de la belleza que nos ofrece: el colorido de las flores abiertas, la visión de las aves en vuelo, la serena observación de los campos verdes, de los cielos, montes, ríos y mares y de todos aquellos seres amables que buscan amor y pueden amar y ser amados.

La víspera de San Valentín, Tomás vivió una de las experiencias más bellas que brinda la naturaleza viva en perfecta armonía con los astros, su melodía y los dioses. Tendido sobre la hierba, bajo la luz de un sol que traspasaba el aire limpio e invisible y arrancaba del campo, lleno de olivos, intensos colores, veía brillar sobre él la cara apasionada de su amante con el resplandor de toda mujer amada. Sus ojos, su sonrisa, su negra melena le acariciaban. Ella, desnuda, pelvis contra pelvis, a caballo sobre su cuerpo, se movía con suavidad meciendo muy dentro su sexo. Sus rodillas, sus tersos y firmes muslos, abrazaban sus caderas. Las manos, palmas contra palmas y los dedos entrelazados, conectaban sus corazones.

Él se abandonó a una cálida dicha creciente que invadía su cuerpo. Junto a ellos, de unos pequeños altavoces, brotaba la magia del Caruso de Pavarotti llenando su alma de intensa luz mientras respiraba el aroma de su diosa cuyos labios se acercaron hasta besar con pasión su boca.

Con todo su misterioso poder, los dioses les transportaron a un lu-

gar celeste que solo en contadas ocasiones conocen los humanos. Les elevaron a su paraíso diciendo: «Estáis abrazando la perfección y así os seguiréis amando mientras cualquier temor a este amor os sea ajeno. Lo haréis como los dioses, como los seres inmortales de este reino. Estáis conociendo el placer que solo reservamos a los que luchan por amar y saben cuidar el AMOR con el pensamiento brillante de sus razones».

En aquel instante, Pavarotti cantaba con su limpia voz plena de sentimiento y melancolía en cada palabra:

*Te voglio bene assai  
ma tanto tanto bene sai...*

Te quiero tanto amor

Te quiero tanto, tanto y tú lo sabes bien...

En la distancia amor

Hoy suenan mas que nunca tus palabras...

Su emoción fue tan intensa, se sintió tan unido a su amada, tan integrado en ella y en el escenario y el aria que les envolvía que, sin querer contenerlas, brotaron lágrimas de sus ojos y sollozos de lo más profundo del corazón, la tierna roca de su alma. Ella, con todo el poder de su calor inmenso, le abrazó con fuerza y ternura, compartiendo su cuerpo, su pasión y su llanto. Así, unidos en un solo ser superior al formado por aquellos dos seres semejantes, permanecieron hasta que el Caruso dejó en el aire su última nota. Ella acariciaba su rostro, colmándolo de besos y con suavidad limpiaba sus lágrimas. Fue el éxtasis, la perfecta comunión de dos corazones fundidos de tal forma que sintieron que aquel milagro podría hacerles morir de dicha.

Fue tan arrollador aquel caudal de ternura y pasión compartida que jamás habrá espacio capaz de contenerla, ni celda humana para impedir el vuelo eterno de su recuerdo. Como en todo acto mágico o sobrenatural aquel momento de cariño y pasión, que mis palabras no alcanzan a expresar, quedó dentro de él como el tesoro más valioso que la



naturaleza en perfecta unión con el amor pudiera brindarles.

Cuando Tomás me contó todo aquello, las lágrimas inundaron su rostro. «¡¡No puedo evitarlo!!» —exclamó— siento cómo su inmenso abrazo y suaves caricias trataban de impedir mi llanto, mientras con suavidad limpiaba mis mejillas y sus labios se unían a los míos en un beso inolvidable. Todo mi ser se colmó de un amor que ha quedado en mi corazón para siempre. Pero en aquel momento de dicha me sentí herido, por una intensa melancolía y dolor al pensar, solo por un instante, que toda aquella belleza que habíamos alcanzado podría peligrar un día por temor a otros seres de nuestras vidas que vivían ajenos a nuestro AMOR y a la magia de los dioses y diosas que lo protegen cuando lo siembran en sus elegidos. Aquel instante de temor fue mi gran pecado y en gran medida fue la causa que provocó mi llanto. Siempre supe que... «mi salvación está en Afrodita y mi dolor en la enfermedad de su ausencia»... que solo el temor al amor puede traernos como los dioses proclamaron aquel día de gloria y belleza.

INGENUIDAD  
M<sup>a</sup> Dolores Romero



He bajado a la piscina del hotel, estoy sentada en una tumbona con mis inseparables gafas de sol y una novela. (Es mi disfraz de espía, cotilla, estudiosa de la sociología y de la fauna humana).

En principio no hay nadie que llame mi atención, aquí el turismo es familiar y bastante tranquilo.

Sigo con mi novela pero estoy alerta y por fin me fijo en una familia que acaba de llegar.

Son franceses, madre, padre y dos *enfants* de ocho y diez años aproximadamente. Su aspecto es tan normal que roza lo vulgar, pero hay algo en ella que provoca mi curiosidad: edad indefinida, *kit* playero (gafas, pinza del pelo, cesto, chanclas con flores) pero su gesto es hierático, no sonrío, no protesta, no habla y espera impasible a que su pareja le coloque diligente la hamaca y la colchoneta.

Es entonces cuando mueve ficha, se pone crema y se tumba, coloca sus manos, con las uñas pintadas en color rosa chicle y cargadas de anillos de escaso valor sobre su prominente abdomen y se convierte en una auténtica estatua.

Mientras tanto la actividad de él es frenética, coloca el resto de las hamacas, embadurna a los *enfants* de crema, saca las toallas, gorros, raquetas, da instrucciones a sus hijos, los acompaña hasta el borde de la piscina y vuelve al lado de su mujer que no ha movido ni un músculo. Es entonces cuando ocurre algo que confirma que he elegido bien a los personajes.

Cuando él cree que no les observa nadie se acerca a ella y le besa con pasión un pecho.

Ella, en su tónica habitual, ni pestañea y yo estoy tremendamente impactada.

Es en ese momento cuando en mi cabeza se suceden un torbellino de preguntas: ¿qué le da ella? ¿qué le debe él? ¿es la dueña del patrimonio familiar? ¿qué hecho deleznable ha cometido él que lo tiene sometido al remordimiento? ¿ella ha financiado estas vacaciones? ¿le han diagnosticado una enfermedad terminal? ¿iba a casarse con otro y lo dejó todo por él?

No creo que acierte con la respuesta, seguro que la explicación es más sencilla: él la quiere y ella cree que es normal que la quiera. Me sumerjo en mi novela y siento verdadera lástima por la protagonista, que es una mujer que lucha por su familia a costa de sus ilusiones y de su propia vida.

Cuando vuelvo a mi habitación pienso que he sido injusta, he tomado el camino más melodramático, el de la eterna injusticia, mujeres que dan todo a cambio de nada y mujeres que no dan nada a cambio de todo.

Los hechos que se han desarrollado bajo mi atenta mirada no pueden ser ni tan blancos ni tan negros. Las apariencias engañan, siempre hay un porqué y a mí me encantaría saberlo.

Me queda una semana y, aunque es difícil, intentaré desvelar este misterio que solo me interesa a mí.

La actitud de los dos sigue siendo igual, son rutinarios en todos sus movimientos, sólo cambian los gestos apasionados de él: besos en diferentes zonas, refresco colocado en la mesita, patatas fritas con servilleta sólo para ella... pero todo lo demás es idéntico, sobre todo ella que sigue sin mostrar ni una sonrisa.

Por las tardes no los veo, suelo ir a pasear por el casco antiguo del pueblo, me encantan sus casas de pescadores, su muralla, el castillo y sobre todo tomarme una cerveza mirando el mar y dejando la mente en blanco (realmente nunca he entendido lo de la mente en blanco

porque la mía está cargada de colorido y no descansa ni durmiendo).

Es un pueblo muy pequeño y no es difícil coincidir, pero no hay ni rastro de esta familia, nuestro punto de encuentro es la piscina, no sé dónde pasan el resto del día.

La víspera de mi marcha me los encuentro en un comercio cerca del hotel, están discutiendo con la dependienta pero no se entienden, no hablan castellano y sus caras reflejan angustia.

Aprovecho el momento y hago de intérprete, todo ha sido un malentendido, los niños han cogido unas camisetas para probárselas, la dependienta ha creído que pretendían robar, los ha increpado y los padres han intentado defenderlos, nadie se entendía y el desenlace es una historia más de inseguridad y desconfianza generada por no compartir idioma.

Me han dado las gracias y ella me ha ofrecido una amplia sonrisa (sabe sonreír y además muy bien).

Él ha insistido en invitarme a tomar un refresco con ellos y nos hemos sentado en una terraza, enseguida nos hemos quedado solas ya que él ha comenzado su acostumbrada hiperactividad. Esta vez se ha llevado a los *enfants* a las ferias que teníamos bastante cerca.

Reconozco que he aprovechado la ocasión, no he perdido ni un minuto, he mentido, he exagerado, me he ganado su confianza con malas artes, pero necesitaba saber.

He tenido mi recompensa, ella tenía ganas de hablar, llevaba mucho tiempo callada (quizás siempre). Ha ido desgranando su historia: vivía en una ciudad pequeña, sólo había tenido ese novio y se casó con él, era ama de casa y tenía estos dos hijos.

Él tenía un buen trabajo, era libre de llegar a casa cuando quisiera, se preocupaba lo mínimo por su familia, daba por hecho que con trabajar ya era suficiente, no les faltaba de nada pero ella no era feliz y sabía que nunca lo iba a ser.

Viendo la televisión tuvo una idea, quizás la única idea en quince años. Salió a la calle y entró en una floristería donde no la conocían y dejó pagado un servicio que consistía en que durante dos semanas

llegara puntualmente a la hora de comer un repartidor con una sola flor a su nombre, sin tarjeta.

Al principio él pensó que sería alguna amiga y hasta se burló de lo que nos gustaban las cursiladas a las mujeres, pero conforme pasaron los días y la flor seguía llegando se puso nervioso y celoso.

Contrató este viaje, compró todo lo necesario para equipar a sus hijos en plan playero y desde que salieron de casa su actitud era la que yo había visto.

Estaba muy impresionada con las confianzas de esta mujer, desde luego no iba a criticar ni a poner en tela de juicio su pequeña estrategia, pero me interesaba algo más.

¿Cómo podía permanecer tan impasible ante las atenciones de su marido? y sobre todo ¿cómo imaginaba que acabaría todo esto?.

Me contestó que le costaba cada vez más no echarse en sus brazos y que a veces se le humedecían los ojos debajo de sus gafas de sol, pero prefería eso a llorar por su indiferencia.

Mi segunda pregunta era más difícil de contestar. Suponía que al volver a casa comenzaría la rutina, equipararían sus fuerzas, él no sería tan atento ni ella tan impasible, seguramente no les iría mal porque ella se sentía amada y feliz. Si con el tiempo todo volvía a ser como antes, se consideraba más que capaz para tener otra idea brillante que les devolvería la ilusión.

A lo lejos vi cómo se acercaba el marido con los *enfants* cargados de chucherías y regalos, por su manera de andar y sus ademanes cualquiera hubiera pensado que era un hombre seguro de sí mismo y con las ideas muy claras.

Vivía en la ignorancia, convencido de que era él quien sabía lo que le convenía a su familia.

Cuando llegó hasta nosotras me despedí de ellos, él me estrechó la mano con energía y a mí me enterneció su ingenuidad.

LA VENGANZA DE LAS NIÑAS FEAS

M<sup>a</sup> Dolores Romero





Nunca me han gustado ese tipo de reuniones, pero insistieron tanto que me sentí obligada. Vivo en otra ciudad y llegué la noche anterior.

Estaba cansada, decidí cenar en la habitación del hotel, me asomé a la ventana y encendí un cigarrillo, habían pasado veinticinco años desde que dejé el colegio, mi casa, mis amigos, y parecía que nunca hubiera vivido aquí.

Me levanté un poco nerviosa, me producía una mezcla de ilusión y ansiedad reencontrarme con mis compañeras de curso y con las profesoras que quedaran.

En cuanto entré en el colegio percibí ese olor mezcla de comedor, lápiz y lejía que me transportó a otra época.

Nos recibieron en la zona noble, una zona que solo pisábamos acompañadas de nuestros padres para las temidas tutorías.

Recorrí el pasillo que daba acceso a una serie de saloncitos con una decoración ecléctica (por ponerle un calificativo) donde convivían sofás de diferentes estilos con imágenes y cuadros de vírgenes, santos y corazones de Jesús. Todo salpicado de pañitos de ganchillo, jarroncillos, ceniceros y recuerdos de toda la geografía nacional e internacional ya que las más intrépidas de la comunidad habían aportado recuerdos de las misiones visitadas.

Cada monja había dejado su impronta en estos habitáculos que al fin y al cabo eran el único espacio donde podían desarrollar ese gusto tan femenino por la decoración.

La limpieza era extrema, hasta las plantas que salpicaban el pasillo estaban brillantes y eso me llevó a pensar que si aplicaban el ora et labora mientras le daban a la fregona podrían haber redimido a varias promociones de alumnas, lo cual me dio un cierto sosiego. Pero la pieza estrella, la que siempre me había fascinado estaba colgada a la entrada del salón donde habían dispuesto el ágape, era un puzzle de 10.000 piezas, enmarcado y barnizado, que representaba la Capilla Sixtina.

En ese entorno me reencontré con mis compañeras de curso. A algunas las reconocí de inmediato, a otras me costó muchísimo.

Nos habíamos convertido en señoras maduritas y eso había beneficiado a unas pocas y perjudicado a la mayoría.

Las que estaban irreconocibles eran las monjas ya que no llevaban hábito y eso las cambiaba radicalmente. Habían perdido esa altivez con la que se desplazaban por los pasillos y ese halo de misterio que desprendían. Ahora tenían pelo, piernas y además no se maquillaban, con lo cual jugaban con desventaja.

Al poco tiempo de estar allí me percaté de que las que manejaban este sarao eran Maripily Quintana (ahora Pilar) y Josefita Suárez (ahora Pepa). Iban de un lado a otro, saludaban, daban órdenes a los camareros y dirigían el desarrollo de los acontecimientos.

Como ocurre siempre se fueron formando grupos, reconociendo simpatías y afinidades. Charlando unas con otras, recordando, riendo y bebiendo obedientemente todo lo que nos servían me di cuenta de que nuestras vidas habían cambiado tanto como nuestros físicos.

Pasamos un rato muy agradable hasta que comenzaron los discursos.

Empezó la superiora que dijo lo que se dice siempre en estos casos pero con una excepción: las protagonistas de su perorata eran Maripily y Josefita, parecía que habían sido las únicas alumnas de ese curso. Todas las anécdotas y recuerdos estaban basados en sus personas. Las demás no existíamos.

Después tomó la palabra Pilar, con una dicción impecable, contro-

lando el tono, el énfasis, el ritmo, acompañando con gestos muy medidos puso a todas sus compañeras al tanto de sus éxitos.

Su carrera profesional había sido meteórica, estaba plenamente satisfecha de su labor y además muy agradecida al colegio que la había convertido en una mujer tan completa. Su agradecimiento era proporcional a su generosidad, prueba de ello eran sus donativos (el polideportivo llevaba su nombre).

A continuación, después de nuestros tímidos aplausos, subió al estrado Pepa.

Habló de la familia, mejor dicho de su familia. Tenía una vida llena de satisfacciones basada en el amor a su marido y a sus cinco hijos. Había seguido las enseñanzas recibidas durante su educación en el centro y había conseguido una familia unida, armoniosa y feliz.

Su implicación con el colegio era evidente, llevaba como presidenta de la asociación de padres desde que matriculó a su primer hijo y estaba al tanto de todo lo que ocurría ya que con tanto niño abarcaba infantil, primaria y secundaria.

Cuando terminó, los aplausos aún fueron más tímidos.

A mi alrededor noté una cierta tristeza, amargura y hasta alguna lágrima.

Entre las tres nos habían dejado psicológicamente hundidas. En estos veinticinco años todas habíamos almacenado frustraciones. Ver como nuestras compañeras hacían gala de sus logros nos hacía ver nuestros fracasos.

Estuvimos un rato más, pero el ambiente había decaído bastante. Intercambié algunos números de teléfono prometiendo seguir en contacto.

Cuando volvía hacia el hotel intentaba recordar a Maripily y a Josefita pero me resultaba difícil. Sonó mi móvil, era Carmen, estaba tan impactada como yo. Gracias a ella las fui recordando, siempre iban juntas, pasaban desapercibidas pero se enteraban de todo.

Estaba segura de que habían seguido la vida de todas nosotras, por eso conocían nuestra vulnerabilidad. Aunque en nuestros tiempos

escolares hubiéramos sido guapas, simpáticas, alegres e inteligentes, la vida se habría encargado de llenarnos de insatisfacciones y amarguras.

Me quedé pensando y le dije a Carmen: «Este acto de hoy lo llevaban planeando desde el mismo día que dejamos el colegio.

»Hemos sido víctimas de la venganza de las niñas feas».









